

Escola de formació de Nou Barris



Textos de suport a la 5^a Sessió:
El naixement del feixisme i el nazisme

ESPAIMARX

I N D E X

- 1.- El nazismo como fascismo “auténtico”. Ferran Gallego.**
- 2.- La universidad alemana y la construcción del tercer Reich. Francisco Morente Valero.**
- 3.- La universidad fascista y la universidad franquista en perspectiva comparada. Francisco Morente Valero.**
- 4.- Capitalismo, fascismo y democracia en la obra de Karl Polanyi. Una encrucijada todavía viva. Jorge Polo Blanco.**
- 5.- Citacions i proposta bibliogràfica.**

El nazismo como fascismo “auténtico”

Ferran Gallego

El nazismo como fascismo “auténtico”

ARTICCLE: Àmbit de Recerca i Trobades Interdisciplinàries sobre Cultura Política Contemporània a Llatinoamèrica i Europa.

Ferran Gallego (Universitat Autònoma de Barcelona)

Resumen / Resum / Abstract

El artículo reflexiona sobre la equivalencia entre fascismo y nazismo. Presentando un avance del ensayo: Del fascismo al nacionalpopulismo. El discurso de la extrema derecha. / *L'article reflexiona entorn l'equivalència entre feixisme i nacisme. Tot presentant un avenç de l'assaig: Del fascismo al nacionalpopulismo. El discurso de la extrema derecha.* / *The article focus on the equivalence between fascism and Nazism. Presenting an advance of the trial: Of The fascism to the national populism. The speech of the right extreme.*

Palabras clave / Paraules clau / Key Words

Europa, fascismo, nacismo, nacionalpopulismo. / *Europa, feixisme, nacisme, nacionalpopulisme.* / *Europe, fascism, nazism, national populism.*

Introducción

1. Quisiera plantear aquí algunas consideraciones acerca de la equivalencia entre fascismo y nazismo. Más aún, defender una opción que, a pesar de su apariencia, está alejada de algunas reflexiones muy mecanicistas del “antifascismo en su época”, en especial las que procedían de la ortodoxia de la Tercera Internacional. Los argumentos son parte de un ensayo mucho más extenso, que estoy a punto de concluir: *Del fascismo al nacionalpopulismo. El discurso de la extrema derecha*; un ensayo que trata de plantear la lógica de esta corriente en el periodo 1870-2000. La hipótesis básica de esta parte del texto –cuyo sentido es hallar la esencia del fascismo a través de sus peripecias históricas concretas, es decir, partir de las diversas *manifestaciones* o *configuraciones* estéticas de su Ser para rastrear cuál es su material originario, su secuencia ontológica-, es que el nazismo es algo más que la *variable alemana* del fascismo. Como se sabe, este criterio ha sido negado desde diversos puntos de vista, que consideran la particularidad del nazismo arrebatándolo al fascismo genérico. Creo, sin embargo, que afirmar la simple *coincidencia* del nazismo con el fascismo no es suficiente, por lo menos al hacer del nazismo un “caso” más de un *fenómeno* asignado a un tiempo y a un espacio concretos. La afirmación que me parece más acertada es la que profundiza en esta inserción del nazismo en el fascismo, pero haciendo del nazismo el fascismo *auténtico*. Con ello quiere expresarse que, en términos de modelo, pero *también en la experiencia* vivida socialmente, el nazismo fue la *puesta en escena* más fiel al texto originario del fascismo. El argumento ideológico fascista nunca se expresó con tanta claridad como al *pronunciarse* en los espacios de identificación simultáneos de Nuremberg o Auschwitz, verdaderos indicadores de la pertenencia o exclusión absolutas del Ser Comunitario.



2. Algunas de las afirmaciones que aquí se realizan, en especial las que se refieren a la conexión entre el fascismo y la crisis cultural que desembocará en la Gran Guerra, hallan referencias amplias en el texto. Sin embargo, creo que los elementos que se sitúan aquí tienen una cierta legitimidad reflexiva propia, al actuar sobre uno de los aspectos que han estado centrando el debate entre historiadores. El otro debate, el que corresponde a la continuidad o ruptura entre el fascismo clásico y los actuales movimientos de la extrema derecha europea, se ha desenvuelto con mayor comodidad y frecuencia en los territorios de la ciencia política. No me parece que esta última circunstancia sea la mejor, en la medida en que ambas disciplinas sólo pueden empobrecerse si actúan por separado, pero es una evidencia de la que hay que tomar nota y salir al paso de los problemas que puede causar tanto para interpretar la propia naturaleza del fascismo de entreguerras como el carácter de los movimientos nacional-populistas de la derecha radical de nuestros días. De momento, propongo sólo la reflexión en los términos en que ha interesado a nuestro ámbito, a pesar de considerarlos insuficientes.

La norma de la excepción

3. El fascismo se integrará en una fase de renovación de la vida política Europea, de una reconstrucción que rebasa la simple restauración física de una sociedad diezmada económica y demográficamente por las fuerzas destructivas del conflicto bélico. Las divergencias históricas van creando espacios nacionales donde el mismo espíritu alienta concreciones distintas, algo que permitirá a los historiadores fragmentar la experiencia fascista hasta el punto de referirse a la “alergia” de Francia a este fenómeno, mientras se separa cuidadosamente el nacionalsocialismo alemán del episodio mussoliniano. Resultaría demasiado cómodo responder a esa fragmentación con una nueva distinción de campos nacionales, al examinar el mayor o menor éxito de la extrema derecha nacional-populista de nuestros días, cuando el éxito social y electoral del Frente Nacional francés no puede ser respondido con opciones paralelas en Alemania, mientras en Austria se manifiesta una cálida expansión del etnoliberalismo sin coincidencia alguna con lo que sucede en otros territorios germánicos. Naturalmente, a ello se responde que estamos hablando *de otra cosa*, distinta a cualquier parentesco con el fascismo clásico y, por tanto, sin puntos posibles de comparación y, menos aún, sin referencias genealógicas estimables. ¿Será preciso volver a indicar que la experiencia de la Colaboración en Francia a partir de 1940 sólo puede explicarse a través de la fuerte impregnación nacional de una cultura antidemocrática *previa* a la derrota frente a Alemania? ¿Será preciso detallar las distintas longitudes de onda por donde se ramifica una misma percepción de la crisis definitiva del liberalismo? ¿Será preciso señalar de nuevo que la multiplicación de las organizaciones, de las dirigentes, de las publicaciones, hasta formar una frondosa muchedumbre de caudillos y movimientos, afirma la existencia de un campo en lugar de desmentirlo? La falta de unidad del fascismo francés en torno a un líder carismático no expresa más que las dificultades de plasmación de un proyecto, no la *ausencia* de un estado de ánimo difuso, tan disperso en la sociedad como la misma pluralidad en que trata de encarnarse. Los analistas que niegan la existencia de un fascismo francés achacan a quienes advierten de su potencia en los años treinta de realizar una proyección anacrónica, que parte de los compromisos y oportunismos de la Colaboración para cosificarse en la crítica a la Tercera República en los lustros precedentes. Sin embargo, a tal aseveración podría responderse con el mismo instrumento utilizado por los críticos: ¿no serán ellos, justamente, quienes lanzan hacia el pasado un presunto espíritu antifascista de la Resistencia que es, en realidad, un mero rechazo de la invasión alemana, mucho más que un desacuerdo con la abjuración de la democracia realizada por los invasores? El drama de los colaboracionistas no es menor que el de los resistentes, aunque su prestigio y

su apreciación moral sean diversos. La elección del campo en la Segunda Guerra mundial no parte de las elecciones afectivas hechas en la agonía de la Tercera República, sino de las adscripciones que provoca la humillación y la desaparición de la soberanía nacional.

4. De una forma aún más intensa, la separación entre el fenómeno mussoliniano y la experiencia hitleriana plantea la inversión de lo que realmente debería ofrecernos los mejores recursos de valoración del fascismo, de alcance de su máxima profundidad, de visión de su propuesta de civilización alternativa a los principios de la Ilustración y de la democracia, mucho más allá que la mera estructura insitucional. Si el movimiento italiano es capaz de señalar con bastante precisión los arrabales de la ciudad fascista, el nazismo llega a penetrar en los puntos neurálgicos de su centro urbano. Si el caso italiano nos ofrece una dilatada construcción de un escenario, trenzando meticulosamente las alianzas políticas, los compromisos de clase, los factores de adhesión de masas, el andamiaje corporativo, el caudillismo y el problema de la relación entre el partido y el gobierno, la fundamentación de un nuevo Estado, los rituales de reconocimiento del pueblo en el discurso nacional-populista; si el movimiento mussoliniano nos acerca con precisión a la orfebrería *política* del *régimen* fascista, el nazismo nos proporciona una versión más *depurada*, en todos los sentidos que adquiere esta palabra, incluyendo el siniestro campo de un higienismo que concluye en el exterminio. Pues, además de implicar la destrucción de las instituciones, el nazismo llega a fabricar, es decir, a *completar* el destino de un proyecto que consideraba la mutación inversora de los principios de la democracia: no sólo del engranaje de sus procedimientos, de sus fórmulas representativas, de su distribución de derechos, sino del mismo significado de la vida en sociedad.

5. El biologismo político nazi no fue la *excepción* racial del fascismo, sino la dotación de un precepto científico a lo que, sin él, resultaría una simple *opción*, una intuición convertida en anhelo colectivo. El racismo podía conectar mejor con las preocupaciones generadas por el mismo trayecto del progreso social, por los conflictos de clase, por la necesidad de interpretar la pobreza, por el deseo de regular las relaciones internas de un mundo complejo, por el ansia de proporcionar soluciones al problema social, contribuyendo a *poner orden*, a cauterizar las heridas abiertas por el caos de la modernidad a través de las terapias ofrecidas por la ciencia. El nazismo se perfecciona, así, como un esquema *saludable*, que devuelve la fortaleza a una comunidad aquejada de diversos síntomas de degeneración, cuyos signos más evidentes han sido la derrota, la revolución, la democracia y la crisis de fines de los años veinte. Podría creerse que esta identificación del nazismo con el fascismo lleva una objeción metodológica en su propia formulación: asignar una *carencia* al fascismo italiano, que resultaría el verdadero fascismo, en lugar de atribuir un *exceso* al nazismo alemán, que se alejaría de la propuesta fascista precisamente en lo que define al movimiento hitleriano, el racismo y el exterminio. Sin embargo, no se señala aquí que el fascismo italiano se frustrara, no se atreviera o no considerara la posibilidad de ese cumplimiento total, sino que, aun cuando no llegara a estar en el proyecto explícito de Mussolini, la *coherencia* antidemocrática del nazismo es mucho mayor, se resuelve en un terreno que fija un final de trayecto, no otro camino distinto, no una *desviación*. Considerar esos rasgos biologists como una potencia que el fascismo italiano no llegó a considerar, lejos de violentar las intenciones de sus protagonistas, las sitúa en la complejidad del marco real en que se tomaban las decisiones políticas. Ese marco incluía predisposiciones ideológicas, avances en el terreno de la investigación y la difusión de la ciencia higienista, popularización del antisemitismo, incluso tradiciones jurídicas inspiradas en la capacidad de exclusión de la comunidad. Ese marco incluye, además, las dinámicas que proporcionan oportunidades y exigen actitudes, como pudo ocurrir en el caso de la guerra en el frente oriental. Y, por otro lado, cabría advertir de la necesidad de desvelar los elementos *raciales* que aparecen en un discurso civilizatorio del fascismo mussoliniano –o de otros fascismos–, tan presentes en



la glorificación de una raza, quizás no en un sentido estrictamente biológico, pero sí en una aplicación cultural de superioridad que sirve para señalar los derechos del pueblo italiano sobre los del pueblo abisinio, o del colonialismo español y francés sobre los resistentes rifeños. El nazismo se genera en un marco más poroso a la influencia del biologismo político, en una sociedad más penetrada por la labor de institutos higienistas, en una cultura más contaminada por apreciaciones raciales a la hora de expresar sus temores o sus aspiraciones expansivas, a la hora de distinguir a los amigos y a los enemigos, a la hora de fijar los límites de la comunidad nacional-popular. Es en este sentido que puede señalarse el carácter de *profundización* del nazismo en la intimidad del proyecto fascista: por su capacidad, debida a las circunstancias de su ambiente, de *expresar* toda la potencia del núcleo antidemocrático laboriosamente edificado en la crisis cultural abierta en el último tercio del siglo XIX. Las otras opciones fascistas del periodo de entreguerras llegaron a *admitir* una profusión de factores racistas que no llegaron a constituirse en *generalidad* del movimiento. Muchas veces, canalizaron resonancias de un prejuicio arcaico, como el que podía manifestarse en algunos momentos del antisemitismo tan frecuente en la extrema derecha balcánica, y nada ausente de una normalidad ideológica en el fascismo latino, vinculada a la hegemonía del catolicismo y a la inserción cómoda de un antijudaísmo tradicionalista en las propuestas de una restauración integrista. Sin embargo, en la obra de autores franceses del siglo XIX, como el propio Taine, no se oculta una formalización racial del concepto de cultura como criterio de selección y de jerarquización de las civilizaciones. Y, en cualquier caso, ninguno de los fascismo fue totalmente ajeno a considerar una base *natural* en su rechazo del liberalismo o del socialismo, como lo prueba la obsesión franquista por considerar degenerados o anormales a quienes habían militado en los partidos de la izquierda.

6. Descuartizar el fascismo en el periodo de entreguerras no es sólo una opción académica, sino un esfuerzo por atenuar el episodio mismo, al arrancarlo de la realización nazi. Sin duda, extinguir el carácter fascista del nacionalsocialismo alemán, para señalar el desvarío hitleriano y exiliarlo del territorio en que residieron Franco, Mussolini, Codreanu o Doriot, pretende hacer de Auschwitz una exageración, una desproporcionada desdicha que afectó, incluso, a la misma “normalidad” del fascismo, presentándolo como una aberración en el propio linaje de esa familia. Sin tener el grado de forcejeo intelectual que supone arrebatarse Auschwitz a la lógica misma del nazismo, esta presunción de inocencia o de rectitud del fascismo frente a su descendencia bastarda, el nazismo, ni siquiera se corresponde con lo que los mismos contemporáneos vivieron. No fue una casualidad ni un resultado exclusivo de la segunda de las guerras mundiales lo que convirtió al nazismo en la forma europea del fascismo, en su paradójica internacionalización. Esta ocasión permitió que este proceso se llevara a cabo con mayor eficacia, pero no lo determinó *en última instancia*, para utilizar la jerga que puso de moda el estructuralismo althusseriano. Lo que propició esta uniformización fue la convicción de los contemporáneos de que el nazismo expresaba una *culminación* incluso en su carencia de escrúpulos a la hora de emprender un conflicto bélico, algo en lo que Italia se había mantenido en una posición más prudente. Para los fascistas de los años cuarenta, la Alemania nazi pasó a ocupar el relevo de la Italia mussoliniana. Y lo hizo porque, en la propia dinámica ideológica del fascismo, la voluntad de poder manifestada por los actos creativos del Estado hitleriano era *consecuente* con la verdad última del fascismo, *se correspondían* con la necesidad del ser fascista, lo cumplían tan intensa y extensamente como el jacobinismo podía realizar a fondo los ideales de la revolución democrática: es decir, según las condiciones concretas de la época.

7. El intento de apartar el nazismo del fascismo procede de un largo esfuerzo intelectual para expulsar el fascismo de la experiencia cultural europea, algo que tiene que empezar, precisamente, por el abordaje a lo que se presenta como *excepcional* ruidosamente,

espectacularmente, en campañas de medios de comunicación de masas destinadas a convertir la masacre centroeuropea como algo que afectó solamente o principalmente a la minoría judía. Eso, como veremos, no sólo desnaturaliza la esencia del nazismo, reduciendo su proyecto racial al tema sin duda crucial y específico del antisemitismo. Sirve, además, para desalojar el nazismo de cualquier otro episodio de la extrema derecha europea que no se haya definido su antisemitismo en los términos esencialistas y biologists en que lo hizo en nacionalsocialismo, olvidando aquellos aspectos raciales presentes en otros modelos fascistas, a los que ya nos hemos referido. Por otro lado, esa estrategia interpretativa quiere establecer una aceptación de un fascismo alejado del racismo y, por tanto, reducido a una posición autoritaria extrema, que se definiría en términos de un control social ejercido en el marco de una negación de los derechos declarados por el liberalismo. El fascismo aparecería, así, más como una simple *reacción* frente a la democracia en términos procedimentales, que como un proyecto de fabricación de un escenario social completo, como una cultura fundacional de la sociedad moderna, como una alternativa a las propuestas de cohesión y legitimación planteadas por los principios del 89. El fascismo podría definirse como una abjuración más que como un dogma, como un descreimiento más que como una fe. Procediendo de las dificultades morales para hacer encajar en fascismo en la lógica de la modernidad, en la dinámica aceptable de una equivalencia entre modernización y democracia, esa posición acaba decretando que nunca entendamos las verdaderas razones que hicieron *apasionante* el fascismo para muchos, y de suma *funcionalidad* para quienes mejor observaron sus factores positivos, su íntima relación con el proyecto de una sociedad que fuera, al mismo tiempo, moderna y antidemocrática. Y que, desde luego, no fuera un simple estado de excepción, destinado a concentrar los mecanismos de control social en un régimen autoritario transitorio, hasta que se resolviera la aniquilación de los elementos turbadores de la democracia. Fue, por el contrario, una opción aceptada por sus seguidores como la entrada en una nueva fase de la historia moderna, caracterizada por la retirada de los engranajes anquilosados del liberalismo y su sustitución por el ensamblaje más seguro y homogéneo de la comunidad nacional-popular.

8. Esta visión de una Derecha Radical que se despliega en forma de fascismo, y de un fascismo que adquiere sus rasgos más extremos y, por tanto, más auténticos –lo que habría llegado a ser todo fascismo sin las objeciones ambientales que se producían en lugares distintos a Alemania- en el nazismo tiene que ver con la afirmación de ese proyecto de la Derecha como normalidad, como camino a seguir permanente, como dirección a tomar para realizar una cultura. Supone rechazar la contingencia del fascismo en el desarrollo de nuestra historia. Y, sobre todo, implica darle carta de naturaleza, es decir, *identidad* en el marco de una configuración de la sociedad industrial del siglo XX. Tal tarea no puede hacerse en los límites estrictos de lo ocurrido en la pretendida *época del fascismo*, como he intentado demostrar, si no es a costa de arrebatarse al movimiento fascista sus factores genéticos, algo que no se refiere a simples precedentes, sino a los más profundos elementos de una herencia, que se contiene y se desarrolla en la propia vida autónoma, decidida y libre del fascismo del periodo de entreguerras. A no ser que aceptemos que la referencia al término fascista no tiene aspiraciones reduccionistas, sino de recapitulación sobre las diversas maneras de presentarse una cultura antidemocrática, que pudo expresarse en toda su plenitud, adhesión de masas y abierta manifestación de sus propósitos en los años comprendidos entre 1919 y 1945. Una visión que, necesariamente, tendrá que comprender los movimientos nacional-populistas de nuestro tiempo estableciendo una relación protegida contra mecanismos primarios de identificación y contra los interesados criterios de extrañeza absoluta, de *novedad* en un sentido de falta absoluta de parentesco. La *anomalía* nacional-populista puede, así, justificarse en los mismos términos en que se presenta la anomalía fascista: como descargas de una corriente cuya fuente de energía es distinta, cuya potencia es desigual y cuya aplicación al orden social será diferente. Y, en ambos

casos, se tratará de algo que procede del exterior de nuestra civilización: una agresión que nunca debe contemplarse como criterio, sino como delirio. Nunca como opción, sino como advertencia sintomática de un cortocircuito. Un apagón cultural que habrá de repararse, pero nunca la oscuridad antidemocrática en la que sólo podrán orientarse quienes dispongan de los recursos visuales adecuados.

9. Una percepción del fascismo en términos que superen su carácter meramente reactivo, de pura negación de la democracia, implica situar esa propuesta en la línea de flotación de la democracia, mas en un sentido mucho más agresivo que el supuesto por ciertas tradiciones de la izquierda. Reducir el fascismo a una contrarrevolución episódica, hacer de él una mera respuesta a los avances de movimientos transformadores, *imaginarlo* como una interrupción de la historia fijado al momento de máxima tensión revolucionaria, debilita la apreciación del fascismo. Esa aparente mayor dureza con la que se juzga se evapora en la flaqueza del análisis. La abrumadora sentencia que se desploma sobre sus hombros, expulsándolo del lugar de las ideas, para hacer de él una mera efusión de violencia en defensa de intereses tradicionales, quiebra las virtudes de un examen más atento a lo que el fascismo ofrecía como alternativa y no sólo como reacción. El ajuste analítico no suaviza las responsabilidades, no ablanda la repugnancia y ni siquiera supone la aceptación de un idealismo ajeno a los proyectos de los sectores sociales que apoyaron esta opción. Por el contrario, implica una mayor dotación de recursos para reconocer, en esa experiencia, la expresión más firme de una cultura antidemocrática capaz de generar amplios espacios de adhesión popular, de complicidad de las elites económicas e intelectuales, de ganar en el terreno de la fuerza, pero también de fascinar en el campo de las ideas y de las vivencias. Hacer del fascismo un fenómeno, una forma ideológica con dinámica propia, supone su inserción en una alternativa a los principios de la revolución francesa que pudo inspirarse en la fundamentación de la desigualdad, en el rechazo de la libertad individual y en la asignación de un principio comunitario excluyente al discurso nacionalista de fines del XIX. Pero, además, supone constituir un terreno de comprensión más amplio, que señale la viabilidad del fascismo, incluyendo la realización del exterminio, al hacerlo coincidir con una manera precisa de entender las relaciones sociales en plena racionalización industrial. Hacer del fascismo ese producto de la crisis de la modernidad y, al mismo tiempo, entenderlo como otra forma de organizarla, es situarlo en su época de una manera más auténtica, más realista, más compleja, capaz de entender los elementos de compromiso con los sectores humildes que tuvo el fascismo, de sincera oferta de un nacional-populismo presentado como *inclusión* de los marginados. Supone entenderlo, al mismo tiempo, como instrumento de *esas mismas capas* y de los sectores de mayor solvencia económica para recluir la democracia liberal en el pasado. Supone entender la base de sus alianzas sociales a través de la comprensión de su mitología y del estudio de sus medidas políticas. Y ello sin hacer, porque introduciría falsas perturbaciones en el análisis, una distinción tajante entre ideología y política, entre los factores culturales de integración y la puesta en práctica de agresiones a los derechos individuales y a las condiciones de vida de las clases populares. En primer lugar, porque esa distinción debería considerarse en cualquier otro proyecto político del siglo XX, incluyendo los que proceden de una revolución socialista, algo que suele practicarse menos, o que se hace con una exquisita benevolencia con las ideas, para abalanzarse luego con su defectuosa realización. Por otro lado, porque nos moveríamos en la presunción, tan confortable para la expansión del antifascismo convencional posterior a 1945, de que el fascismo alcanzó algún grado de adhesión de masas a través de procesos de manipulación, de hipnosis propagandística o de histeria colectiva, pero nunca porque quienes siguieran esa senda pudieran corroborar sus exigencias comunitarias en la utopía fascista. Y, por último, porque deberemos afrontar un hecho, nada agradable para una concepción falsificada de nuestra *forma de ser* moderna: los mecanismos de abdicación de la ciudadanía de *todo* el pueblo; su sustitución por

inmersiones en destinos comunitarios orgánicos; la búsqueda de vías de identificación radical que implican la exclusión de minorías y la posibilidad de que esa dinámica conduzca al exterminio planificado; todos estos elementos de reconocimiento del propio lugar en la sociedad, de sus criterios de regulación y del destino mismo de la vida colectiva fueron factores aceptados como gestos parciales de un amplio movimiento popular, que trató de fijar una trayectoria *al servicio de la modernidad* y al margen de los principios democráticos que acostumbramos a considerar inseparables de la misma.

10. Por consiguiente, establecer la naturaleza del fascismo es algo más que comprender compasivamente cómo fueron estafados tantos y durante tanto tiempo: es darle un significado en la dinámica del siglo XX que supere el juego permutatorio en el que los principios cohesionadores del fascismo van siendo delatados como una farsa, como un camuflaje cínico, como una capa de vegetación ideológica que cubre el cementerio del humanismo contemporáneo. Es proporcionarle un lugar como cultura *que podía haber ganado*, que podía haberse impuesto por la fuerza a sus adversarios, de la misma forma en que fue vencido en un episodio militar —es de suponer que por su inferioridad logística y no por su abyección ideológica—, y que podría haber normalizado sus valores antidemocráticos con la misma tenacidad con que los vencedores lograron *desfigurar* el fascismo. Y esta *deformación* provocó la dificultad para reconocerlo, *entonces y ahora*, al haberlo convertido en un espasmo sin moral alguna, en un mero acto reflejo, en una enajenación de la conciencia extraviada, en un horror sin justificación causal, cuya misma exageración lo reduce a minúsculas proporciones en la tradición cultural europea, asignándole un espacio escueto, un desdichado arcén paralelo a las luminosas autovías de la democracia. El problema de ciertas actitudes fascistas es la astucia que puede tener el fascismo para usar la fuerza y el peso del adversario en provecho propio, como lo hacen algunas artes marciales orientales. Cuanta mayor corpulencia ciega destila el discurso antifascista, menos sentido de la orientación tiene para hallar los puntos cruciales del enemigo, y su empuje acaba siendo aprovechado por éste para escapar al golpe del antifascismo y bloquear la potencia de los demócratas. El descubrimiento de los factores de integración, de conformidad, de entusiasmo generados por el fascismo pone de relieve la excesiva ingenuidad y el procaz oportunismo de quienes permitieron el ascenso de la barbarie para refugiarse más tarde en una atónita complacencia ante su derrota. Nadie debería tener interés en fijar la irresponsabilidad de las elites, pero tampoco la falta de compromiso de amplias capas populares con aquellos regímenes. Y, sobre todo, nadie debería considerar demasiado útil apartar el cáliz del fascismo de la ferviente espera nocturna en el Getsemaní de la crisis de la modernidad, hace ya más de un siglo. Las víctimas de Auschwitz merecen otra cosa: merecen ser el recuerdo del cumplimiento de un proyecto coherente, de una propuesta de construcción de la modernidad que exigía su sacrificio, no convertir su muerte en una simple contingencia, en un accidente o una perturbación de nuestra atmósfera cultural. Junto a esas víctimas tantas veces contadas, tantas veces expuestas en documentales, tantas veces convertidas en protagonistas de una ficción horrenda, se encuentra el interés de la protección de la democracia en el futuro. Advertir del peligro de una reiteración. No de lo que el fascismo fue según la crítica más divulgada, sino de lo que realmente construyó para los millones de personas que creyeron en sus principios, y que hoy puede renovarse en discursos de exclusión radical, de identificación intransigente, de renuncia al universalismo y a los derechos individuales en favor de la omnipotencia de una comunidad imaginaria que necesita darse cuerpo y alma a través de los ciudadanos aterrados por las fracturas sociales de nuestro tiempo.

11. El nacionalsocialismo alemán expresa la plenitud del fascismo por motivos diversos, que no se refieren sólo a su *radicalización* —lo cual significa, en sentido estricto, el hallazgo de sus raíces, su relación exacta con la profundidad del proyecto fascista, su carácter de emanación



social del contenido íntimo del nacional-populismo de extrema derecha-, sino a la posibilidad de su maduración. Su consumación fue alcanzada gracias a las oportunidades históricas que le fueron concedidas, tanto las que suponían adversidades para su rápida llegada al poder, como las que luego ofrecieron una aparente facilidad para establecer las características plenas de su proyecto y las condiciones de su permanencia. No fueron éstas las circunstancias en las que otros fascismos desarrollaron su existencia. Mientras algunos, como el francés, el belga o el noruego sólo pudieron *liberarse* en las condiciones de la *ocupación*, otros, como el italiano, alcanzaron el poder a una velocidad que pudo debilitar su proceso de afirmación, su perfecta diferenciación de todo lo que no era fascismo, el desprendimiento de los materiales políticos y sociales que se habían agregado apresuradamente en el breve periodo del *dopoguerra*. Durante la República de Weimar, el nazismo pudo ir adquiriendo una consistencia propia, lentamente acumulada en una espera activa. Pudo ir construyendo su imagen a través de un proceso complementario de erosión de la democracia vigente y de edificación de una alternativa visible en sus márgenes. Su carácter de negación del orden institucional pudo ser vivido, socializado, dispersado en un escenario sujeto a las tensiones y carencias de un régimen constitucional que verificaba cada vez con menor intensidad sus principios declarados. Pudo convertirse en un movimiento de masas con una extraordinaria capacidad de supervivencia a pesar de sus fracasos tácticos, de sus errores de análisis de coyuntura, de la represión gubernamental y de la indiferencia de las elites económicas que, hasta la década de los treinta, prefirieron apoyar a opciones conservadoras, atemorizadas por el populismo nazi.

12. Esa absorción de masa crítica se realizó mediante la expansión de algo común a la época: la denuncia de la democracia desde un pensamiento neoconservador directamente conectado con el pesimismo y el vitalismo de finales de siglo. La llamada revolución conservadora tuvo, en Alemania, la misma función de contaminación ambiental y nueva normalización de valores que en Francia pudieron llegar a generar los no conformistas de los años treinta, como los denominó Loubet del Bayle en un texto ya clásico. Personajes como los hermanos Jünger, Hans Zehrer, Moeller van den Bruck, Oswald Spengler, Edgard Jung, Hans Freyer o Wilhelm Staple, entre muchos otros, fueron impregnando la sociedad alemana de una cultura que se presentaba a sí misma en los términos de una regeneración nacional, de un reencuentro con la propia materia elemental de *lo alemán*. Resueltos a combatir una decadencia que languidecía en los parajes de la derrota y de la democracia de Weimar, los neoconservadores propiciaron un discurso que legitimaba, por la gravedad de su consistencia, por la eficacia de su lenguaje, por sus virtudes analíticas y propositivas, la apertura a una fase inédita de la comunidad germánica, cuya pretensión era reunir los avances tecnológicos, la reflexión de la sociología, las propuestas jurídicas, las afirmaciones de la biología y la experiencia estética y vital de la guerra en un proyecto de revolución nacionalista. Para estos autores, la democracia había sido una estación de paso errónea, una dirección que debía modificarse para evitar el descenso a los infiernos de una aniquilación de la cultura. Importa menos la actitud recelosa de estos autores frente al carácter plebeyo del nazismo y sus máximos dirigentes, que la labor de zapa desarrollada por sus escritos, la extensa difusión de *otra forma* de ser alemán, de creer en el futuro de la patria, de sentirse parte de un destino. Tal vez estas palabras puedan tener un exceso de solemnidad en nuestro tiempo pero, desde luego, no lo tenían en el momento de medir la humillación de una derrota, la invalidez de un régimen y la sensación de pérdida de orientación en que podían fructificar las apreciaciones de los revolucionarios conservadores. Su calidad expositiva y la precisión de algunos de sus discursos, como podían ofrecerlos, respectivamente, Ernst Jünger o Carl Schmitt, sirven para señalar hasta qué punto es desconsiderada una visión del fascismo que lo reduzca a la pura violencia de algunos exaltados del *lumpenproletariat*. Se trataba, desde luego, de pura violencia, pero en una acepción mucho más profunda de lo que suele tenerse en cuenta.

13. Si alguien contempló la quiebra de las circunstancias que habían permitido la supervivencia del viejo orden de cosas fue Carl Schmitt. Podemos recordar la fuerza con la que señalaba la creación del sujeto de la soberanía, sobre la base de la excepcionalidad: *“Es soberano quien decide el estado de excepción. (...) El racionalismo consecuente afirmaría que la excepción no demuestra nada y que sólo lo normal puede ser objeto de análisis científico. La excepción confunde la unidad y el orden del esquema racionalista. La teoría jurídico-positiva del Estado con frecuencia emplea un argumento semejante. (...) La filosofía de la vida concreta no debe apartarse de la excepción y del caso extremo, sino interesarse en ellos en grado sumo. La excepción puede revestir mayor importancia para ella que la regla, no a partir de la ironía romántica de la paradoja, sino con todo el rigor del conocimiento que profundiza más que las generalizaciones claras del término promedio repetido. La excepción es más interesante que el caso normal. Lo normal no demuestra nada, la excepción lo demuestra todo; no sólo confirma la regla, sino que la regla sólo vive gracias a aquélla. En la excepción, la fuerza de la verdadera vida rompe la costra de un mecanismo cuajado en la repetición.”* En las condiciones del final de la Gran Guerra, el acontecimiento vivido era ya una excepción cuya misma duración convirtió en norma invertida, mientras su recuerdo y su conmemoración hacían de aquella experiencia un múltiplo de nuevas acciones. Es cierto que, como bien debía saber Schmitt, tal excepcionalidad podía conducir a la revolución socialista, que aparecía como otro mecanismo de cancelación de las reglas de la sociedad burguesa. El atractivo de la revolución proletaria no residía sólo en su carácter de clase, sino en su fijación del principio de una nueva era, en su radiante vibración de un porvenir que latía como origen, como nueva *legitimidad* o, para decirlo del modo que a Schmitt le hubiera complacido, como lugar del que emanaba derecho: es decir, de la propia defensa del recién nacido o del ejercicio reflejo de conservación de la comunidad amenazada. Sin embargo, no era esa vía de excepción la que buscaba Schmitt, sino la simple justificación de una teología política que sucedía a la muerte de Dios rompiendo con los criterios del pensamiento contrarrevolucionario clásico: *“Todos los conceptos significativos de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados. Y no lo son sólo debido a su evolución histórica, por haberse transferido de la teología a la teoría del Estado a convertirse el Dios todopoderoso, por ejemplo, en el legislador omnipotente-, sino también con respecto a su estructura sistemática, cuyo conocimiento es preciso para el análisis sociológico de dichos conceptos. En la jurisprudencia, el estado de excepción tiene un significado análogo al del milagro en la teología.”* No demasiado tiempo después, en un célebre texto que llevaba por título *El Führer defiende el derecho*, escrito con ocasión de la matanza de junio de 1934, Schmitt concretaría las condiciones de ese milagro laico: *“El Führer está defendiendo el ámbito del derecho de los peores abusos al hacer justicia de manera directa en el momento del peligro, como juez supremo en virtud de su capacidad de líder. (...) El acto del Führer correspondió a una jurisdicción auténtica. No está sometido a la justicia sino que constituyó en sí misma la más alta justicia. (...) La judicatura del Führer deriva de la misma fuente jurídica de la que surge el derecho de cualquier pueblo. En un caso de extrema necesidad, el derecho supremo debe probarse y se alcanza el más alto grado de realización judicial vengadora de este derecho. Toda expresión de derecho procede del derecho vital del pueblo. Cada ley estatal y cada fallo judicial sólo contienen el derecho que les llega de esta fuente. Lo demás no es derecho sino una ‘malla positiva de normas obligatorias’ de las que el criminal hábil se burla. (...) En su discurso ante el Reichstag, el Führer subrayó de manera expresa que en nuestra nación sólo existe un portador de la voluntad política, el Partido Nacionalsocialista. No obstante, también pertenece a una nación estructurada de esta forma en Estado, movimiento y pueblo el derecho interno propio de aquellas organizaciones vitales y comunitarias que sostienen al Estado y que están fundadas de manera particular en la fidelidad jurada al Führer. Nada menos que la suerte de la unidad política del pueblo alemán mismo depende actualmente de que el partido cumpla su deber.”* Tales afirmaciones, por quien ha sido justamente considerado el autor de una ciencia



jurídica al servicio del fascismo, en el sentido de haber concebido el carácter implacable de la relación amigo/enemigo y la emergencia de un permanente estado de excepción definidor de la soberanía –algo que los teóricos fascistas italianos como Bottai o Panunzio no llegaron a señalar nunca, más atentos a la necesidad de formular maneras de *representación* que formas de *soberanía*–, venían a señalar una limitación, a pesar de la carga de potencia que se otorgaba al Führer. Pues la esencia del nazismo no es la creación de un Estado discrecional, que arrebatara a la estructura normativa sus fundamentos de permanencia, de legalidad fijada más allá de las tribulaciones históricas, de garantía de los individuos frente al poder. Aparece como dotado de esas características en el momento de su formación, pero su deseo es llegar a la supresión misma de la política para establecer el reino de la comunidad biológica. Lo cual, desde luego, implica una vía de superación del Estado, de la Justicia y el Derecho en el sentido en que se ha comprendido en el mundo moderno.

14. La asimilación de estas propuestas en el ámbito de la República de Weimar se hizo más fácil, de una forma más natural, en la medida en que los mecanismos de integración y cohesión social establecidos por el régimen salido de la revolución podían ser excluyentes y desintegradores a ojos de sectores diversos de la Alemania de la época. Precisamente aquellos aspectos que se presentaban y se veían como objetivos cubiertos por el pacto democrático, podían llegar a invertirse en la retina de amplios segmentos de la opinión pública, pasando a ser indeseables secuencias de una trayectoria de pérdida de centralidad social, de extracción de prestigios, de impulsos políticos que socavaban posiciones adquiridas, aunque la pérdida de todos estos materiales de reconocimiento y bienestar se hubiera ido produciendo desde el periodo anterior a la Gran Guerra. La misma voluntad de ruptura que proyectó la República para dotarse de una imagen positiva en los sectores democráticos, permitió asignar al régimen la responsabilidad absoluta de este proceso de desmantelamiento moral en que se encontraba una parte creciente de la clase media y sectores nada desdeñables de los trabajadores. El acuerdo de finales de 1918, que establecía la mutua concesión de primacía social a industriales y sindicatos por parte de cada uno de los interlocutores, permitió crear un territorio de cohesión, pero de forma parcial, sin considerar la expulsión de tal protagonismo de aquellos individuos cuyas actitudes se habían edificado dotándolos de una presunción nuclear en la configuración de una sociedad. De esta manera, el deseo de responder a las demandas de las amplias capas de trabajadores socialdemócratas y, *al mismo tiempo*, asegurar un elemento de continuidad prolongando el pacto social más allá del conflicto bélico, pudo tener un efecto beneficioso en la captura de una pacificación, en la tranquilidad de los medios industriales y en la neutralización de los sectores más radicales de la izquierda socialista. Pero, además, puso los fundamentos de una impresión de marginalidad, de carencia de verdadera ciudadanía, de carácter secundario de las clases medias, que habría de ir exasperándose a medida que esa simple intuición se fue verificando en el endurecimiento de la vida cotidiana.

15. No se trató, sin duda, de un empeoramiento de las condiciones socioeconómicas, y ni siquiera de una sensación gratuita, impresionista, de la pérdida de estatus, de respetabilidad, de función dirigente, ejemplar y educativa, aceptada por el conjunto de la sociedad. Fue, en términos igualmente tangibles, la homogeneización de todas las situaciones de insatisfacción a través de un discurso nacional-populista, que permitía rechazar las opciones de Weimar en la misma medida en que presentaba una alternativa de cohesión más *significativa*. El discurso nazi pudo ir almacenando todos los desapegos con respecto al régimen de Weimar al configurar al movimiento hitleriano como una inversión radical de la sociedad en que se desarrollaba, no como un reajuste reformador de sus principios y procedimientos. Su radicalismo, que en los primeros tiempos podría haberse observado como una objeción a su crecimiento, fue convirtiéndose en una cláusula de seguridad para su expansión, al ir atenuándose el prestigio

inicial del régimen y al ir abriéndose fracturas sociales que sólo en la taciturna solidaridad de la derrota y en el temor a una revolución soviética podía haber ido mucho más allá de los verdaderos demócratas. La inexorable erosión electoral de los partidos de Weimar, que al principio pudo beneficiar a los conservadores del Partido Nacional Popular, acabó por ir desguzando las bases mismas de las estructuras democráticas. Primero, alimentando la creación de diminutos partidos movilizados en torno a algún interés localista o profesional. Después, proporcionando al nacionalsocialismo la confianza de millones de alemanes cuyo descontento fue derivando en desesperación a fines de la década de los veinte.

16. El movimiento hitleriano convirtió su aislamiento político, su diferencia ideológica, en un lugar progresivamente apreciable, un centro que irradiaba llamadas afectuosas a sectores de la sociedad alemana que, en los tiempos iniciales de la República, se habían conformado con la nueva situación. Se habían resignado, aun cuando su formación cultural les hiciera algo reticentes a la amplitud del cambio político generado y a la presencia de un proletariado organizado en opciones socialistas, cuya visión del orden social resultaba totalmente extraño a la educación de las capas medias y de trabajadores hostiles al marxismo, ya fuera por su formación católica, por sus inclinaciones nacionalistas o por cualquier otro mecanismo de adscripción ideológica. Observando las votaciones realizadas en la ciudad de Nuremberg, por ejemplo, puede observarse cómo un voto abundante al Partido Demócrata fue vaciado progresivamente en favor del nacionalsocialismo, lo cual señala los límites de cualquier análisis rígido sobre las posiciones de la población en los años veinte, para tener más en cuenta una dinámica en la que ni siquiera puede excluirse una primera inclinación, rápidamente clausurada, a apoyar a los sectores más moderados de la coalición de Weimar. La misma consolidación del régimen y su coincidencia con las cláusulas abusivas del Tratado de Versalles, en especial el pago de reparaciones de guerra, conducirían a que este apoyo a partido de la izquierda liberal fuera evaporándose en favor del voto populista o nacionalista conservador en los meses siguientes, e incluso, si nos atenemos a los resultados de la primavera de 1924, al apoyo a opciones *völkisch* inmediatamente después de la gran crisis nacional encadenada por la hiperinflación, la ocupación del Ruhr, los intentos de golpe de estado de la extrema derecha bávara y la confrontación entre socialdemócratas y comunistas. El movimiento nazi pudo ir creciendo en la medida en que la democracia fue apareciendo como un sistema identificado con la derrota, con las dificultades económicas, con el poder sindical, con la expansión de los partidos de la izquierda, con la fragmentación de la representación política, con la carencia de poder internacional de Alemania, con la quiebra de los sistemas de asistencia, con el incremento de la crisis económica y con la quiebra de la estabilidad gubernamental. Todo aquello que la democracia ofrecía como aspectos positivos de su realización pudo ir convirtiéndose en su propia negación experimental. Podríamos repasar la forma en que cada uno de los sectores en que pondrá pie el nazismo va desertando de la democracia, pero ese examen sobre la frustración de la juventud, la crispación del campesinado, el deterioro de la clase media urbana, la desesperanza de los trabajadores cualificados caídos en el desempleo de larga duración podían ir pautando una trayectoria de incertidumbre y descreimiento cada vez más prolongada, más abierta en el abanico de circunstancias sociales expresadas. Pero es más importante aún indicar la forma en que el nazismo podía presentarse como una agrupación de todas estas contrariedades, ofreciendo una alternativa de ruptura con el sistema. Frente a la fuerza argumentativa de los republicanos, el nazismo ofrecía la decisión fortificada, resuelta y potente de la voluntad nacional. Frente a los criterios de representación y delegación en políticos profesionales, el nazismo se presentaba como la devolución de la palabra a la comunidad, que podía expresarse en un perpetuo ejercicio de la abdicación de los derechos individuales y su recuperación en un ámbito colectivo. Frente a la imagen de una sociedad organizada de acuerdo con principios regulados minuciosamente, legalizados mediante procedimientos reglamentarios



meticulosos y burocráticos, el nazismo optaba por la configuración de una comunidad popular, basada en la homogénea certeza de una cultura racial, que entendía los lazos vinculantes entre sus miembros de una forma trágica, marcada por la sangre y por un sucedáneo de la voluntad general que sería la propia dinámica valorativa del movimiento. Frente a la frialdad de un sistema de ciudadanos haciendo frente a las determinaciones de una crisis económica devastadora, el nazismo ofrecía la calidez de un movimiento religioso, de una comunidad de creyentes en busca de la Tierra Prometida de un destino. Frente a la pluralidad política observada como virtud de la democracia, el nazismo ofrecía la férrea cohesión emanada de los orígenes mismos de la comunidad, de un pueblo sin más distinción que la que señalaba quién no era una parte del pueblo. Frente a la carencia de un liderazgo y al desprestigio de las elites tradicionales, el nazismo ofrecía el carisma de un personaje salido de las entrañas del pueblo y encaramado, por propios méritos, a la dirección de un movimiento de masas.

17. Todo ello tuvo que sintetizarse en una propuesta política, pero el nazismo sólo puede entenderse, como ocurre con el fascismo genérico, a la manera de una oleada de fervor místico, de entenderse no como una opción política más, sino como la única manera de ser, de convertirse en una parte concreta de un movimiento nacional. La síntesis ideológica se expresaba en la conducta del movimiento, en su propia dinámica, en su consumición de todos los espacios cercanos para convertirse en una alternativa mayoritaria, capaz de anular cualquier otra versión de antirrepublicanismo o de hacerla girar en su órbita como un elemento satelizado. La revolución nacionalsocialista consistió en su destreza para hacerse imagen exclusiva de la comunidad en marcha, para hacerse configuración de la nación y del pueblo, neutralizando todas las propuestas que se limitaran a reducir los espacios democráticos de Weimar o a disponer los mecanismos de una dictadura conservadora. Ciertamente, en la habilidad táctica de Hitler y sus secuaces se encuentra su presentación como la oportunidad de los industriales para sofocar el pacto social de 1918 y la presencia de la izquierda política y sindical en el futuro de la sociedad alemana. Esta propuesta podían hacerla, sin embargo, los dirigentes conservadores tipo Von Papen o Hugenberg con el mismo entusiasmo, pero sin la base popular indispensable para construir un régimen en los años treinta. La ocupación del espacio público, la penetración en los ámbitos de sociabilidad, la posibilidad de ser vehículo de participación de masas, eran opciones sólo ofrecidas por el movimiento nazi. Más allá de la necesidad de contar con una respuesta electoral, en la misma esencia de su proyecto se encontraba su carácter popular, sinceramente establecido por los cuadros del movimiento hitleriano porque sólo así se verificaba una identificación radical entre individuo y comunidad, entre vida concreta y existencia colectiva, entre proyecto personal y destino de la nación. Realizado en unas circunstancias que apartaran a los alemanes de su percepción de ser protagonistas del proceso histórico que vivían les habrían hecho percibir su falsedad, de la misma forma en que habían sabido descubrir la contradicción entre los principios declarados por la democracia y su defectuosa aplicación práctica. En este sentido, el populismo nazi no era sólo un carril de aceleración, que permitiera a los cuadros del partido hacerse con el poder. Era, por el contrario, uno de los criterios esenciales de lo que el nacionalsocialismo entendía como actividad política. Esa participación nada tenía que ver con lo que un demócrata puede aceptar en posesión de derechos individuales y sociales, al establecer determinaciones que nunca podrían subvertirse por un ejercicio de soberanía alternativa. Lo que importa es señalar la forma en que la usurpación de esos derechos individuales fue contemplada como un acto voluntario de una parte muy notable de la sociedad, que decidió basar su convivencia en fórmulas distintas, que incluían la fijación de una jerarquía racial inmutable, la aceptación de la desigualdad funcional, la comprensión de los dilemas plebiscitarios como verdadera consulta al pueblo. Y, sobre todo, la definición máxima de los engranajes de inclusión y exclusión, de identificación comunitaria y de despojo de cualquier indicio de ciudadanía de quienes no fueran dignos de ser alemanes.

18. El ascenso al poder del nazismo se realizó, por tanto, como significativo fracaso de una democracia. Sin embargo, el apoyo a Weimar fue aún importante incluso en las elecciones celebradas bajo la cancillería de Hitler, cuando la socialdemocracia alcanzó siete millones de sufragios a los que, dentro de la cultura antifascista, aunque no de confianza en el régimen agonizante, podían sumarse los cinco millones de votos que se manifestaron en favor de los comunistas. Es obvio que no se trata aquí de señalar la adhesión al fascismo de la práctica totalidad de la población alemana, pero sí de fijar la contundencia de su base social, su diversidad geográfica y de clase, su superioridad en términos de movilización y violencia, su mayor prestigio en un sentido mítico, defensor del objetivo de una comunidad nacional que restaurara el poder del pueblo alemán en el mundo y *en la propia Alemania*. La lentitud en el ascenso al poder del nazismo le proporcionó una fuerza propia mucho más extensa que la que podía presentar el movimiento mussoliniano, siempre cobijado por los poderes de la Italia tradicional, que el nazismo pudo suprimir o simplemente neutralizar en su conversión en la única configuración política de la nación. Le dio experiencia interior, al verificarse como movimiento antes de ser gobierno los principales rasgos de su carácter. Le dio visibilidad, conducta ejemplar, lo convirtió en un tipo ideal hacia el que volvían los ojos aquellos sectores exasperados por la ineficiencia de la República. Le proporcionó el prestigio de quienes contemplaban en el nazismo la única fuerza verdaderamente resuelta a acabar con los adversarios de la cultura germánica en el sentido más fuerte de la palabra, es decir, en el sentido militar de su aniquilación, de su *Vernichtung*. Le dio la autenticidad de un movimiento que, desde sus orígenes, había proclamado su naturaleza ajena a la esencia de la democracia, su oposición genuina, su extraterritorialidad, afirmándose en la constante negación de los valores nucleares de la democracia. Le aseguró la confianza de quienes lo miraban como una vuelta a los orígenes nacional-populistas, como encapsulamiento en las formas de la propia corporalidad germánica, como la realización de un ideario *völkisch* sólo esbozado en el pasado siglo y perpetuamente aplazado, primero por el régimen liberal del Kaiser y luego por la democracia de Weimar.



La forma del destino

19. La inauguración del Tercer Reich fue contemplada no sólo como la llegada del nazismo al poder, sino como un reencuentro de Alemania consigo misma, como un proceso de *revolución restauradora* de la comunidad popular. Se ha señalado con frecuencia la cautela con que Hitler solía referirse a esa fórmula de conciliación que a la de una mera captura del poder por un movimiento político, aunque éste fuera el nacionalsocialismo. Se ha señalado, también, la irritación que provocó en los segmentos más sectarios del partido la falta de depuración inmediata de todas las instancias sociales en favor de los viejos camaradas. Ambas apreciaciones se corresponden con la dinámica de los hechos y explican los forcejeos internos del régimen, especialmente en los primeros años. En la medida en que el nazismo implicaba el fin de la política tal y como se había conocido hasta entonces, sin embargo, para establecer un campo inédito de vinculaciones comunitarias y de adhesión a un proyecto que configurase la voluntad nacional, tales sugerencias resultan menos determinantes de lo que creemos, a no ser que sólo nos planteemos el examen de la política institucional del nuevo régimen, y que lo hagamos sin tener en cuenta la advertencia crucial de que se trataba, además de la forma de liquidar la democracia weimeriana, de un edificio cultural levantado sobre sus propios cimientos, es decir, sobre una apreciación de las tareas de la modernidad bastante leal a la revuelta de fines de siglo y a las condiciones concretas engendradas por la guerra y la contrarrevolución. En este marco, las disputas por ocupación de zonas administrativas, por la definición de áreas de liderazgo parcial, por la primacía de una u otra agencia del partido o del estado, teniendo una importancia indudable, carecen de centralidad. Ésta tiene su lugar en la

realización completa de la ideología nazi o, para decirlo en un lenguaje aún más contundente, en el cumplimiento, a través del fenómeno nacionalsocialista, del gran proyecto del movimiento antidemocrático iniciado en la respuesta cultural a los principios de la Ilustración y la revolución francesa.

20. El núcleo de esta opción –pues de una *opción* se trataba, y no de un enigmático destino en el que desembocó la catástrofe alemana, como han querido señalar algunos autores- era la construcción del espacio político como *morfología* antidemocrática, como figura explícita de la inversión de los valores universales y universalizados por las revoluciones iniciadas a fines del siglo XVIII. Esta *representación* escénica debía hacerse como expresión significativa de la comunidad nacional-popular, como un reconocimiento de la base física de la *polis* en su aspecto exterior y simbólico, en la síntesis manifestada *estéticamente*. Y entendamos por ello mucho más que el simple ejercicio que recapitula las imágenes de muchedumbres portando antorchas, gallardetes, uniformes; en los campos atestados de fervientes seguidores de Hitler que se exaltan en la contemplación de su mutua dependencia, en la forma de sentirse parte de una comunidad resumida en esa reunión de masas. Ciertamente, se trata de eso, porque tales aspectos son los que permiten una sensación de inmersión en la comunidad que debe apreciarse a través de los sentidos. Sólo esa forma de intervención rompe las contradicciones entre la abstracción nacional y el individuo, que pasa a verse como parte de la comunidad, y que sólo *es* en la medida en que *comparte*. Lo que podría evaporarse en una afirmación genérica, en un concepto alejado de las sensaciones, pasa a vivirse, a experimentarse en los actos de masas que se convierten en una adquisición de conciencia y de cuerpo racial al mismo tiempo. Esa *participación* no es sólo una muestra de adhesión, un acto de entrega de autoridad popular al líder: es una forma de *inclusión* que necesita su ejemplificación concreta, carnal, ataviada con los símbolos que representan a la nación, al pueblo y a la raza. La abstracción de la esvástica convive, de esta manera, con la percepción de los rostros concretos, de la presencia de zonas idénticas de una muchedumbre unánime, formada por individuos pero carente de heterogeneidad. Tales espectáculos son, así, ensayos generales, entrenamientos masivos en los que la comunidad va adquiriendo conciencia de sí misma, y en la que cada persona se empequeñece y se dilata en el mismo momento de intensidad emotiva. Los mítines y manifestaciones son, pues, representaciones en el sentido más amplio de la palabra, puestas en escena, actuaciones populares, asignación de un presente tangible a lo que la comunidad es. No son meras asistencias a un discurso más o menos hábil del cuadro del partido o del propio *Führer*, sino majestuosos aletazos del ser común, afirmaciones de su existencia, verificaciones de su esencia. El impulso magnético de tales rituales se debe a la combinación de lo simbólico con lo concreto, no a la mera disposición de lo simbólico. Obedece a la coincidencia local entre la Idea y su Realización. Esa coincidencia se metaboliza en términos de una identidad radical, vivida como autorización para ser a través de lo comunitario, de los demás camaradas de sangre, de los *Volksgenossen*. Con la misma fuerza con que los dirigentes del partido exigen la sumisión a los símbolos del nazismo y a su identificación con los de la nación, los participantes exigen ser una zona de soberanía difusa, una célula apreciable de ese organismo que se sintetiza en una cruz gamada. El *acto* se desplaza, así, en las dos direcciones legitimadoras, en las dos formas de control social, y no sólo en la que suele verse, como subordinación de la multitud al caudillo. Pues la muchedumbre quiere verse como una parte indispensable de esa voluntad comunitaria, como cuerpos que concretan el gran cuerpo racial, como episodios de inclusión individuales, que superan la fragmentación de la fase democrática.

21. Las representaciones estéticas del nazismo van lo suficientemente lejos como para poder hablar de una superación de la política que se resuelve en el campo estético. La advertencia señalada por Benjamin y Brecht a mediados de los años treinta, señalando esa conversión de la

política en una expresión artística que sublimaba y anulaba las condiciones materiales, la lucha de clases, los antagonismos sociales, para construir un monumento reivindicativo de la esencia nacional, expresa la condición estética del nazismo más allá de lo que se ha dicho antes sobre la eficacia de los espectáculos de toma de conciencia corporal y adquisición de un recurso simbólico abstracto. Tales mecanismos de persuasión son la antesala de un carácter más rotundo y penetrante de la naturaleza estética del nazismo, que implica la conexión con la obra de Wagner acerca de la obra de arte total, así como con las reflexiones nietzschianas y hegelianas sobre el arte griego como lugar de realización del espíritu. La tradición filosófica germana va más allá. Hegel planteará, en su *Filosofía de la historia*, la subjetividad del arte como la vía por la que, en la Grecia antigua: *“hallamos ya ese impulso infinito de los individuos a mostrarse y a gozar con ello. (...) El gozoso sentimiento personal contra la naturalidad sensible y la necesidad no sólo de divertirse, sino también de mostrarse, así como igualmente de hacerse una posición y de disfrutar con ese mostrarse, constituyen el rasgo principal y el quehacer capital de los griegos. (...) Tal es el comienzo subjetivo del arte griego, en el que el hombre, con un movimiento libre y bello y con poderosa habilidad, hizo de su corporeidad una obra de arte. Los griegos empezaron por convertirse a sí mismos en formas bellas, antes de expresar éstas de un modo objetivo en el mármol y en los retablos. La inocua competición en los juegos, donde cada uno muestra lo que es, data de muy antiguo. (...) Si consideramos la naturaleza interior de tales juegos, vemos que el entregarse a un juego tiene como característica la de contraponerse a lo grave y serio y a un vivir pendiente de las urgencias naturales. (...) Ahora bien, considerado a la luz de esta situación grave, el juego tiene, sin embargo, la mayor seriedad, pues en él la naturaleza se ofrece al espíritu como fantástica; y pese a que en estas competiciones el sujeto no llegue a situarse en la cima de lo que el pensamiento puede tener de grave, no obstante el hombre, en este ejercicio, muestra a la corporalidad su libertad manifiesta en el hecho de que ha transformado el cuerpo en órgano del espíritu.”* Hegel sigue señalando la aparición de una obra de arte *objetiva* en la religión, al apreciar que: *“lo divino comprenderá en sí la potencia natural sólo en cuanto elemento que es transformado en potencia espiritual. De este elemento natural, en cuanto principal, se mantendrá una reminiscencia y parecido en la representación de la potencia espiritual, pues los griegos han honrado a Dios como espiritual. (...) Tenemos que decir que el Dios de los griegos no es aún el espíritu libre absoluto, sino el espíritu de una modalidad particular, en una limitación humana y todavía como una determinada individualidad dependiente de condiciones externas.”* El tercer momento se expresa en el Estado, que se convierte en obra de arte política sumando los dos instantes previos, subjetivo y objetivo: *“En el Estado el espíritu no es tan sólo objeto como espíritu divino ni queda subjetivamente plasmado en una bella corporeidad, sino que es espíritu viviente y universal y, al propio tiempo, es el espíritu autoconsciente de los individuos particulares”*. Estas apreciaciones de Hegel, que podrían contribuir a una aplicación de la filosofía moderna a la condición del nazismo como estética superadora de la política, se contraponen, sin embargo, a lo que el propio Hegel dice algo más adelante, al señalar: *“Precisamente la libertad subjetiva, que en nuestro mundo constituye el principio y la forma propia de la libertad, así como el fundamento de nuestro Estado y de nuestra vida religiosa, para Grecia podría resultar su ruina (...). Podemos afirmar de los griegos, en la primera y auténtica forma de su libertad, que no tenían conciencia alguna; entre ellos lo que dominaba era la costumbre de vivir para la patria, sin ninguna otra reflexión.”*

22. Philippe Lacoue-Labarthe, en un texto provocativo sobre la relación de Heidegger con el nazismo, *La ficción de lo político*, indica que no interesa demasiado esta última consideración, aun cuando de ella resulte la condición misma de modernidad política expuesta por Hegel. Sin llegar al extremo que Lacoue-Labarthe precisa para establecer una línea de continuidad entre el idealismo y Heidegger *en este aspecto*, pues resultaría de ello la negación de la idea de ley y

derecho que poseía Hegel, nada secundario en su versión de la política, cabe considerar la importancia de esa *secuencia* instaurada por el filósofo de Stuttgart –y nada extraña a las consideraciones de su amigo Hölderlin sobre la función de la poesía-, al hacer del arte la forma de expresión del espíritu griego en tres momentos que van fijando la subjetividad, la objetividad y la superación de ambas en el recinto del Estado. En la concepción antimodernista que pueden querer señalar un Nietzsche o un Heidegger, tal asunción de la realidad por una obra que deja de ser mera copia para alcanzar el carácter de una representación supone recuperar un espíritu arcaico vulnerado por la crisis de la cultura griega. Tal como se establece en la crítica de los años treinta, y en la referencia usual al nazismo como estetización, la política desaparece, haciendo de mediación técnica entre la intimidad física y la exteriorización objetiva de la comunidad, que se ve a sí misma, tomando conciencia de su voluntad a través de su puesta en escena. Para decirlo en los términos en que lo expone Lacoue-Labarthe: *“Lo político (la Ciudad) proviene de una plástica, formación e información, ficción en el sentido estricto. Es un tema profundo, sacado de los textos pedagógico-políticos de Platón (...) y que resurge bajo el manto de los conceptos de Gestaltung (figuración, instalación figural) o de Bildung, cuya polisemia es reveladora (puesta en forma, composición, organización educación, cultura, etc.). Que lo político provenga de una plástica no significa, de ninguna manera, que la polis sea una formación artificial o convencional sino que, más bien, dice que lo político proviene de la techné en el sentido más elevado del término, es decir, en el sentido en que la techné es pensada como el cumplimiento y la revelación de la physis misma. Por eso la polis es igualmente “natural”: es la “más bella formación” que brota espontáneamente del “genio de un pueblo” (el genio griego), según la moderna, pero en realidad muy antigua interpretación de la mimetología aristotélica. Y, comentando ya la posición de Heidegger desde el punto de vista de la calidad estética del nazismo, este autor añade: “En su esencia lo político es orgánico. (...) Decir que lo político es orgánico no significa sólo que el Estado es comprendido a la vez como “totalidad viva” y como obra de arte. El Estado es una noción aún demasiado abstracta, es decir, una realidad demasiado separada (...). La organicidad esencial de lo político es en realidad infra-política, es decir, infra-social (en el sentido de la Gesellschaft). es la organicidad de la comunidad: Gemeinschaft, o como lo dice Heidegger cuando comenta La República, Gemeinwesen. Es por consiguiente la organicidad del pueblo, del Volkstum, que nuestro concepto de “nación”, si se le restituye a su sentido primero, vierte bastante bien en tanto que señala hacia una determinación natural o “física” de la comunidad, que sólo una téchne puede llevar a cumplimiento y revelar (...). Si la téchne puede definirse como añadidura de la physis, por lo cual la physis se “desencrpta” y se presenta (...), la organicidad política es la añadidura necesaria para la presentación y reconocimiento de sí de una nación. Y tal es la función política del arte.”*

23. El nazismo como estetización de la política supone, por consiguiente, la desaparición de la política en favor de una representación pura de la comunidad. Algo que Heidegger expresará de una forma aún reticente en el célebre discurso del Rectorado de 1933 en Friburgo, cuando señala los motivos de su adhesión al nuevo régimen, indicando que *“El espíritu no es ni la sutileza vacía, ni el juego sin compromiso del buen sentido, ni el ejercicio sin límites del entendimiento que se libra a sus análisis; tampoco es la razón universal. El espíritu es lo contrario: es una armonía que toma su tono del origen, poder decidirse por la esencia del ser. (...) El mundo espiritual de un pueblo (...) es la capacidad de conservar la más profunda de sus fuerzas de tierra y de sangre.”* Heidegger titulará su discurso *La autoafirmación de la universidad alemana*, un texto en el que el filósofo se interroga sobre la función de la universidad como descubridora de la ciencia, y la esencia de ésta como la búsqueda del ser, rompiendo su resistencia y esquivando las trampas del racionalismo. Tras el estrépito de la muerte de Dios, que podía amenazar con un estado letárgico de decadencia, disfrutando de los

restos de una cultura, llega la “*gloria de la naciente rehabilitación nacional*” que es la conquista del poder por el nazismo. Tal conquista implica un nuevo inicio de la trayectoria del hombre, que se asigna en este caso a la comunidad alemana, cuando ésta es capaz de enfrentarse a su estado de *desamparo* y se levanta heroicamente para luchar por su autorrealización, por el cumplimiento de su destino. Estética y ontología se combinan en esta revisión vitalista de la modernidad, que trata de negarla y de reconstruir el encuentro con el ser pasando por encima de una tradición filosófica. La posición de Heidegger nada tiene de accidental, como el propio autor reconocería, pues su crítica al nazismo se realizaría más por el abandono de sus principios originarios que por un descubrimiento de su realidad abyecta en 1945. Tal vez el alejamiento de Heidegger provenga, a partir de 1934, de su misma carencia de importancia en el esquema hitleriano, donde ni siquiera puede ensalzarse la sutileza intelectual del filósofo. Sin embargo, puede proceder también de un disgusto por las concesiones políticas del nazismo, por su entrada en las contingencias y renuncias de las necesidades estratégicas, algo que, por caminos diversos, lleva al alejamiento de la mayoría de los escritores de la Revolución Conservadora. Lo importante es señalar aquí una fascinación, la intuición de la novedad radical del régimen, del movimiento, de sus aspiraciones, en una mecánica que poco tiene que ver con los presuntos juegos de abalorios propagandísticos del doctor Goebbels. Si poetas de la talla de Gottfried Benn y filósofos del genio de Heidegger jugaron esa carta, la apuesta no puede despacharse como una simple reacción de los elementos más burdos y *lumpen* de la sociedad alemana de entreguerras.

Si esto es un cuerpo

24. El nazismo crea una nueva subjetividad que se expresa en esa configuración, en una *obra* entendida en el doble sentido del resultado de un acto material y de una intención espiritual. La *puesta en escena* se convierte en una *ficción*, sólo aparente al desmentir la realidad de lo que hasta entonces se ha entendido como política, como ciudadanía e incluso como existencia. Es en esta acepción más profunda en la que reside la consideración estética del nazismo, que suele confundirse con su mera *teatralidad*, con su simple *forma*, en un sentido más epidérmico que expresivo. Esa nueva subjetividad que, para Heidegger, supone el reencuentro con un ser oculto bajo los escombros de la metafísica, es la *Volksgemeinschaft*, la comunidad popular esencial, que el tradicionalismo y el biologismo moderno acuerdan situar sobre la *sangre*, entendiendo por ello su concreción física más elemental -un fluido delicado, fácilmente contaminado, transmisor de la vida y de los defectos-, pero también una mística, un símbolo que encierra en su síntesis la pertenencia a un pueblo, a una raza. La sangre define una pertenencia que no puede arrebatare más que a través de la muerte individual, pero que sigue fluyendo en el destino de una comunidad voluntariosa. Esa íntima *apropiación* de lo que se considera la base de la existencia, su esencia material sólida e indudable, lejos ya de los cenagosos parajes críticos de la Razón, sólo debe protegerse de su *infección*, de la presencia de factores que *no son* nuestros, aunque lo parezcan, aunque tengan los suficientes elementos miméticos como para poder provocar un estado febril, una debilidad o la quiebra misma de nuestro cuerpo. Los recursos de la máxima espiritualización se convierten, de esta manera, en los instrumentos de una concreción materialista que sobrecega por su determinismo.

25. La idea de la *Volksgemeinschaft* es un recurso mítico, que corresponde a una *modernización* del nacionalismo en la época de las masas. Contiene, ciertamente, los factores de un arcaísmo, de prejuicios sólidamente instalados en la cultura popular. Pero sólo se realiza en el siglo XX por los recursos de justificación científica, progresista, de que dispone, por los abundantes medios de propaganda, y por su coincidencia con las necesidades de la nueva sociedad industrial, tanto para los sectores populares que se adhieren a este principio como de



la elite económica que ve en él un prodigioso instrumento de armonización. La virtud del fascismo fue ofrecer la respuesta a una demanda social polivalente, que procedía menos de una doctrina elaborada pacientemente que de una serie de experiencias. Está claro que, en *el otro lado*, en el campo de la izquierda revolucionaria, el movimiento se nutría también de la sensibilidad, de los sucesos por los que pasaba cada individuo, de las aspiraciones a vivir los problemas y resolverlos de una forma conjunta. Es decir, todo aquello que Bloch, con la atención a estos factores de nostalgia y emotividad que dio a su obra tanta eficacia analítica, denominó la corriente cálida del marxismo: *“en ella se manifiestan la intención liberadora y la tendencia real materialísticamente humana, humanamente materialista, en cuyos objetivos se realizan todas estas desmitificaciones. De ahí el poderoso recurso al hombre humillado, esclavizado, envilecido, abandonado; de ahí el recurso al proletariado, comprendido como lugar de la agitación y revuelta que debe llevar a la emancipación. El objetivo es la humanización de la naturaleza y la naturalización del hombre, cuya cantera es la materia en desarrollo. (...) El marxismo, en tanto que ciencia de la corriente cálida se refiere pues exclusivamente a ese ser-en-posibilidad –In-Möglichkeit-Sein- positivo (...); que, en el seno mismo de la esfera humana, significa el Totum utópico, es decir, esta libertad, esta patria de identidad en la que el hombre y el mundo dejan de comportarse como extraños.”* El principio de esperanza que Bloch deseaba inculcar a una genealogía de los movimientos de emancipación humana se corresponde, también, con lo que el nazismo ofreció a sus seguidores. Quien no se coloque en esta posición difícilmente llegará a comprender su potencia atractiva, y se conformará con establecer, como usualmente se hace, su fascinación en términos enfermizos – algo que, por otra parte, concede a los nazis una buena corroboración del carácter biológico de las valoraciones. Y, casi siempre, se arrebatará lo patológico a lo “comprensible”, distinguiendo entre los elementos de cohesión social, progreso económico, modernización industrial, por un lado, y exterminio por el otro. Además de entorpecer la coherencia del proyecto nazi, desde la fábrica de mercancías organizada hasta la fábrica de la muerte administrada con no menos eficacia, esta consideración esquizofrénica acaba por impedir la aceptación de resonancias de exterminio en el mismo arranque de formas de exclusión radical que ya aparecen hoy en su visión más amable, en forma de propuestas nacional-populistas radicales, o incluso en su versión más mórbida, con los crímenes de masas en las guerras civiles europeas, con las limpiezas étnicas a las que hemos asistido sin atender a su correcta genealogía en nuestra cultura.

26. El mito implica afrontar los problemas de la sociedad moderna de acuerdo con los principios del biologismo, de esa mezcla de determinación genética y de seguridad de pertenencia comunitaria que ofrece el racismo. La nueva identificación supera el concepto de ciudadanía porque supera la esencia de la política liberal o democrática. De hecho, porque reduce el *demos* a *bios*; porque construye la vida natural como sustento de la propia afirmación colectiva; una afirmación no política, sino de *especie* en un sentido no universal. La consistencia del discurso y el vigor de la propuesta, al ser vivida, reside en su tranquilizante aspecto de retorno a la naturalidad. Sin embargo, el racismo es una fabricación cultural, no la mera constatación de las leyes de la naturaleza. Al contrario de que algunos podrían entender –aunque los más sagaces fascistas no se equivocaron en ello–, el nazismo no fue la simple lectura de los elementos proporcionados por una realidad intransigente, sino que en esa misma observación existía un criterio, una ideología, un método de selección de pruebas, de su traducción a la actividad social, de mayor o menor optimismo en las posibilidades de integración de los individuos considerados defectuosos y, desde luego, en la misma determinación teórica de lo era la *normalidad*. Aun así, esa *culturización* de lo que se presentaba como simple obediencia a las leyes de la sangre iba acompañada de las reglas de la biología y del prestigio del científico. El profesional de las diversas áreas de la ciencia y la tecnología goza de una contemplación

sacerdotal que le permite hacer de interlocutor con la realidad, convirtiéndose en un verdadero *intérprete* que descodifica el idioma oscuro de la naturaleza y permite su comprensión por los creyentes cabizbajos. El ritual científico se suma a los aspectos religiosos del nazismo como una liturgia moderna, que exigirá la participación de todos en los grandes sacrificios comunitarios que definirán dónde empieza y acaba el pueblo elegido, los destinados al paraíso, y donde residen los infieles genéticos a los que espera una temporada en el infierno.

27. El proyecto racial puede ir señalizando los límites de la identidad, puede rasgar la tierra para abrir profundas fronteras donde no cabe la ambivalencia. Lo que está en juego no es ya un problema de opinión, sino que todo se reduce a una cuestión vital. La violencia interna de esta ideología precede y acompaña a la presunta barbarie de sus actos, a la suntuosa irracionalidad de sus crímenes. En una sociedad embriagada por el conocimiento radical de su propia existencia, de su inmortalidad intergeneracional, después de los años de humillaciones, de marginación, de incertidumbre, el nazismo puede ir apretando el ritmo de su propia realización, avanzar hacia su consumación en el exterminio. Pero esa dinámica sólo es comprensible como tal, como *proceso* que viene de muy lejos y por ello permite llegar también hasta Auschwitz. La tensión de esa comunidad en marcha tiene que ser, en primer lugar, una detección de quienes no le pertenecen, aprovechando la búsqueda de responsables de las desdichas, de la insatisfacción de amplias capas de la población que quiere sentirse la *verdadera* comunidad. El triunfo más arrollador del fascismo no fue el de imponer una dictadura, sino el de poder convencer a tantos ciudadanos, que habían disfrutado de ese carácter en tiempos de la República, de la caducidad de la idea misma de ciudadanía, de la superación de los propios márgenes de la política. Quienes siguieron considerándose extraños a ese planteamiento serían el objeto del terror, de la represión; serían una coartada para la dureza del control social y una verificación de la propia identidad de los creyentes. El mundo de los campos de concentración, incluso cuando se regula a través de la normativa de Dachau, poco tiene que ver con un sistema penitenciario convencional: se trata de un salto en la visión misma de la extranjería, de la expulsión de la vida comunitaria, de la creación del enemigo por la vía de *descubrirlo*, de la misma forma que se descubre una bacteria, una molécula o una reacción química. La naturalización de la disidencia, su conversión en *insalubridad*, convierte en castigo en una terapia, la dominación en una depuración, la ejecución en un acto de higiene. Al mismo tiempo, la cohesión nacional se realizaba sobre la base de la salud, del prestigio de ser *social*, de ser un “buen alemán”, carente de los derechos políticos constitucionales que había concedido la democracia, pero en posesión de una identidad convertida en el auténtico derecho.

28. La formulación de esta posesión o pérdida de derechos se produce, en un estado racial, por la vía de la serie de operaciones de control, tutela y represión sanitarios ofrecidos por los poderes públicos, que representan los derechos superiores de la comunidad en una tarea prioritaria. La salud de cada individuo no es ya un tema personal o un aspecto de la solidaridad y la protección del Estado. Es un asunto que incumbe a toda la comunidad porque ésta desea realizar un proceso de purificación. Tal dinámica, que irá siendo cada vez más dura a medida que el régimen se consolida y, en especial, en los años de la guerra mundial, parte de la legitimación del poder absoluto de la ciencia, de su capacidad de diagnóstico infalible y del derecho a usarlo como base de acciones legales, como las decisiones de esterilización, o clandestinas, como la “eutanasia” administrada por las oficinas de Tiergartenstrasse número 4. En cualquier caso, el secreto o la publicidad no desvirtúan lo fundamental de una práctica que, incluso cuando es silenciada, tiene elementos de legitimidad profunda a ojos de sus autores, por establecerse en el seno de una comunidad que se identifica con criterios raciales radicales: es decir, no sólo los de la observación de la desigualdad de base genética, sino los de las prácticas de lo que Peukert llamó un *pesimismo eugenista*, más destinado a *evitar* la reproducción e



incluso la supervivencia que a *estimular* el nacimiento de nuevos seres sanos. En un ambiente cultural tan infestado de consideraciones arbitrariamente científicas, que iban adquiriendo cada vez más elementos de subjetivismo, prejuicio y puesta al servicio de las necesidades del régimen, la construcción de la imagen de lo *asocial* suponía -en contacto con tradiciones jurídicas y biológicas con docenas de años de existencia- la determinación de una pertenencia y de una exclusión. Ambos factores resultan complementarios en un proceso de consolidación del sistema por la vía de su depuración. No sólo porque permite la liquidación del disidente, sino porque proporciona un criterio de respetabilidad y autoestima a quienes son considerados miembros de pleno derecho de la comunidad, de la raza, del pueblo: es decir, asegura un elemento de inclusión. Aun cuando pueda parecer una afirmación desorbitada, que se extrema aquí para reforzar lo que interesa señalarse, lo que va en el primer *momento* ideológico no es la extrañeza, la designación de los adversarios raciales, sino su contrario: la inclusión de los *Volksgenossen*. El segundo momento es, aunque aparezca casi simultáneamente, la apreciación de los *Gemeinschaftsfremde*, su clasificación en cualquiera de las categorías que autoriza su esterilización o su segregación de la comunidad, pasando a instalarlos en los espacios cada vez más definitivos de los campos de concentración o recluyéndolos en zonas reservadas para su vida aislada, como ocurrirá con los gitanos o con los judíos. Lo que importa, cuando hemos establecido tan frecuentemente el carácter deplorable de esa expulsión del *mundo* -pues de eso se trata, antes de que pueda procederse a la matanza-, es cómo tal ejercicio de ostracismo radical, que afecta al propio cuerpo y capacidad reproductora de las personas afectadas, se convierte en un factor de asunción de una vida plena por quienes están a salvo. Cómo la mutilación deviene posesión completa de la propia potencialidad, cómo la vida *entera* en su sentido más elemental se convierte en un *privilegio*, en la medida en que *otros* no la tienen. De qué manera el acto de reproducción admitida y estimulada por la comunidad pasa a ser un hecho público en el que se reconoce la pertenencia al grupo de los sanos, de los puros, de los superiores, estableciendo así una forma de retribución afectiva que se suma a las condiciones de éxitos económicos del régimen, atenuando sus fracasos y poniendo en primer lugar, a primera vista, la satisfacción de las aspiraciones más elementales de los miembros reales del *Volk*. Esas nuevas relaciones sociales no son, por tanto, un tema que flota en el etéreo mundo de las valoraciones morales o de las consideraciones metafísicas. Acercarse a estos elementos, a su legitimidad, al apoyo o normalización que obtuvieron, supone comprender un área indeclinable de la cohesión alcanzada por el régimen, así como un aspecto que suele desdeñarse de una oposición silenciada, humillada como sólo podía hacerse en una comunidad organizada de acuerdo con criterios raciales. En ella, la esterilización alcanzaba los rasgos de un estigma cruel, que reducía a las víctimas a una automarginación, a la aniquilación de su dignidad, al vaciado de su conciencia de individuo con derechos iguales a los otros, aunque hubieran sido revocados temporalmente. Arrebatada, como ninguna otra opción ideológica, como ninguna otra forma de poder, el camino que lleva a la esperanza. Y lo hacía con el contraste del entusiasmo de sus partidarios numerosos, de los millones de personas que, a pesar de haberse formado en los valores de la democracia, creyeron en su inversión más profunda, no sólo en su limitada cancelación. Ahí residió el horror. Ahí reside aún el peligro.

29. La buena disposición de las elites económicas procedió de la funcionalidad del racismo en la nueva organización del trabajo y en la manipulación de los problemas sociales. Weimar había ofrecido un modelo de cohesión que los industriales aceptaron por el riesgo mayor de una radicalización del poderoso S.P.D., pero que esperaron alterar en cuanto las condiciones se hicieran más propicias, algo que ocurrió con la quiebra del model socialdemócrata a comienzos de la década de los treinta. Tales gerentes de la industria entendieron muy pronto que las salidas meramente reactivas no bastaban. Entendieron lo que una tradición historiográfica no ha deseado o soportado ver: que el nazismo, es decir, la comunidad de sangre, podía resultar

operativo para la organización del trabajo en una sociedad industrial avanzada. La Ley Fundamental de 1934, tal como lo demostró en un célebre trabajo Tim Mason, al comentar el debate sobre arcaísmo y modernidad en la Alemania nazi, utilizaba un lenguaje arcaico para construir las formas más avanzadas de disciplina laboral. Las diversas regulaciones del Frente Alemán del Trabajo, las agencias destinadas a crear un ambiente distendido, a ofrecer una propaganda obrerista, a dar premios de buena conducta, a proporcionar alegres viajes, no eran simples ornamentos de una política de represión. Eran partes esenciales de una neutralización de la lucha de clases, que necesitaba destruir la posible resistencia de un movimiento obrero nutriente de las mayores organizaciones socialistas de la Europa central y occidental. Y se fundamentaban en la capacidad de reproducir, a escala, la *Volksgemeinschaft* en una *Betriebsgemeinschaft*, cuyos rasgos de organismo celular habían de preservarse de toda interrupción, disidencia o indisciplina. No siempre se consiguió la adhesión, pero se redujo la oposición a formas suaves de absentismo laboral, mientras los irreductibles, quienes trataban de restaurar la autonomía de la clase, eran rápidamente enviados a campos como Dachau. La superación del desempleo fue un mecanismo que actuó, al mismo tiempo, como factor de crecimiento económico, cumplimiento de una superioridad del Tercer Reich frente a la catástrofe social de la democracia y como satisfacción de la primera reivindicación de los trabajadores destrozados por el paro. Esa victoria puede ser matizada recurriendo a las cifras de paro encubierto, como el que podía representar la expulsión de la mujer del mundo del trabajo; pero se trató de un éxito sobre todo porque se percibió como tal. En la tradición cultural alemana, en la memoria colectiva, las generaciones de la postguerra, especialmente los miembros de una zona gris formada por quienes habían vivido en el régimen sin entusiasmo ni oposición, recordaban complacidos la derrota del desempleo y la espectacular recuperación de la potencia económica del país. Tim Mason ha resaltado el empeoramiento de los salarios; Richard Overy ha considerado los efectos de una coyuntura favorable; Harold James ha denunciado el carácter bastante tradicional y poco “revolucionario” de las medidas adoptadas por el régimen en los años de restauración de la economía tras la catástrofe de fines de los años veinte. Sin embargo, lo que importa es el impacto de una comparación: el recuerdo de una democracia devastada por la crisis, por un desempleo interminable, por la quiebra moral que éste supuso, y el presente de un avance hacia el pleno empleo, la mejora de las magnitudes básicas de la economía y la sensación de una regeneración nacional. Todo ello verificaba las promesas hechas por Hitler a mediados de 1933. Todo ello proporcionaba legitimidad al conjunto del proyecto racial.

30. La consolidación económica se realizó, así, en un marco comunitario biólogo que parecía corroborar las apreciaciones de los industriales que convocaban, desde comienzos de siglo, certámenes literarios para premiar trabajos que observaran la “solución” de la cuestión social desde el punto de vista del racismo. La dinámica de la economía de guerra pudo proporcionar, al mismo tiempo, la imagen de una colaboración de clases que mantenían su propia especificidad, a través de una renovación constante del pacto productivo, pero también puso las bases de un mito desarrollista, racionalizador de la producción a través de una imagen de comunidad de trabajadores, cuya desigualdad funcional nada tenía que ver con el antagonismo de clase. La forma más audaz de construir esa *imagen* puede hallarse en reflexiones sobre organización –y, por tanto, disciplina- de las relaciones laborales realizadas por algunos magnates de las nuevas formas de producción, especialmente la fordista. Pueden hallarse también, en recursos de una utopía industrial tan frecuente en la ciencia-ficción contemporánea, en la que desaparece el productor activo, que es deshumanizado y sustituido por un modelo robótico, desalmado, pieza de la maquinaria más que dueño del ingenio. La casta de ingenieros, técnicos, planificadores y empresarios se convierte en una clase dominante en un sentido mucho más *impresionante* de lo que podían haber sido los primeros capitanes de la

industria. Pasan a adquirir los rasgos de un grupo selecto dentro de la raza, una especie de grandes reproductores, capaces de asegurar el alimento a los menos dotados, de rastrear los beneficios, de organizar la caza de plusvalía, de otear las posibilidades de reinversión, de delatar las presas fáciles de la demanda. Esa autopercepción va construyéndose en la teorización de una nueva cohesión fabril, una *racionalización* que busca la eficiencia, de la misma manera que se busca la fuerza, el poder, la voluntad, la pureza. Se trata de una cuestión de aumento de beneficios, sin duda. Se trata de los recursos para incrementar la explotación. Pero es, además, la edificación de una forma de poder, de un *escenario* de dominio que se hace también forma estética, en la filmografía futurista de Weimar.

31. Si el nazismo se establece como una vía de modernización no sólo tecnológica, sino también ideológica, gracias a la construcción de factores de persuasión comunitaria en que se basa el ejercicio de la exclusión y de la explotación, no ocurre en menos medida en lo que suele presentarse como el aspecto arcaico del proyecto nazi: el antisemitismo y el cumplimiento del Holocausto. Se trata de un tema que debe reflexionarse con delicadeza extrema, con una especial cautela, por haber consistido en una forma *específica* de expulsión de la comunidad y de exterminio. No de *una forma cualquiera*, fácilmente sustituible por otro chivo expiatorio. Pero, al mismo tiempo, el proyecto racial no se reduce, ni siquiera en su aspecto de masacre, a los judíos. Esta doble advertencia no facilita la interpretación, pero nos pone en el camino de una verdadera comprensión de lo que sucedió, tratando de devolver a las víctimas lo que merecen: la causa de su muerte, siempre oculta bajo la retórica de los “excesos”, de los “errores”, de los “abusos” de autoridades inferiores o de la patología de los dirigentes máximos del régimen. Es una operación delicada porque *devuelve* Auschwitz a la historia de nuestra cultura. No lo hace una parte *necesaria* en una especie de fatalismo retrospectivo, sino una posibilidad que se convirtió en hecho, procediendo de una dinámica de opciones y oportunidades, de proyectos ideológicos y de urgencias de coyuntura. Es un análisis áspero, porque recalcar la calidad de unos seres en los procedimientos terminales del nazismo no es arrebatar importancia a la muerte de otros, no implica de ninguna forma establecer una nueva clasificación valorativa, que llegue a despojar de dignidad a los que no fueron asesinados como judíos, sino como simples *Untermenschen* eslavos, o como gitanos, o como homosexuales, comunistas, socialdemócratas o católicos. Algo que parecería reiterar la normativa misma de las autoridades del Tercer Reich. Debe afirmarse, por tanto, que la exclusión básica se refiere a aquellos individuos que se consideran defectuosos o infrahumanos. Pero que una exclusión necesaria como forma específica de hallazgo de *lo opuesto* se encuentra en la *imagen* del judío. Pues de eso se trata: no sólo de los judíos, sino de *lo judío*, es decir, de una figura, de un tipo ideal, de un símbolo con todos los atributos que hacen de él lo contrario a la comunidad de sangre. Sus valores, sus horizontes ideológicos, su ser mismo son una inversión, un reflejo del ario que debe ser recluido en el otro lado del espejo, en una vida paralela y virtual, o llevado al territorio de la muerte, cuya extranjería se pensará como vitalidad de la nación.

32. Los debates entre los historiadores han ido pautando una discrepancia fundamental, basada en el principio del prejuicio tradicionalista o de la aplicación pervertida de la ciencia. Uno de los últimos trabajos de Detlev Peukert llevaba por título, precisamente, *La “solución final” desde el punto de vista del espíritu de la ciencia*. La reflexión del historiador alemán tan prematuramente desaparecido introdujo otra vuelta de tuerca en las consideraciones de la historiografía funcionalista, para la que el holocausto era el resultado de una dinámica propia de la competencia entre las diversas autoridades del Tercer Reich, arrebatando al genocidio un sentido lineal, teleológico, que se iniciaría en la fundación del partido y, antes de eso, en la cultura *völkisch*. Lejos de extraerlo de la ideología nazi, Peukert hacía del exterminio una parte precisa de una degeneración del biologismo político, una versión pesimista de los avances de la

ciencia que, como antes se ha indicado, se expresaba en la preferencia por depurar en un sentido negativo frente a la de mejorar la salud del grupo. Con ello, se planteaba una nueva síntesis interpretativa entre funcionalismo e intencionalismo, permitiendo la superación del debate entre quienes se inclinaban por un examen de la compleja maquinaria caótica del nazismo y quienes se orientaban a creer en el papel de la ideología hitleriana como elemento primordial en las decisiones políticas. Saul Friedländer ha señalado, además, que las investigaciones más recientes han ido permitiendo superar otra dicotomía: la que separaba a quienes contemplaban el racismo antisemita como un factor mítico arcaico y a aquéllos que veían en el exterminio sólo su aspecto de modernización, al establecer el peso de las tradiciones neorrománticas antisemitas en la población alemana; una memoria de prejuicio heredado y transmitido que hizo posible la divulgación de su aspecto moderno.

33. Los ya innumerables trabajos sobre el Holocausto han ido señalando el ritmo al que el régimen fue sometiendo la represión de los judíos, desde los primeros decretos de separación de la función pública, al poco tiempo de establecerse el nuevo gobierno, hasta la aceleración del desalojo de cualquier actividad económica y la reclusión de los en zonas especiales, tras los acontecimientos de 1938, pasando por las leyes de Nuremberg y por las sucesivas ordenanzas que iban limitando el oxígeno social de los judíos. Importa, sin embargo, considerar la forma en que, además de insertarse en unas necesidades cambiantes del régimen –como han descrito perfectamente autores como Burrin o Graml-, a fin de medir el *proceso* antisemita, la *fabricación* del judío como condensación del *otro* absoluto pudo asegurar un relieve ideológico, también estético, a la configuración de la comunidad. La construcción del judío no se hizo sólo con criterios morales o económicos, sino con referencias a un ideario de belleza y autenticidad. Es obvio que, en toda sociedad racial, donde la valoración del cuerpo resulta un aspecto crucial, al *mostrar* éste la rectitud, la pureza, la salud y la pertenencia, debía *caricaturizarse* al judío, haciendo de su apariencia física un elemento desagradable, ajeno, corrupto: un escenario de su carácter. Una cultura que venera la fuerza, la violencia, el poder, incluso cuando sus individuos no ejercen esos atributos personalmente, tiene que fijar una imagen del judío que es, en primer lugar, una forma. Su contenido tiene que manifestarse en unos rasgos coherentes con esa penumbra orgánica y espiritual donde reside el vicio de una raza peligrosa, contaminante, que anhela la destrucción de la propia pureza. El judío no es alguien, sino un artefacto ideológico. El problema para los judíos alemanes, orientales o de cualquier lugar de la Europa ocupada durante la guerra fue la necesidad de que, por la propia esencia de una comunidad racial, ese concepto tuviera que concretarse en personas determinadas, muchas de las cuales ni siquiera se consideraban judías *en primer lugar*. Su drama fue *ser convertidas* en la idea del judío que se hacían los nazis para poder seguir el camino que se les había asignado.

34. En sus recuerdos sobre Auschwitz, Jean Améry señala los problemas que podía tener un intelectual en el campo. La experiencia concentracionaria podía resultar más llevadera para los delincuentes comunes, acostumbrados a una arbitrariedad permanente, a la supervivencia, a defender su comida, a la violencia desesperada de los presos que reiteraba la suprema violencia del espacio penitenciario. Para el intelectual, la búsqueda de algún sentido resultaba una tortura atroz, que procedía de la incomprensión de las intenciones de los guardianes: *“El hombre de espíritu se resistía más que sus camaradas no intelectuales a ponerse siquiera al corriente de aquellas circunstancias inimaginables. La costumbre, adquirida tras un largo entrenamiento de cuestionar las apariencias de la realidad cotidiana, le impedía la mera aceptación de la realidad del campo, pues ésta se oponía con demasiada rotundidad a todo cuanto hasta el momento había considerado posible y exigible respecto al ser humano. En libertad sólo había tenido trato con gente abierta a la argumentación respetuosa y racional, y no parecía dispuesto a comprender e absoluto una verdad harto sencilla, a saber: que frente a él, es decir, frente al*

prisionero, las SS empleaban una lógica del exterminio que en sí misma operaba con tanta coherencia como en el mundo exterior la lógica de la conservación de la vida. Se debía mostrar siempre un afeitado perfecto, pero la posesión de adminículos para afeitarse estaba severamente prohibida y sólo se permitía ir al barbero una vez cada catorce días.” . Dejemos a un lado la reticencia que puede causarnos la distinción entre gentes de espíritu y gentes “poco cultivadas”, que podría tener una secuencia de valores inadmisibles, aunque la delicadeza de Améry resuelve el tema por una simple elección de campo de su propia experiencia, sobre todo al señalar la absoluta falta de utilidad de los intelectuales en el trabajo necesario a los SS, o el carácter superfluo del conocimiento filosófico cuando se sufre un dolor físico. Hemos citado a Améry para considerar un aspecto esencial de su experiencia, que no siempre llega a hacer explícita satisfactoriamente: la realización del proyecto nazi en la degradación del preso. No se hace referencia aquí a lo que es más usual, es decir, la soberbia abyecta con que podía contemplarse la progresiva reducción de las víctimas a seres precarios, al límite de sus fuerzas, camino de abandonarse como los “musulmanes”. Se trata de algo, quizás, más terrible: la verificación del materialismo biológico del nazismo al hacer de sus prisioneros un mero cuerpo, un conjunto de órganos que responden solamente a las funciones elementales, carne que sólo desea cumplir con sus necesidades primarias, vida desnuda, originaria. En sus propias víctimas, los nazis construyen un ente biológico que es sólo eso, que se pretende rebajar a sus operaciones mínimas de supervivencia, a la satisfacción pura de la alimentación, de la defecación, del apareamiento, así como a una noción cada vez más desmoralizada de sus frustraciones: el hambre, la sed, el miedo. El dolor, claro está, y una conciencia pura del dolor que establece *la primacía del cuerpo*. El dolor no se comunica, se padece, no se expresa más que en aullidos, de una forma animal, hasta que el abandono lo convierte a uno en *cosa*. De la persona al cuerpo, del cuerpo a la materia inerte y, al final, la extinción marcada por la desnutrición, por la enfermedad voraz a la que ninguna defensa corporal se opone, o el asesinato en las cámaras selladas. Poco después de la masacre, Thomas Mann escribía el prólogo a la edición alemana de unos relatos de Dostoyevsky. En buena medida, la reflexión del escritor se refería al valor de la vida humana y a la creatividad procedente de un estado enfermizo, aplicando esta consideración a la obra de Nietzsche y a la del novelista ruso. En ambos casos, Mann exaltaba aquella existencia en el infierno vital de la que había brotado la capacidad de comprender las fuerzas íntimas del Mal, la autenticidad de la existencia y el verdadero sentido de la salud moral: *“Me interesa (...) el fenómeno de la enfermedad como grandeza o de la grandeza como enfermedad –es la diferencia de las perspectivas bajo las que puede considerarse la enfermedad: como reducción de la vida o como exaltación de la vida. Ante la enfermedad como grandeza o la grandeza como enfermedad, el mero punto de vista médico se demuestra pedestre o insuficiente, o al menos unilateralmente naturalista: el asunto tiene su aspecto espiritual y cultural, que tiene que ver con la vida misma y su exaltación, su progresión, y sobre el que el simple biólogo o médico entiende poco. Digámoslo claramente: un humanismo maduro o se recompone a partir del olvido, que arranca el concepto de vida y de su vigor de las manos de la biología, que cree tener un derecho especial y exclusivo sobre él, y se compromete a administrarlo de una manera más libre, también más piadosa, y sobre todo más acorde con la verdad. Porque el ser humano no es un ser exclusivamente biológico.”*

35. Los judíos constituyen una zona especial en que el proyecto nazi puede sintetizarse. No en vano, después del fracaso de la ofensiva en Rusia y de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, que marcan el principio del fin del Tercer Reich, la Conferencia de Wannsee organiza con meticulosa eficiencia el traslado y masacre de los judíos de toda Europa, reglamentando las operaciones que se habían ido realizando desde la ocupación de Polonia de una forma más o menos sumaria. Los judíos pasan a ser un cliente especial del proyecto de exterminio, distintos a la muchedumbre de prisioneros soviéticos fusilados, dejados morir de hambre y frío, muertos

por exceso de trabajo y falta de nutrición, por malos tratos reiterados. Son algo distinto, incluso, a la complicada relación con los gitanos, que fascinaban a Himmler por su pureza, pero que acabarán siendo minuciosamente clasificados y llevados al exterminio tras años de marginación y aislamiento que aprovechan viejas leyes emitidas por la misma democracia de Weimar. En Auschwitz, en Chelmno, en Sobibor, en Treblinka; en lo que, para abreviar, hemos venido llamando Auschwitz a secas, inculcando a la palabra un significado universal, la carga de un concepto y no sólo la referencia a un lugar, se levanta un monumento a la libertad y a la vida. La libertad del verdugo a través de la muerte de su víctima. La vida de la comunidad, desinfectada de sus elementos patógenos. Esa masacre industrializada, que se combina con la continuidad de la producción, a poca distancia de los campos, utilizando la mano de obra que será extinguida en las cámaras de gas; ese crimen masivo se realiza con un orden limpio, con una eficacia burocrática que no excluye el sadismo de algunos, pero que se escenifica en el sórdido ambiente de una esterilización. Si en el estadio de Nuremberg se manifiesta el espectáculo de la adhesión concreta y simbólica a la comunidad, en Auschwitz se expresa una forma más ardua de depuración, que define la suerte de los excluidos para poder distinguir el destino de la comunidad. Ese macabro edificio que fabrica la muerte con la misma eficiencia con que la IG Farben fabrica mercancías, a escasos kilómetros, es contemplado por quienes han entendido el fascismo como la consumación de su fuerza, como el ejercicio de su voluntad. La muerte de Dios decretada por Nietzsche y asumida por Heidegger levanta la soledad de un pueblo libre, sólo determinado por la raza que posee y que le posee. La destrucción es su primera forma de creación, de dotarse de significado, de cobrar la imagen de su poder. Su dominio extremo sobre la vida y la muerte convierte a ese pueblo en un dios moderno, provisto de la tecnología y de las razones ideológicas que no sólo le permiten recurrir al Holocausto, sino que se lo exigen como cumplimiento de su tragedia.

36. Las razones de oportunidad establecidas por Christian Gerlach; los análisis sobre la política económica del exterminio que ha desarrollado Götz Aly; la brutalización del frente oriental como “entrenamiento” y marco propicio tan convincentemente señalado por Omer Bartov; todos estos criterios han permitido iluminar aspectos concretos de las condiciones que pudieron dar ritmos precisos al proceso. Moshe Postone ha planteado incluso la relación entre el concepto marxista de “fetiche”, de abstracción de relaciones sociales, y el uso del judío como concreción de un anticapitalismo romántico, que los nazis resuelven en el Holocausto como destrucción del capitalismo financiero: *“La fábrica capitalista es un lugar donde se produce valor, producción que, “desgraciadamente”, debe tomar la forma de una producción de bienes. Lo concreto se produce como apoyo necesario de lo abstracto. Contrariamente a lo que se cree, los campos de exterminio no eran la versión del horror de esa fábrica; más bien es preciso ver en ellos la negación ‘anticapitalista’ grotesca, aria, de ésta. Auschwitz era una fábrica de ‘destruir valor’, de destruir las personificaciones de lo abstracto. Su organización era la de un proceso industrial diabólico cuyo objetivo era ‘liberar’ lo concreto de lo abstracto. El primer paso para hacer realidad ese objetivo consistía en deshumanizar a los judíos, es decir, arrancarles la ‘máscara’ de humanidad para mostrarlos tal como ‘eran realmente’, sombras, cifras, abstracciones. El segundo paso consistía en exterminar esas abstracciones, en transformarlas en humo, pero también en intentar recuperar sus últimos vestigios de ‘valor de uso’ material y concreto, los vestidos, el oro, los cabellos, el jabón”*. Una tesis fascinante, que niega las consideraciones de los funcionalistas al resaltar la especificidad de los judíos, aunque establece un nuevo funcionalismo de base no estrictamente racial. Sin embargo, este funcionalismo debe comprender, además, esa función estética –en su sentido más hondo y terrible– que cumplió Auschwitz, no sólo como simulación o ficción plástica, sino como escenario visual, como espacio de expresión de una relación de dominio absoluto, como diálogo entre la vida y la muerte, como dependencia donde se acumulan los recursos de seducción, no

sólo los de náusea, del Tercer Reich. La comprensión de ese factor de instrumento cultural que posee el campo se adapta a su carácter distinto a cualquier forma de régimen penitenciario anterior, a sus rasgos específicos, distintivos, al convertir ese trabajo en una *obra invertida*: no se trataba de dar vida a las cosas, de construir sobre la materia una forma humana, de edificar belleza, sino de todo lo contrario. La realización más radical del fascismo consistía en convertir en materia el espíritu, el cuerpo en cosa, la vida en muerte. Un acto que debía reiterarse todos los días porque, más allá de sus objetivos, tenía un sentido propio en su misma secuencia. Una toma de posición en el mundo, una adquisición de conciencia de poder, de inimaginable dominio sobre la totalidad. Esa era la utopía fascista. Sólo el nazismo pudo llevarla hasta sus últimas consecuencias. Por ello, los esfuerzos revisionistas para arrebatar la lógica del nacionalsocialismo, por la vía de negar la eficiencia de las cámaras de gas, burlan el sentido íntimo del régimen que trata de edulcorarse. Además, establecen una línea imaginaria que se detiene a las puertas de los barracones homicidas, cuando la vida misma en el campo, al margen de lo que pueda ocurrir en los espacios de esa muerte ritual, forman un aspecto de la misma liturgia, provocan la muerte de otra forma, buscan la degradación, el despojo, la aniquilación de una vida auténtica. La *Vernichtung*, la conversión en nada de *los otros* ha empezado mucho antes de que se cruce el umbral de la última morada, antes de que se abra la espita y el gas acuda a provocar la suprema agonía.

Bellaterra, diciembre 2002

La universidad alemana y la construcción del tercer Reich

Francisco Morente Valero

LA UNIVERSIDAD ALEMANA Y LA CONSTRUCCIÓN DEL TERCER REICH*

FRANCISCO MORENTE VALERO

En Ferran Gallego (editor), Pensar después de Auschwitz, Barcelona, El Viejo Topo, 2004.

Muy recientemente, Michael Burleigh ha publicado una nueva síntesis sobre la Alemania nazi: *El Tercer Reich. Una nueva historia*¹, obra que viene a sumarse a otras aparecidas en los últimos dos o tres años² y que están empezando a llenar un vacío que resultaba clamoroso en nuestro panorama editorial, cual era la ausencia de estudios generales sobre el nazismo que pusieran al día un tema sobre el que en otros países (muy especialmente los del área anglosajona y, obviamente, la propia Alemania) no cesan de publicarse trabajos, tanto de carácter general como de temática mucho más precisa. El libro de Burleigh ha tenido notable repercusión, pero presenta, como suele resultar inevitable en este tipo de obras, luces (especialmente en aquellas cuestiones sobre las que el autor es especialista, esto es todo lo relativo a la eugenesia racial y el genocidio) y sombras. El libro tiene, desde mi punto de vista, una carencia muy especial que, por lo demás, comparte con la mayor parte de obras de síntesis histórica, sean éstas sobre el régimen nazi o sobre cualquier otro período significativo de la historia de cualquier país que consideremos. Me

* El presente texto es una versión reelaborada y ampliada de la ponencia que con el mismo título presenté en las jornadas "Pensar después de Auschwitz", celebradas en la Universitat Autònoma de Barcelona los días 5 y 6 de mayo de 2003. Agradezco los comentarios de Alejandro Andreassi, Ferran Gallego y Ricardo Martín de la Guardia, que me han ayudado a enriquecer mi interpretación de la universidad alemana durante el Tercer Reich.

1. M. Burleigh, *El Tercer Reich. Una nueva historia*, Madrid, 2002.
2. Entre otras, merece ser destacada por su calidad la de F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, 2001.

refirió a la práctica ausencia en el análisis de las cuestiones relativas a la educación. En el caso del citado libro de Burleigh (y entiéndase que es un ejemplo entre muchos otros posibles), se asiste al inusitado prodigio de escribir más de novecientas apretadísimas páginas³ sobre los doce años posiblemente más determinantes de la historia alemana del siglo XX sin hacer mención ni una sola vez del que fuera único ministro de educación de Hitler durante todo el Tercer Reich, y sin tratar de los cambios producidos en un sistema educativo en el que se formaron millones de jóvenes, y cuyos efectos sobre los mismos iban a prolongarse mucho más allá del final del régimen. Como decía antes, no es un problema sólo de Burleigh; es un fenómeno de amplio alcance y que muestra qué lejos suelen estar las declaraciones de principios que se hacen de lo que luego realmente se pone en práctica; dicho de otro modo: cómo resulta pura retórica la afirmación, que no hay historiador que no suscriba, sobre la importancia de atender a las cuestiones educativas, en su acepción más amplia, para poder entender mejor el espíritu de una época —o al menos de una sociedad determinada en un momento concreto—, a la vista de la habitual ausencia de cualquier análisis serio sobre la cuestión en las obras de interpretación general de un período histórico dado (con todas las honrosas excepciones que se quieran considerar). Se me ocurren diversas razones para que ello sea así, pero sin duda hay una especialmente relevante, y es la habitual falta de contacto de los historiadores con otras disciplinas, la falta de interdisciplinariedad (otro principio siempre pregonado y pocas veces cumplido) que hace que no se tengan en cuenta (por desconocimiento o desidia) las aportaciones de, pongo por caso, la sociología de la educación o —mucho más grave por su proximidad con nuestra propia disciplina— la historia de la educación.

Pero si la cuestión es siempre seria, en el caso del fascismo en general y del nazismo en particular resulta especialmente grave, pues, como ha señalado K. D. Bracher, la educación es, con la propaganda, el principal instrumento de una política totalitaria⁴. Además, y

3. Cito por la edición *paperback* inglesa: M. Burleigh, *The Third Reich. A New History*, Londres, 2001.

4. K. D. Bracher, *La dictadura alemana* 1. Génesis, estructura y consecuencias del

más concretamente, ignorar las cuestiones relativas a la universidad supone en el caso nazi dejar de lado, entre otras cosas relevantes, un fenómeno enormemente ilustrativo para entender mejor tanto la oleada parda de 1930-1933 que terminó con Hitler en la cancillería, como los mecanismos mediante los que, en los primeros meses del régimen, se pusieron los cimientos de lo que iba a ser el Tercer Reich. El papel de los estudiantes nazis en la fase final del *Kampfzeit*⁵, y del profesorado universitario en la legitimación del régimen ya en su mismo comienzo merecen más atención de la que se les suele prestar. En las siguientes páginas me voy a ocupar precisamente de esas dos cuestiones, así como de los problemas que para la universidad se derivaron del proceso de *Gleichschaltung* (coordinación) que, como es sabido, supuso la liquidación de la democracia y el establecimiento de la dictadura nazi en todos los órdenes de la vida política y social. La perspectiva de análisis será la de las relaciones entre profesores y alumnos, así como entre estos dos colectivos y los organismos universitarios y ministeriales, sin olvidar algunas consideraciones sobre la pugna por el control de la universidad que se dio entre distintas agencias y organizaciones nacionalsocialistas en el marco de la llamada "policracia nazi"⁶.

LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS EN EL KAMPFZEIT

En los años ochenta del siglo XIX, los estudiantes alemanes iniciaron una ruptura con el liberalismo progresista al que habían estado históricamente vinculados desde la época de las tempestuosas *Burs-*

nacionalsocialismo, Madrid, 1973, p. 347.

5. Literalmente, "época de lucha"; así es como, retrospectivamente, denominaron los nazis al período de lucha por el poder: desde la fundación del partido —y muy especialmente desde su refundación en 1925— hasta la llegada de Hitler a la cancillería el 30 de enero de 1933.

6. Vid. P. Hüttenberger, "Policracia nazi", en *Ayer*, nº 5 (1992), pp. 159-190. Una discusión sobre la naturaleza de la dictadura de Hitler y del carácter personalista o *poli-crático* de la misma en I. Kershaw, "Hitler: 'master in the Third Reich' or 'weak dictator'", en I. Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation*, Londres, 2004, pp. 69-92.

chenschaften, asociaciones de estudiantes patrióticas, románticas y liberales, en los inicios del *Vormärz*, como se conoce en Alemania al período que precedió a la revolución de 1848⁷. Dicha ruptura les llevó paulatinamente y de forma mayoritaria hacia nuevas formulaciones políticas de corte nacionalista y fuertemente antisemita, hasta el punto de que puede afirmarse que, durante el *Kaiserreich*, ningún otro sector de la burguesía estuvo tan impregnado de antisemitismo como los estudiantes universitarios. Durante la república de Weimar, y en parte como resultado de la experiencia en el frente durante la Gran Guerra —pero también como efecto de los traumas de la postguerra—, los estudiantes militaron activamente en la derecha nacionalista y *völkisch*, y en la segunda mitad de la etapa republicana su atracción por el nazismo resultó prácticamente imparable, en unos momentos en los que el partido nazi todavía no había salido de la marginalidad política en que se mantuvo hasta 1930. Con todo, y a diferencia de otros partidos fascistas, el NSDAP⁸ no puede considerarse un partido de orígenes estudiantiles, si bien los estudiantes universitarios estaban en él sobrerrepresentados y, en los años del *Kampfzeit*, constituían una de las organizaciones nazis más activas y con mayor capacidad de crecimiento y ocupación de parcelas de poder⁹. Es evidente que todo ello tiene mucho que ver con la fascinación que en todas partes el fascismo generó entre amplios sectores juveniles. Su constante apelación a los jóvenes como sujetos privilegiados del cambio histórico que supondría el triunfo del fascismo no podía dejar de tener efectos movilizadores sobre una juventud ampliamente convencida del carácter caduco de la sociedad burguesa, del fin de un proyecto cultural y político que había fracasado irremediabilmente, como la Gran

7. J. Droz, *Europa: Restauración y revolución, 1815-1848*, Madrid, 1974, p. 156. Dentro de las *Burschenschaften* había, sin embargo, tendencias diversas, que iban desde las netamente liberales hasta las conservadoras y autoritarias; lo que sí compartían todas era el discurso nacionalista; cfr. R.G.S. Weber, *The German Student Corps in the Third Reich*, Nueva York, 1986, pp. 14-16.

8. *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei*: Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.

9. M. Grüttner, *Studenten im Dritten Reich*, Paderborn/München, 1995, pp. 9-11.

Guerra había puesto de manifiesto¹⁰. Los fascistas —y los nazis no fueron, obviamente, una excepción— llamaron a una auténtica reme-
vuelta generacional contra el orden establecido, que resultó enor-
memente atractiva para muchos jóvenes deseosos de acción y
desencantados con unos partidos políticos tradicionales que no sólo
representaban lo viejo (mientras el fascismo parecía lo nuevo), sino
que no ofrecían la más mínima posibilidad de cambio. Los fascis-
tas, a su vez, encontraron en la lucha generacional el sustituto ideal de
la lucha de clases: la llamada a la juventud permitía amalgamar a indi-
viduos procedentes de clases sociales diferentes y que, desde cualquier
otro punto de vista que no fuese la edad, poco tenían en común, por-
que, como ha escrito Zunino, mientras la identificación de clase divi-
de, la adscripción generacional unifica¹¹. El éxito de los nazis a la hora
de atraerse a los jóvenes universitarios no fue un hecho aislado, como
pone de manifiesto el que también encontrasen sólidos y primerizos
apoyos entre los jóvenes campesinos del norte de Alemania que se
agrupaban en el *Landvolkbewegung*¹².

Los primeros grupos de estudiantes nazis aparecen ya en 1922/1923;
sin embargo, el *Nationalsozialistische Deutsche Studentenbund*
(NSDStB) —Liga alemana de los estudiantes nacionalsocialistas—
no se creó hasta 1926. Su primer presidente, Wilhelm Tempel, mili-
taba en el ala anticapitalista del partido nazi y dio a la organización
estudiantil una orientación fuertemente obrerista y socializante, con
un discurso netamente antiburgués y muy crítico con las corpora-
ciones de estudiantes —que tradicionalmente habían organizado a la

10. Véanse, entre otros, M. A. Ledeen, "Italian Fascism and Youth", en *The Journal of Contemporary History*, vol. 4, nº 3 (1969), pp. 137-139; y B. Wanrooij, "The Rise and Fall of Italian Fascism as a Generational Revolt", en *Journal of Contemporary History*, vol. 22 (1987), pp. 401 y 406.

11. P. G. Zunino, *L'ideologia del fascismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bologna, 1995, p. 242.

12. La atracción que los nazis ejercieron sobre los campesinos del norte y este de Alemania mucho antes de convertirse en el partido de masas de los primeros años treinta ha sido ampliamente analizada; véanse a modo de ejemplo, H. James, *The German Slump. Politics and Economics 1924-1936*, Oxford, 1987, pp. 259-263; W. Brustein, *The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933*, New Haven y Londres, 1996, 64-72; Gallego, *De München a Auschwitz*, pp. 195-196; y Burleigh, *The Third Reich*, pp. 81-82 y 108-109.

mayoría de los estudiantes de las universidades alemanas¹³.

La organización creció rápidamente durante 1926, llegando a contar con una veintena de grupos en diferentes universidades. Al año siguiente llegaron ya los primeros éxitos, al ganar la presidencia del Comité General de Estudiantes —*Allgemeine Studentenausschuss* (AStA)— de las universidades de Kiel y Frankfurt. El gran salto adelante estaba, sin embargo, por llegar. En 1928, y en el marco del giro táctico que realizó el partido nazi (y con él, el conjunto de sus organizaciones), se produjo la sustitución de Tempel por el jefe del NSDStB en la universidad de Múnich, Baldur von Schirach. Tempel dimitió por la notable oposición interna con que contaba en el seno del *Studentenbund*, pero también porque su orientación política no coincidía con el nuevo rumbo del nacionalsocialismo una vez abandonado el llamado "plan urbano", que se mostró incapaz de dotar al movimiento de una sólida base electoral¹⁴. El sucesor de Tempel, von Schirach cambió el discurso de la organización, adaptándolo a los nuevos tiempos: la retórica obrerista y socializante pasó a un discreto segundo plano, se pulieron las aristas más radicalmente antisemitas, y se puso el acento en los aspectos nacionalistas, antidemocráticos y antimarxistas; al tiempo, von Schirach pasó de la confrontación al entendimiento con las corporaciones de estudiantes, en el convencimiento de que sólo aproximándose a ellas (y en última instancia, fagocitándolas) sería posible el dominio de la universidad por los estudiantes nazis. Los resultados del cambio de estrategia fueron inmediatos: en las elecciones a los AStA de 1928, el NSDStB se situó en el 12% (mientras que en las elecciones generales de ese año el partido no llegó al 3%). En 1929, el *Studentenbund* ya reunió una quinta parte de los votos, y en la universidad de Erlangen se impuso por mayoría absoluta, lo que luego ocurriría en

13. Grüttner, *Studenten*, p. 20. Para las corporaciones, véase la obra citada de Weber, *The German Student Corps*, así como M.S. Steinberg, *Sabers and Brown Shirts. The German Students' Path to National Socialism, 1918-1935*, Chicago y Londres, 1973, pp. 36-47.

14. Para el giro del partido nazi en 1928, véase F. Gallego, "El partido nazi en los años centrales de la República de Weimar (1925-1930). Un comentario crítico", en *Investigaciones Históricas*, nº 16 (1996), pp. 223-238; también, Gallego, *De Múnich a Auschwitz*, pp. 186-193.

muchas universidades entre 1930 y 1932; desde 1930, la organización de estudiantes nazis era ya la mayoritaria: a finales de 1930 obtuvieron el 76% de los votos en Erlangen, el 66% en Jena, y cifras similares en la Escuela Técnica Superior de Berlín-Charlottenburg y en Breslau, y mayorías absolutas claras en Gotinga, Greifswald, Leipzig y Rostock; en la primavera de 1931, porcentajes parecidos a los anteriores en Gotinga, Halle, Königsberg y Marburgo. En un total de 28 elecciones universitarias celebradas entre 1930 y 1931, el *Studentenbund* consiguió un promedio del 51% de los votos. La culminación del proceso llegó en julio de 1931 cuando, en el marco del 14º *Deutschen Studententag* (magna asamblea anual del estudiantado alemán), el dirigente del NSDStB Walter Lienau fue elegido presidente (*Vorsitzer*) de la *Deutsche Studentenschaft*, organismo que agrupaba al conjunto de las asociaciones estudiantiles alemanas¹⁵.

Pese a esta hegemonía electoral, el NSDStB no fue nunca una organización con gran número de militantes. En el momento de sus primeros éxitos electorales, contaba con unos tres mil militantes, mientras que en el *Wintersemester*¹⁶ de 1932-1933, Michael Grüttner ha calculado que contaba con algo menos de cinco mil (un 4,8% de todos los alumnos matriculados en ese semestre), lo que no era mucho si se tiene en cuenta que los *Korporationenverbände* habían llegado a contar en 1929 con el 56,5% de los estudiantes varones alemanes (los datos incluyen las universidades de Austria y los Sudetes). La clave del éxito del *Studentenbund* estuvo no tanto en su capacidad para atraer militantes, como en la de captar votos mucho más allá del círculo de activistas; justo lo contrario de las organizaciones republicanas, socialistas y comunistas, que podían llegar a ser muy numerosas (las dos primeras), pero eran incapaces de captar votos más allá de sus propios militantes (lo que las dejaba en porcentajes de voto de —por regla general— entre el 2 y el 6%, según universi-

15. H. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte I: *Der Professor im Dritten Reich. Bilder aus der akademischen Provinz*, Múnich/Londres/Nueva York/París, 1991, p. 46; y Grüttner, *Studenten*, pp. 21-22.

16. El año académico se organizaba en la universidad alemana en dos semestres: el *Wintersemester* o semestre de invierno (entre octubre y febrero), y el *Sommersemester* o semestre de verano (entre abril y julio).

dades, con alguna excepción como la universidad de Hamburgo, donde las coaliciones social-republicanas obtenían porcentajes de entre el 20 y el 30%, y los comunistas rozaban el 10%)¹⁷.

¿Cómo explicar ese éxito electoral de los estudiantes nazis? Sin duda por la comunidad ideológica con la inmensa mayoría de los estudiantes de las corporaciones: el rechazo de la democracia, del marxismo y de Versalles, y la defensa de un nacionalismo exacerbado, *völkisch* y antisemita como elemento aglutinador de una necesaria *Volksgemeinschaft* creaban un terreno compartido por nazis y estudiantes de las corporaciones. El activismo (muchas veces violento) de los nazis resultaba un atractivo añadido para unos jóvenes imbuidos del *espíritu de las trincheras* y que se habían socializado (en muchos casos) en los llamados *waffenstudentische Verbände* ("Uniones estudiantiles militares"), en los que la práctica con armas y los duelos estaban a la orden del día. El otro factor que explica el éxito electoral del NSDStB es el creciente desempleo que se daba entre los titulados universitarios, en parte por un importante aumento del número de estudiantes —aunque hablar de masificación universitaria como algunos comentaristas de la época hacían es del todo excesivo¹⁸—, en parte por las dificultades económicas, especialmente desde 1930. El paro universitario y la falta de expectativas de futuro, sin olvidar la desmoralización que provocaba la pérdida de *status* de los titulados universitarios, causaban estragos entre los estudiantes y favorecían el giro de éstos hacia posiciones cada vez más radicales (en el sentido de antirrepublicanas)¹⁹. A su vez, la crisis econó-

17. W. Laqueur, *Weimar. A Cultural History 1918-1933*, Londres, 2000 (1ª ed.: 1974), p. 193; Grüttner, *Studenten*, pp. 31, 40-41 y 50-52.

18. El número de estudiantes universitarios pasó de 130.000 en 1923 a 133.000 en 1931, si bien es cierto que al finalizar la Gran Guerra eran sólo 80.000; cfr. L. Richard, *La vie quotidienne sous la République de Weimar (1919-1933)*, s.l. (éditions Hachette), 1983, p. 176. Hay que decir que no todos los autores ofrecen cifras coincidentes, aunque sí lo son las tendencias que dichas cifras marcan: así, por ejemplo, Heiber sitúa los estudiantes universitarios en 1931 en una cifra de 104.000, por 60.200 matriculados en 1914; este autor también considera que hablar de masificación universitaria carecía totalmente de sentido; cfr. Heiber, *Universität unter dem Hakenkreuz*, Parte I, p. 46.

19. En 1931, por ejemplo, sólo el 4% de los licenciados en derecho consiguió un trabajo remunerado; cfr. J. R. Díez Espinosa, *Sociedad y cultura en la República de Weimar*.

mica dejó a muchas familias sin posibilidades de seguir pagando los estudios de sus hijos; éstos debieron optar por abandonar la universidad o compaginar estudios y trabajo, lo que con el desempleo galopante cada vez resultaba más difícil. En los primeros años treinta, muchos estudiantes vivían en el límite de la pobreza, padecían desnudo y a duras penas podían pagar el alquiler de sus viviendas, todo lo cual abonaba el terreno para el crecimiento de los nazis²⁰.

En resumen: mucho antes de que el partido nazi se configurase como una verdadera alternativa de poder, los estudiantes nazis habían conquistado y consolidado importantes parcelas de poder en la universidad; se habían convertido en el referente de una mayoría de estudiantes universitarios²¹ y habían mostrado la eficacia tanto del cambio de discurso que ponía el acento especialmente en los aspectos antidemocráticos del mismo, como de la estrategia de ocupación de ámbitos de sociabilidad (a través del *entrismo* en las corporaciones) que tan buenos resultados iba a darle poco después al NSDAP. Al tiempo habían desarrollado violentas campañas contra estudiantes republicanos y de izquierda, así como contra profesores judíos o de convicciones republicanas y pacifistas, que no sólo les atrajeron el apoyo de importantes sectores de estudiantes nacionalistas, sino que prefiguraban lo que sería la actuación del NSDStB tras el 30 de enero de 1933.

LOS PROFESORES UNIVERSITARIOS Y EL NACIONALSOCIALISMO

Una vieja tesis muy difundida todavía ha venido sosteniendo el carácter apolítico (*unpolitisch*) de la inmensa mayoría del profesora-

El fracaso de una ilusión, Valladolid, 1996, p. 357.

20. Era una situación que ya se había producido durante la crisis de la hiperinflación, y que explica el descenso en la matrícula universitaria que se produce entre 1923 y 1925, cuando el número de estudiantes se redujo en, aproximadamente, una cuarta parte; cfr. Richard, *La vie quotidienne*, pp. 176-177, y Laqueur, *Weimar*, p. 190; para la situación a principios de los años treinta, Grüttner, *Studenten*, p. 24.

21. Aun teniendo en cuenta que una gran masa de estudiantes se mantenía al margen de las actividades políticas; en muchas universidades, el porcentaje de voto en las elecciones para representantes estudiantiles no superaba el 35% (y en algunas estaba claramente por debajo de esa cifra); cfr. Laqueur, *Weimar*, pp. 193-194.

do alemán durante la República de Weimar. En dicha tesis, no se niega la orientación básicamente conservadora de aquél, pero se afirma su alejamiento (cuando no su desprecio) de la política, y no es difícil deducir de ello que se acaba sosteniendo que los profesores universitarios se mantuvieron en general al margen del nazismo, tanto antes como después de la llegada de Hitler al poder. El origen de dicha tesis se encuentra en una obra de Gerd Rühle, líder del NSDStB en 1932/1933, publicada en 1934 y que se convirtió en la interpretación canónica de dicha cuestión. Básicamente Rühle sostenía que la conquista nazi de la universidad se hizo sin apoyo del profesorado, cuando no *contra* el mismo; la mayor parte de los profesores habría contemplado la hegemonía nazi como una molestia o perturbación (*Störung*) que, sin embargo, no tenía por qué alterar gravemente la placidez de la vida universitaria. De esa forma, prevaleció la visión de un profesorado indiferente a las cuestiones políticas, recluso en sus actividades científicas y académicas, y que, en realidad, hubiese preferido antes la vuelta a la monarquía que la implantación del régimen nazi²².

Tal interpretación resulta a día de hoy realmente insostenible. Para empezar, la inmensa mayoría del profesorado universitario se mostró desde el principio claramente hostil a la República. Significativamente, tras el *putsch* de Kapp (1920), no llegó al 10% el número de profesores que estuvieron dispuestos a firmar un manifiesto de defensa de la constitución democrática. Igualmente, cuando en 1926 se creó una "Unión de profesores fieles a la constitución" (también conocida como *Weimarer Kreis* o "Círculo de Weimar"), su capacidad de convocatoria fue mínima: sólo 114 profesores participaron

22. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte I, p. 47. Bracher ha defendido una interpretación similar a la sintetizada (que no defendida) por Heiber: tras reconocer la deriva hacia posiciones nacionalistas y autoritarias de la élite académica alemana ya antes de la Gran Guerra, Bracher considera que los profesores, en general, se situaron en el conformismo ante el régimen nazi, del que apreciaban su apuesta por un Estado fuerte, pero con el que no coincidían en aspectos fundamentales; por ello optaron, siempre según Bracher, por una actitud apolítica y centrada en la pura actividad científica, en la confianza, que no se vio confirmada, de que eso preservaría la universidad de la influencia nazi; cfr. Bracher, *La dictadura alemana*, pp. 355-357.

en su asamblea de 1927, 59 en la de 1931, y 30 en la de 1932, y muchos de ellos eran sólo *Vernunftrepublikaner*, es decir, que entendían la República como un mal menor, pero que en modo alguno eran republicanos convencidos²³. A su vez, mucho antes de 1933 hubo campañas contra profesores (por sus posiciones pacifistas o izquierdistas, especialmente si eran judíos) protagonizadas por estudiantes de la derecha nacionalista radical y nazis que culminaron incluso con destituciones y expulsiones de la universidad, sin que el profesorado respaldase a los agredidos; los casos más sonoros fueron los de Friedrich Wilhelm Foerster, Theodor Lessing, Emil Julius Gumbel y Gerhard Kessler, entre otros muchos²⁴.

No se trata de que el profesorado universitario se hubiese rendido en masa al atractivo de la oferta nazi antes de 1933 (cuestión objeto de debate historiográfico y sobre la que volveré más tarde), pero sí de que, como ha señalado Helmut Heiber, por la proyección pública de sus opiniones y actuaciones, los profesores adquirieron una especial responsabilidad en la crisis de la República. Heiber no duda incluso en calificar de desestabilizadores los pronunciamientos de muchos prominentes académicos: por venir de quienes venían, sus opiniones negativas sobre la República tenían unos efectos especialmente nocivos para la democracia, desde luego mucho peores que los que se podían derivar de lo que él llama "mitines de taberna"²⁵. Una gran mayoría de profesores universitarios veía en la República

23. W. Keim, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur*, vol. I: *Antidemokratische Potentiale, Machtantritt und Machtdurchsetzung*, Darmstadt, 1997, p. 24.

24. Foerster, por sus posiciones pacifistas, sufrió una durísima persecución por parte de estudiantes nacionalistas que acabó forzándole a exiliarse ya en 1922. Lessing fue expulsado de la universidad tras una tremenda campaña lanzada contra él por su crítica pública a la candidatura presidencial de Hindenburg en 1925. También Gumbel sufrió una campaña por sus posiciones pacifistas y sus críticas a la extrema derecha, que culminó con su expulsión de la universidad en 1932. Finalmente, en 1932, Kessler fue forzado a dimitir de los cargos que ocupaba en la administración de la universidad de Leipzig (era su economo) tras un violento boicot a sus clases por parte de los estudiantes nazis que tenía como motivo un artículo de prensa en el que Kessler había criticado duramente el programa nazi y a los dirigentes del partido. Véase Keim, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur*, vol. I, pp. 25-26, y Grüttner, *Studenten*, pp. 49-50.

25. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*. Parte I, pp. 40-41.

la encarnación de la derrota, creía fervientemente en la teoría de la "puñalada por la espalda" y achacaba a la democracia la humillación de Versalles, el desorden social y la crisis económica que culminó en la hiperinflación (que, dicho sea de paso, se llevó por delante los ahorros de muchos de ellos, hasta entonces garantía de un futuro retiro dorado). Además, contemplaba con espanto la creciente *masificación* universitaria y asociaba la República con un presunto declive de la universidad, perceptible en el desorden creciente y en la, en su opinión, alarmante bajada de niveles y exigencia. Así, por aquellas fechas, Karl Jaspers decía: "La aristocracia espiritual parece llegar a su fin (...). Nosotros aún hemos podido ver a Max Weber; ¿pero que será de aquéllos que sólo nos ven a nosotros?"²⁶

Al desapego de los profesores hacia la República se sumaba un fuerte sentimiento nacionalista, que se había expresado de forma inequívoca y masiva durante la Gran Guerra, y un notable peso del antisemitismo, que llevó, por ejemplo, a que en el comunicado final del *Deutschen Akademikertages* de 1925 se denunciase la *invasión* judía de la universidad y se exigiese el fin de la contratación de profesores judíos y el establecimiento de *numerus clausus* para los estudiantes judíos²⁷. De hecho, la mayor parte de los profesores se situaban en las posiciones de los *nacionalalemanes*²⁸ o en el ala derecha del *Deutsche Volkspartei* (DVP), el Partido Popular Alemán, de orientación claramente derechista, nacionalista y tendencialmente autoritaria. Aunque no hay muchos estudios estadísticos al respecto, uno sobre la universidad de Hamburgo y otro sobre la de Tubinga mues-

26. La cita textual es como sigue: "Die geistige Aristokratie schien am Ende zu sein (...) Wir selbst haben noch Max Weber gesehen. Aber was wird aus denen, die nur uns sehen?"; cit. en Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte I, p. 36. Hecha por Jaspers, tal reflexión sólo podía ser el resultado de un exceso de modestia o, más probablemente, de una visión de la universidad alemana peligrosamente apocalíptica y que en poco reflejaba la realidad.

27. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte I, p. 14; durante la guerra menudearon las declaraciones de fuerte tono nacionalista y belicista por parte de destacados profesores alemanes; así, por ejemplo, Friedrich Meinecke llegó a escribir que la Gran Guerra marcaba el cénit (*Sonnenhöhe*) de la historia alemana; *Ibid.*, p. 30.

28. El *Deutsche National Volkspartei* (DNVP), Partido Popular Nacional Alemán, abiertamente antirrepublicano y nacionalista en extremo.

tran que algo más de la cuarta parte de sus profesores militó en algún partido político durante la República, cifra que, una vez más, pone en cuestión la imagen de un profesorado apático desde el punto de vista político²⁹. Lo que pasa, y así lo señala Heiber, es que se ha tendido a identificar profesorado comprometido políticamente con profesorado progresista e izquierdista, siendo así que en la Alemania de Weimar, la inmensa mayoría de profesores que militaron en algún partido lo hicieron en la derecha³⁰. En el caso de Hamburgo, por ejemplo, 53 de los 72 profesores con militancia política la desarrollaron en partidos de la derecha (26 en el DVP, 17 en el DNVP, y 10 en el NSDAP), mientras que los partidos de inequívoca lealtad constitucional, esto es, socialistas (SPD) y demócratas (DDP), sólo consiguieron afiliar a 6 y 13 profesores, respectivamente³¹. Así pues, la idea de unos *unpolitischen Professoren* no se corresponde con la realidad: es verdad que sólo 41 profesores en toda la etapa republicana fueron diputados, pero fueron muchos más los que ocuparon cargos de segundo nivel en instancias políticas y administrativas, sin olvidar que resultó muy frecuente la firma de manifiestos y el apoyo por escrito a candidaturas electorales diversas, incluidas las nazis, como luego se verá.

Cuestión más problemática es, como señalaba anteriormente, en qué medida el profesorado se había aproximado al nazismo antes del 30 de enero de 1933. Hace algunos años, Anselm Faust venía a romper la visión tópica de un profesorado indiferente ante la crisis de la República pero en absoluto entusiasta del nazismo, imagen que, como se vio, se forjó prácticamente en los inicios del propio

29. R. Hering, "Der 'unpolitische' Professor? Parteimitgliedschaften Hamburger Hochschullehrer in der Weimerer Republik und im Dritten Reich", en E. Krause, L. Huber und H. Fischer (Hg.), *Hochschulalltag im "Dritten Reich". Die Hamburger Universität 1933-1945*, Berlín/Hamburgo, 1991, vol. I, pp. 88-89.

30. H. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte II, vol. 1: *Die Kapitulation der Hohen Schulen. Das Jahr 1933 und seine Themen*, Múnich/Londres/Nueva York/París, 1992, p. 40.

31. Hering, "Der 'unpolitische' Professor?...", p. 100, tabla 3. Ni el centro católico (*Zentrum*) ni los comunistas (KPD) —los otros dos grandes partidos de la era de Weimar— contaron entre sus afiliados con profesores de la universidad de Hamburgo.

Tercer Reich³². Para Faust, el apoyo a Hitler entre el profesorado, antes de su llegada al poder, fue mayor de lo que se acostumbra a aceptar. No sólo lo demuestran algunos informes internos del NSDStB en universidades como Berlín o Tubinga, sino también los manifiestos firmados por profesores en apoyo a las candidaturas electorales nazis, especialmente a partir de las presidenciales de 1932 (si bien el número de firmas que lograron fue siempre inferior al que recolectaron en los mismos medios universitarios Hindenburg o von Papen, por ejemplo). Según Faust, en 1932 un 12% de los profesores que apoyaron con su firma alguna candidatura electoral optaron por las listas nazis³³. Heiber ha relativizado estas cifras al señalar que ese porcentaje sólo sería una tercera parte de lo que por entonces obtenía el NSDAP en las elecciones generales; pero, claro, Heiber compara dos cosas bien diferentes: el voto secreto —y que por tanto no compromete personalmente más que con la propia conciencia— y la manifestación activa y pública por una determinada opción política, lo que, obviamente, exige un compromiso ideológico de mucho mayor calado. En realidad, dice Heiber —y en esto no le falta razón—, el número de militantes nazis entre el profesorado hasta enero de 1933 era muy bajo, como los estudios disponibles permiten constatar: 3 profesores en Tubinga, 2 en Frankfurt, 10 en Hamburgo, 2 en Gotinga, 11 en Hannover, 1 en Rostock³⁴.

Ahora bien, ¿es la militancia en el partido el único factor a consi-

32. A. Faust, "Professoren für die NSDAP. Zum politischen Verhalten der Hochschullehrer 1932/1933", en M. Heinemann (Hsg.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II: *Hochschule, Erwachsenenbildung*, Stuttgart, 1980, pp. 31-49. Faust comienza afirmando que, en el momento de redactar su texto, existía un consenso bastante extendido entre los especialistas según el cual, a) la mayoría de los profesores universitarios contemplaron con indiferencia la liquidación de la República de Weimar; y b) también una mayoría se acomodó al nazismo sin entusiasmo pero sin resistencia.

33. Faust no escribe exactamente ese porcentaje; lo que afirma es que, en 1932, 87 profesores universitarios dieron su apoyo a las candidaturas nazis, y que sólo el 10% del profesorado (que él sitúa en 7.117 profesores en el *Wintersemester* del curso 1931/1932) hizo una manifestación pública y explícita de apoyo electoral a cualquiera de las listas que se presentaron ese año; con esas cifras, el apoyo de los nazis se situó en ese 12% de todos los profesores que se pronunciaron políticamente en algún sentido; cfr. Faust, "Professoren...", pp. 41-42.

34. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte I, pp. 48-49.

derar a la hora de establecer los vínculos entre el profesorado y el movimiento nazi? Seguramente no. Aun constatando que entre el profesorado no se produjo un fenómeno como el que hemos señalado para los estudiantes, es innegable que sí se dio algo parecido en el plano ideológico. Como se comentó anteriormente, la mayor parte del profesorado fue más o menos hostil a la República, lo que implicaba el rechazo no sólo de la forma del régimen, sino del propio sistema democrático; rechazaba el *Diktat* y exigía su revisión, era, además, nacionalista, antimarxista y antisemita. Muchos profesores se sentían identificados con los presupuestos de lo que se ha dado en llamar la "revolución conservadora" (Arthur Moeller van den Bruck, Oswald Spengler, Carl Schmitt, Hans Freyer, Wilhelm Stapel, Ernst Jünger, Ernst von Salomon...), que, aun manteniendo algunos elementos de diferenciación con el nazismo (el principal, quizás, la centralidad del racismo biológico en el discurso nazi), compartía con éste un amplísimo espacio conceptual³⁵. También aquí se daba, pues, un territorio compartido entre muchos profesores y los nazis que, llegado el momento, permitió que la inmensa mayoría del profesorado aceptase sin problemas, cuando no con entusiasmo, la "revolución nacionalsocialista"³⁶.

LA GLEICHSCHALTUNG EN LA UNIVERSIDAD

El concepto de *Gleichschaltung* puede traducirse por "coordinación", y es como los nazis denominaron al proceso de liquidación de las estructuras democráticas en todos los órdenes de la vida política,

35. Sobre la "revolución conservadora" véase el imprescindible libro de J. Herf, *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, 1990; asimismo, K. Bullivant, "La Revolución Conservadora", en A. Phelan (ed.), *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Valencia, 1990, pp. 67-95; Díez Espinosa, *Sociedad y cultura en la República de Weimar*, pp. 243-251; y Gallego, *De Múnich a Auschwitz*, pp. 60-80.

36. B. Vogel, "Anpassung und Widerstand. Das Verhältnis Hamburger Hochschullehrer zum Staat 1919 bis 1945", en E. Krause, L. Huber und H. Fischer (Hg.), *Hochschulalltag im "Dritten Reich". Die Hamburger Universität 1933-1945*, Berlin/Hamburgo, 1991, vol. I, p. 6.

económica, social y cultural, y su acomodación al nuevo orden nacionalsocialista. Como ha explicado magistralmente Victor Klemperer, todo era susceptible de ser *gleichgeschaltet*; por supuesto, también la universidad³⁷. De hecho, autores como Karl Dietrich Bracher han hablado de una *Selbstgleichschaltung* en la universidad³⁸, e incluso consideran que había empezado ya antes del 30 de enero de 1933 (sobre todo por la influencia creciente de los estudiantes y del pequeño pero cada vez más activo y poderoso grupo de profesores nazis). No me ocuparé de los cambios en la estructura universitaria que se impusieron en los meses y años siguientes (lo que exigiría un espacio del que no dispongo), sino que me centraré en el papel que desempeñaron estudiantes y profesores en la *Gleichschaltung* universitaria.

Los meses que siguieron al triunfo nazi en las elecciones de marzo de 1933, y muy especialmente los del *Sommersemester* de ese año, fueron probablemente los de mayor agitación estudiantil en toda la historia de la universidad alemana. Como ha señalado Grüttner, los estudiantes actuaron como el verdadero motor de la *Gleichschaltung* universitaria³⁹. Para ello contaron con el apoyo de las autoridades educativas, cuyas medidas legales vinieron a reforzar la posición político-institucional de los estudiantes nazis. Así, un decreto del ministro de educación (*Kultusminister*) de Prusia (y futuro ministro de educación del *Reich*) Bernhard Rust estableció que la *Deutsche Studentenschaft* (DSt) sería en adelante el único órgano de representación de los estudiantes, al tiempo que la reorganizaba adaptándola a los principios nazis. Se fijaba también que la *Studentenschaft* de cada universidad estaría formada por todos los alumnos matriculados en ella de origen y lengua alemanes (lo que excluía a los judíos, pero también a alumnos de las diversas minorías nacionales). Los AStA eran suprimidos, así como la elección de los representantes y líderes estudiantiles, en adelante designados mediante el *Führerprinzip*. El resto de los *Länder* calcaron el decreto prusiano⁴⁰. La *Gleichschaltung*

37. V. Klemperer, *LTI. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, 2001, pp. 225-230.

38. Cit. en Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte II, vol. 1, p. 38. El término haría referencia a una *autoacomodación* de la universidad a los principios del nazismo.

39. Grüttner, *Studenten*, p. 62.

40. *Ibid.*, p. 63.

de las estructuras de representación estudiantil fue acompañada de la disolución de las organizaciones estudiantiles con la excepción del NSDStB y, temporalmente, de las corporaciones, que, a pesar de su identificación con el régimen, fueron desactivadas y finalmente suprimidas⁴¹.

Los reforzados líderes estudiantiles nazis pusieron en marcha entonces una serie de acciones que perseguían la radical modificación de las estructuras universitarias, y que tuvieron en la quema de libros y las campañas contra determinados profesores sus aspectos más relevantes. El primer objetivo de los estudiantes fueron los profesores; incluso aquellos conservadores que se habían congratulado del final de la República eran tachados ahora de reaccionarios y corrían el peligro de ser considerados inútiles para el nuevo régimen. Para muchos estudiantes nazis, los profesores eran directamente culpables de todo lo malo de la etapa republicana, y aprovechaban para pasar factura por lo que consideraban su inhibición (cuando no su hostilidad hacia ellos) durante el *Kampfzeit*. La idea de que el profesorado no era el adecuado para la etapa de regeneración nacional que se iniciaba estaba ampliamente extendida: la expresión *verkalkter Professor* (catedrático esclerótico) se hizo de uso común⁴². Las campañas contra profesores podían seguir diversas variantes: desde la denuncia pública de los mismos hasta el asalto (más o menos violento) de las aulas para impedir el desarrollo normal de las clases, pasando por todo tipo de iniciativas que pretendían apartar a los profesores marcados de sus actividades docentes. En Kiel, por ejemplo, los estudiantes elaboraron una lista negra de 28 profesores y exigieron al rector la inmediata destitución de los mismos bajo amenaza de altercados y actos de violencia si la petición no era atendida. En este caso no tuvieron éxito (entre otras cosas por la arbitrariedad de la lista, que incluía a docentes que luego tuvieron altas responsabilidades en el régimen), pero en otros sí: en Hannover los estudiantes nazis consiguieron que seis profesores denunciados por ellos fueran apartados provisionalmente de la docencia; y casos similares se dieron en otras

41. Keim, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur*, vol. I, p. 162.

42. Grütner, *Studenten*, pp. 63-64.

muchas universidades⁴³. Tras la depuración del profesorado (de la que se tratará a continuación), las campañas se dirigían contra quienes habían escapado a cualquier sanción, pero que a los ojos de los dirigentes estudiantiles merecían ser expulsados de la universidad, como era el caso, por ejemplo, de los judíos beneficiados por las excepciones que fijaba la ley del funcionariado, pero también de profesores de ideología liberal —los izquierdistas fueron, en general, expulsados de inmediato. Entre 1933 y 1935 hubo campañas de este tipo en todas las universidades, y la mayor parte de ellas concluyeron con éxito: el desarrollo normal de las clases se hizo imposible y muchos profesores optaron por pedir la jubilación, en ocasiones animados a ello por sus propias universidades. Un caso extremo fue el de Paul Krause (antiguo rector en Münster) que tras meses de boicot a sus clases acabó suicidándose. Las campañas no amainaron hasta que, con las leyes de Núremberg, todos los profesores judíos fueron definitivamente separados de la universidad. Los dirigentes estudiantiles no sólo aspiraban a expulsar de la universidad a quienes consideraban inadecuados para los nuevos tiempos, sino también a condicionar los nuevos nombramientos y la promoción del profesorado. En ocasiones tuvieron éxito, y no pocos jóvenes profesores se vincularon estrechamente a los estudiantes para ascender rápidamente en sus carreras⁴⁴.

La agitación en las universidades adquirió el perfil de una verdadera lucha generacional que ponía en cuestión la función tradicional de la universidad, así como su rígida estructura jerárquica. La conflictividad rampante provocó una auténtica conmoción en los habitualmente apacibles campus y claustros universitarios. Muchos catedráticos consideraban que los estudiantes se habían convertido de hecho en el verdadero poder dentro de la universidad. El historiador Otto Brandt escribió en 1934 a un colega berlinés: "A qué extremo ha llegado la otrora orgullosa universidad de Heidelberg. El gobierno está en manos no del rector sino de un salvaje dirigente estudiant-

43. *Ibid.*, pp. 67-68; Keim, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur*, vol. I, p. 162.

44. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte II, vol. 1, pp. 73-74; Grüttner, *Studenten*, pp. 69-70 y 71-73.

til, en cuya antesala los catedráticos han de esperar pacientemente más de una hora hasta que aquél se digna recibirles"⁴⁵. Efectivamente, muchos dirigentes estudiantiles nazis se consideraban los verdaderos *Herren* de la universidad, y estaban convencidos (no sin parte de razón, aunque no con toda ella) de que en cualquier conflicto con el profesorado iban a tener a las autoridades educativas de su parte. Para los profesores, por otro lado, era toda una novedad, y no precisamente agradable, comprobar que su posición no siempre era respaldada, como había ocurrido hasta entonces, por sus superiores en el gobierno de la universidad y el Ministerio. Pese a ello, la ofensiva de los estudiantes nazis encontró muy pocas resistencias entre el profesorado, y fueron escasos los docentes que se atrevieron a manifestarse públicamente contra las campañas estudiantiles y su creciente influencia en el seno de las universidades.

La movilización estudiantil tuvo un cierto componente de autonomía por la base, o dicho de otro modo, las actuaciones eran decididas y puestas en práctica por los grupos nazis de cada una de las universidades atendiendo a su situación particular. No obstante, las acciones de más envergadura fueron impulsadas y coordinadas desde la dirección nacional de los estudiantes. Así ocurrió, por ejemplo, con la que sin duda fue la más espectacular de sus campañas: la quema de libros de autores indeseables para el régimen, que se llevó a cabo en muchas universidades el mes de mayo de 1933 (la llamada *Aktion wider den undeutschen Geist*: la "acción contra el espíritu no-alemán"), tradicionalmente adjudicada a una iniciativa de Goebbels⁴⁶, pero en realidad decidida directamente y de forma autónoma por la dirección de la DSt a principios de 1933⁴⁷. El episodio principal de la *Aktion* tuvo lugar en Berlín el 10 de mayo de 1933: vein-

45. "Was ist aus der stolzen Heidelberger Universität geworden. Nicht der Rektor, sondern ein wilder Studentenführer regiert, in dessen Vorzimmer Professoren über eine Stunde geduldig warten, bis sie gnädigst vorgelassen werden": cit. en Grüttner, *Studenten*, p. 74; la traducción es mía.

46. A modo de ejemplo, K. Hildebrand, *El Tercer Reich*, Madrid, 1988, p. 20.

47. J. Noakes y G. Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, vol. 2: *State, Economy and Society 1933-1939*, Exeter, 1995, p. 401; I. Kershaw, *Hitler 1889-1936*, Barcelona, 1999, pp. 475-476.

te mil libros fueron quemados en la *Opernplatz* bajo la atenta mirada del ministro de Propaganda del *Reich*; pero quema de libros hubo en todas las universidades (excepto en Friburgo y Tubinga), con escasas y tímidas protestas por parte de los claustros, y en bastantes casos con participación y discursos de rectores y profesores, alguno de los cuales incluso prendió la hoguera⁴⁸. Fue la culminación del impulso antiintelectual y vitalista de algunos sectores nazis, la negación más que simbólica del pensamiento considerado contrario a la esencia nacional y racial alemana, y fue también el primer paso hacia el cumplimiento de un célebre vaticinio de Heinrich Heine —por cierto, uno de los autores cuyas obras fueron pasto de las llamas—: “donde se queman libros, al final se acaba quemando también personas”⁴⁹.

La sensación de poder que tenían los dirigentes de la DSt les llevó a seguir una política de hechos consumados, en la confianza, muchas veces cierta, de que las autoridades ratificarían legalmente sus decisiones; así ocurrió, por ejemplo, con la introducción de un servicio de trabajo obligatorio para los estudiantes, sin el certificado del cual no era posible matricularse de un nuevo curso. No obstante, otras iniciativas se vieron frustradas, como la de obligar a los estudiantes a pasar obligatoriamente una temporada de sus estudios en una *Kameradschaftshaus* (literalmente: “Hogar de la camaradería”); residencias para estudiantes en las que se combinaban las actividades deportivas y culturales con el adoctrinamiento político; la medida resultó tan impopular que las antiguas uniones estudiantiles (*Verbände*) consiguieron paralizarla moviendo sus influencias en los altos niveles de la administración⁵⁰.

La movilización estudiantil tuvo, en definitiva, un carácter ciertamente autónomo de las autoridades del partido y del Estado, que optaron por tolerar el activismo de los estudiantes en tanto en cuanto convenía al proceso de la *Gleichschaltung* universitaria. Otra cosa

48. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte II, vol. 1, pp. 89-90.

49. Cit en H.-U. Thamer, *Il Terzo Reich. La Germania dal 1933 al 1945*, Bolonia, 1993 (ed. alemana de 1986), p. 383.

50. Grüttner, *Studenten*, pp. 77-81.

era en qué medida las parcelas de poder alcanzadas por los estudiantes durante 1933 y 1934 iban a poder ser mantenidas. De hecho, durante el *Wintersemester* de 1933-1934, las autoridades ministeriales ya iniciaron un proceso de disciplinamiento del estudiantado (que se acentuaría desde el verano de 1934, en línea con la idea de que la *revolución* había terminado). Hubo advertencias contra la repetición de actos violentos o de indisciplina, e incluso el ministro Rust amenazó, sin que haya noticia de que la amenaza llegase a concretarse alguna vez, con expulsar de la universidad a los estudiantes que protagonizasen incidentes. De esta forma, una cierta tranquilidad volvió a las universidades, aunque las campañas y los ataques estudiantiles contra ciertos profesores no desaparecieron completamente⁵¹. Por otra parte, ni los catedráticos recuperaron el viejo poder que habían tenido, ni los estudiantes fueron relegados al papel absolutamente subordinado de antes de 1933. Con la aprobación en 1935 de las "Directrices para la uniformización de la administración universitaria" (*Richtlinien zur Vereinheitlichung der Hochschulverwaltung*), el ministro Rust consiguió limitar la influencia de los estudiantes en la gestión universitaria, y subordinó claramente el liderazgo estudiantil al del rector, convertido en *Führer* de la universidad, y al de los respectivos decanos. Claro que una cosa era la teoría y otra la práctica; en realidad, los conflictos entre rectores y dirigentes estudiantiles fueron constantes, y no puede hablarse de una completa domesticación de los estudiantes. Por otra parte, aunque esporádicas, siguió habiendo campañas contra determinados profesores, si bien ahora éstos solían tener el respaldo de las autoridades universitarias. Aunque el *Studentenbund* recuperó influencia a partir de 1936, no consiguió volver a la situación del *Sommersemester* de 1933, al menos hasta los años de la guerra y gracias al ascenso en las estructuras del partido de quien era desde noviembre de 1936 *Reichsstudentenführer*, Gustav Adolf Scheel, protegido de Heß y Bormann, y el único político de la nueva generación que alcanzó verdadera influencia en el seno de la cancillería del *Reich*⁵².

51. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte II, vol. 1, pp. 96-97.

52. Grüttner, *Studenten*, pp. 94-97.

La contribución del profesorado a la *Gleichschaltung* universitaria tuvo, obviamente, otras formas de manifestarse. Para empezar, los docentes fueron duramente depurados, tanto racial como ideológicamente, lo que supuso la expulsión de muchos de ellos de la universidad (además de quienes, prudentemente, optaron por el exilio). Con la "Ley para el restablecimiento del funcionariado" (*Gesetz zur Wiederherstellung des Berufsbeamtentums*) del 7 de abril de 1933 fueron separados de la docencia universitaria los profesores judíos (con algunas excepciones determinadas por los servicios prestados al país durante la Gran Guerra; aunque también éstos fueron represaliados tras la aprobación de las llamadas Leyes de Núremberg, en 1935) así como los políticamente contrarios al nacionalsocialismo. El número de afectados por esta depuración político-racial no ha sido todavía plenamente establecido; durante mucho tiempo se han dado por buenas las cifras ofrecidas por Bracher en una obra de 1962, según las cuales en total fueron separados de sus puestos en la universidad unos 1.700 profesores, lo que vendría a representar algo más de la décima parte del profesorado universitario⁵³. Estudios posteriores, sin embargo, han ampliado considerablemente esas cifras (que se referían, todo hay que decirlo, a la primera oleada represiva, llevada a cabo durante los años 1933 y 1934). Así, se ha podido establecer que, hasta 1938, fue separado del servicio no menos de un tercio del profesorado universitario, eso sí, con grandes diferencias en función de la universidad y las carreras universitarias que se consideren; por ejemplo, mientras más del 30% del profesorado de las universidades de Berlín o Fráncfort del Meno fueron expulsados, sólo el 1,6% de los profesores de Tubinga corrieron igual suerte⁵⁴.

No puede dejar de señalarse que esta depuración se hizo ante el clamoroso silencio, cuando no con la complacencia, de la práctica totalidad del profesorado, como no sin dolor lo expresa Victor Klemperer, él mismo represaliado por judío, en su *LTI. Apuntes de un filósofo*.

53. J. J. Carreras, "Los fascismos y la universidad", en J. J. Carreras Ares y M. A. Ruiz Carnicer (coords.), *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, 1991, p. 17.

54. Keim, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur*, vol. I, pp. 159-160.

logo⁵⁵. Y por otra parte, no hay que olvidar el hecho de que tanto la aprobación de la ley en que se basó la depuración, como buena parte de la ejecución de la misma, se produjo en un momento en que funcionaba un gobierno de coalición en el que los nazis ni siquiera tenían la mayoría, lo que no deja de ser un indicador de hasta qué punto la *limpieza* de la universidad era una necesidad compartida por todas las fuerzas de la derecha radical⁵⁶. En realidad, la depuración coincidió en el tiempo con una incorporación masiva de docentes al movimiento nacionalsocialista, así como con la publicación de diversos manifiestos con los que la elite académica alemana mostraba su adhesión a Hitler y venía, de esta manera, a legitimar el nuevo orden de cosas. Si ya para las elecciones de marzo de 1933 los nazis consiguieron que 301 profesores pidiesen públicamente el voto para sus candidaturas⁵⁷, en abril de ese mismo año la Junta Directiva (*Vorsstand*) de las Universidades Alemanas saludó el nombramiento de Hitler como canciller, afirmando que ello posibilitaba el renacer de la universidad alemana, y reafirmando, con un lenguaje y un discurso de inequívoco sabor nazi, la identificación de la universidad con el antiquísimo espíritu del pueblo alemán⁵⁸. En noviembre de ese mismo año, 957 profesores firmaron un manifiesto de adhesión a Hitler y al *Reich*, en el que, además, se exaltaba la contribución de aquél —y la del Estado nacionalsocialista— a la universidad alemana; entre los firmantes había profesores del prestigio de Martin Heidegger. El manifiesto, de 136 páginas, se imprimió en 1934 (en cinco idiomas) y se hizo llegar a las universidades de otros países⁵⁹.

55. Klemperer, *LTI*, p. 28.

56. Vogel, "Anpassung und Widerstand...", p. 5.

57. Faust, "Professoren...", p. 32.

58. Reece C. Kelly, "Die gescheiterte nationalsozialistische Personalpolitik und die mißlungene Entwicklung der nationalsozialistischen Hochschulen", en M. Heinemann (Hrsg.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II: *Hochschule, Erwachsenenbildung*, Stuttgart, 1980, p. 62, nota 3.

59. El título del manifiesto era: *Bekennntnis der Professoren an den deutschen Universitäten und Hochschulen zu Adolf Hitler und dem nationalsozialistischen Staat* ("Adhesión —literalmente, profesión de fe— de los profesores de las universidades y escuelas superiores alemanas a Adolf Hitler y el Estado nacionalsocialista"); se trata del segundo manifiesto con más firmas de profesores universitarios en la historia de Alemania, solo

El apoyo explícito al régimen por parte de profesores de reconocido prestigio tuvo una importancia notable a la hora de legitimar al nuevo Estado y de dotarlo de una pátina de respetabilidad que de otra manera tanto la plebeyez del movimiento nazi como la violencia que le había caracterizado durante el *Kampfzeit* le hubiera hecho difícil alcanzar. Ciertamente fueron muchos los científicos y académicos de primera fila que tuvieron que abandonar el país, o al menos la universidad, pero también fueron muchos quienes permanecieron en ella y con su actitud contribuyeron a fortalecer al régimen nacionalsocialista, al tiempo que su producción científica resultaba determinante para llevar hasta sus últimas consecuencias la política nazi, incluso en sus expresiones más extremas: la guerra y el exterminio. No puede relativizarse el impacto que tenía, dentro y fuera de Alemania, el que figuras como Martin Heidegger, por ejemplo, asumieran cargos de responsabilidad en el régimen (en su caso, el de rector de Friburgo en plena *Gleichschaltung*) y lo hiciesen no como una especie de obligación para con la universidad en tiempos difíciles, sino con la energía y la fe del fervoroso creyente en la regeneración nacional que el nacionalsocialismo prometía. Actitudes como la de Heidegger (que ha dado lugar a una enconada e inacabada polémica entre sus detractores y sus partidarios en torno a cuestiones tales como el antisemitismo del personaje, sus verdaderas convicciones nazis, su real contribución al mantenimiento del régimen, o la existencia de vínculos indisolubles entre su pensamiento y los principios esenciales del nacionalsocialismo⁶⁰) fueron, por otra parte, habituales entre la elite académica alemana, en muchos casos, como el del propio Heidegger, incluso con incorporación al partido o a alguna de sus organizaciones. Se ha estimado, en este sentido, que uno de

superado por el publicado en agosto de 1914, en el que se llamaba a la defensa de la Patria, y que firmaron 3.016 profesores; cfr. Heiber, *Universität unterm Hakenkreuz*, Parte II, vol. 1, p. 31.

60. No es éste lugar para explicar dicha polémica; puede seguirse lo sustancial de la misma a partir de, entre otros, V. Farías, *Heidegger y el nazismo*, Barcelona, 1989 (ed. francesa de 1987); J. Altwegg (hrsg.), *Die Heidegger Kontroverse*, Frankfurt am Main, 1988; y L. Ferry y A. Renaut, *Heidegger y los modernos*, Buenos Aires-Barcelona-México, 2001 (ed. francesa de 1988).

cada dos profesores alemanes militó en alguna organización nazi durante el Tercer Reich, y aunque es evidente que muchos lo hicieron por puro oportunismo o como medida de autoprotección (hasta el punto de que algún autor ha calculado que, en realidad, los nazis convencidos debieron de ser sólo entre un 5 y un 10%⁶¹), no lo es tanto de los presupuestos y de las actuaciones del régimen; la mejor prueba de ello es que el proceso de desnazificación que se llevó a cabo tras la guerra afectó a 4.300 profesores, es decir, a más de la mitad del profesorado universitario⁶².

Paradójicamente, los dirigentes nazis nunca estuvieron del todo satisfechos con el grado de compromiso del profesorado con el régimen. En algunos casos, incluso se menospreció de forma absolutamente insultante al conjunto del profesorado; así, en una intervención pública en la universidad de Berlín, y ante un público de profesores expresamente invitados para la ocasión, Julius Streicher se preguntó retóricamente hacia dónde se inclinaría una balanza en uno de cuyos platos se colocase el cerebro de todos los catedráticos de universidad y en el otro el del *Führer*⁶³. Por otra parte, abundan los textos, especialmente de los dirigentes estudiantiles, en los que se critica la escasa identificación de los profesores con el nacionalsocialismo. A modo de ejemplo, Andreas Feickert —*Reichsführer der DSt* entre julio de 1934 y febrero de 1936— escribió en una muy conocida obra (*Studenten greifen an*) que el profesorado estaba perdido para la causa y que sólo la renovación generacional haría posible la realización de una verdadera universidad nazi⁶⁴. Opinión coincidente con la del

61. Keim, *Erziehung unter der Nazi-Diktatur*, vol. II, p. 88.

62. Datos de K.D. Bracher citados por J. J. Carreras; véase Carreras, "Los fascismos y la universidad", p. 17.

63. "Wenn man die Gehirne sämtlicher Universitätsprofessoren in die eine Waagschale legte und das Gehirn des Führers in die andere, welche Waagschale, glauben Sie, wird sich senken?"; cit. en Seier, "Der Rektor als Führer", en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 12/2, (1964), p. 108, nota 16. Comentando el episodio, y en irónica alusión a la inteligencia del profesorado alemán ante el nazismo, Bracher escribió que quizás la respuesta no sea tan clara como se pudiera pensar; cfr. Bracher, *La dictadura alemana* I, p. 363.

64. G. J. Giles, "Die Idee der politischen Universität. Hochschulreform nach der

Dr. Walter Groß —*Leiter des Hauptamtes Wissenschaft in der Dienststelle Rosenberg*⁶⁵—, quien sostenía que sería necesaria al menos una década para que una nueva generación de profesores con una nueva *Weltanschauung* pudiese reconstruir la universidad alemana en un sentido nacionalsocialista⁶⁶.

Ambas opiniones, ampliamente compartidas en las altas esferas del partido y del Estado, conducían a la necesidad de una política de selección del profesorado que garantizase ese relevo generacional en las condiciones adecuadas para hacer de la universidad un ámbito verdaderamente nacionalsocialista. Y la principal expresión de ello fue la introducción de nuevas exigencias para acceder a la actividad docente universitaria. A la tradicional habilitación se le añadió la obligatoriedad de participar con aprovechamiento en un cursillo de 12 semanas de duración (aunque ésta disminuyó con el tiempo) en un *Dozentenlager* al frente del cual, y como responsable final de los informes de los cursillistas, hubo inicialmente un *SA-Obersturmbannführer*, un camisa vieja (*alter Kämpfer*), de oficio curtidor y sin ninguna formación académica⁶⁷. Tan importante como el adoctrinamiento de los futuros docentes era la promoción de los que ya ejercían, y concretamente la adjudicación de las plazas definitivas (y muy especialmente las de catedrático). En este campo es donde se libró una de las más duras batallas por el control de la universidad, en la que se vieron envueltos no sólo los diferentes colectivos académicos (con las afinidades y enemistades características de la vida universitaria), sino muy especialmente diferentes instancias tanto del partido como del Estado. Tanto el ministerio como los rectores y decanos intentaban controlar la adjudicación de plazas, pero no po-

Machtergreifung", en M. Heinemann (Hrsg.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II: *Hochschule, Erwachsenenbildung*, Stuttgart, 1980, p. 55.

65. Literalmente, "Director de la oficina científica principal en el Departamento Rosenberg"; es decir, el responsable de la sección científica en el organismo que dirigía Alfred Rosenberg, y que, en el marco de la policracia nazi, pretendía ser el centro del que emanasen las directrices filosófico-científicas que debían estructurar el *Tercer Reich*.

66. A. F. Kleinberger, "Gab es eine nationalsozialistische Hochschulpolitik?", en M. Heinemann (Hrsg.), *Erziehung und Schulung im Dritten Reich*, vol. II: *Hochschule, Erwachsenenbildung*, Stuttgart, 1980, p. 11.

67. *Ibid.*, p. 16.

dían evitar las interferencias de otros actores como los *Gauleiter* del partido, las organizaciones nazis de estudiantes y profesores, o agencias nazis como la oficina de Rosenberg o la Comisión Universitaria del NSDAP creada por Heß, a su vez enfrentadas entre sí. Se planteaba, además, un dilema prácticamente irresoluble —como explicó Leopold Zimmer, rector de Marburgo, en una conferencia de rectores— cuando había que decidir entre adjudicar una plaza a un científico competente pero políticamente poco activo o a un docente ideológicamente muy comprometido pero científicamente menos preparado. El Ministerio, responsable último de decidir la política de adjudicación de plazas docentes no fue capaz de resolver el dilema pues, si bien defendía la autonomía de rectores y decanos en los temas de personal, no estaba dispuesto a enfrentarse al partido cuando se descendía a los casos concretos⁶⁸. De esta forma, la adjudicación de una cátedra era el resultado de un largo proceso en el que los candidatos eran escrutados profesional e ideológicamente por instancias muy diversas que emitían informes confidenciales y muchas veces contradictorios entre sí. Generalmente se trataba de colocar al propio candidato, pero la pugna era tal que con frecuencia las cátedras quedaban vacantes durante mucho tiempo por la imposibilidad de que un sector se impusiese sobre los demás. Al final, todo consistía en ver quién imponía a *su propio nazi*, pues cada vez más la militancia en el partido o en alguna de sus organizaciones se convertía en un argumento de peso en la contienda; así, en 1939, el Ministerio de Educación informó de que de las 426 cátedras adjudicadas durante los dos años anteriores, 264 habían correspondido a militantes del partido o de alguna de sus organizaciones vinculadas⁶⁹.

Existe un muy amplio acuerdo a la hora de considerar que los nazis carecían de una verdadera política universitaria y que, por tanto, no estuvieron en condiciones de transformar significativamente la universidad. Esta opinión no es, sin embargo, universalmente compartida⁷⁰, y desde mi punto de vista es, cuando menos, excesivamente

68. Seier, "Der Rektor als Führer", pp. 136-137.

69. Kleinberger, "Gab es eine nationalsozialistische Hochschulpolitik?", p. 16.

70. Véase Vogel, "Anpassung und Widerstand", p. 4.

tajante. En realidad, sí hubo propuestas de una universidad política, y no faltaron los teóricos nazis (Krieck, Rein, Rosenberg...) que escribieron ampliamente sobre la cuestión, antes y después de la llegada de Hitler al poder. No obstante, es cierto que el partido nunca definió un proyecto concreto, aunque ello se debió no tanto a la falta de modelos como a la neutralización de unos por otros, en el marco de la feroz competencia que caracterizó, también en el ámbito universitario, a la policracia nazi. De hecho, desde el punto de vista del funcionamiento institucional, la universidad alemana experimentó cambios muy notables, especialmente en lo relativo a la autonomía de las universidades y a su funcionamiento interno, como consecuencia de las importantes modificaciones que se introdujeron en los órganos de gobierno y la especial relevancia que adquirió la figura del rector, a quien se identificó como el *Führer* de la universidad⁷¹. En cualquier caso, lo verdaderamente importante es que los nazis consiguieron hacer de la universidad un instrumento al servicio de su proyecto, y que para ello contaron con la colaboración inestimable de la gran mayoría de los estudiantes y de una proporción no desdeñable de los profesores.

En definitiva, la universidad alemana no fue, con honrosas excepciones, una universidad resistente al nazismo. Yo diría que, contra lo que sostienen muchos autores, ni siquiera fue indiferente al nazismo. En buena medida, fue una universidad que se identificó con muchos de los elementos que definieron al Tercer Reich, y que contribuyó decisivamente a su legitimación, así como a crear las bases ideológicas y científicas que hicieron posible el expansionismo bélico y el genocidio que lo acompañó. Auschwitz no es concebible sin la complicidad, en muchos casos activa, de buena parte de la comunidad académica alemana: la que teorizó sobre cuestiones raciales y sobre la superioridad de unos pueblos sobre otros —y su consiguiente derecho al dominio sobre los más débiles— desde perspectivas biológicas, antropológicas, filosóficas o históricas; la que desarrolló los recursos técnicos que hicieron posible el exterminio en masa; la que experimentó con los prisioneros de los campos en el terreno de la

71. Seier, "Der Rektor als Führer", *passim*.

medicina, de la física y otras ciencias. Pero también la de aquella que, ajena en su quehacer diario a las cuestiones concretas que posibilitaron la expansión territorial y la masacre, aplaudió, asintió o calló ante la persecución de los colegas, ante la expulsión de los estudiantes judíos o demócratas, ante la utilización, en definitiva, de una universidad que si no fue la universidad que los teóricos nazis como Ernst Krieck o Alfred Rosenberg habían soñado, sí fue un instrumento útil para conseguir el consentimiento de gran parte de la sociedad alemana a la política de Hitler, incluyendo sus aspectos más tenebrosos.

**La universidad fascista y la universidad
franquista en perspectiva comparada**

Francisco Morente Valero.

LA UNIVERSIDAD FASCISTA Y LA UNIVERSIDAD FRANQUISTA EN PERSPECTIVA COMPARADA*

Sumario: 1. El punto de partida.—2. La reorganización de las estructuras universitarias en la reforma Gentile (1923) y en la «Ley de ordenación Universitaria» del franquismo (1943).—3. El profesorado: depuración y control ideológico.—4. Los estudiantes: entre el fascismo y el antifascismo.—5. Conclusiones.

1. *El punto de partida*

Antes de entrar en la comparación entre la universidad del fascismo en Italia y la de la España de la primera década del franquismo, parece conveniente situar las características que la universidad presentaba en ambos países antes de que fascistas y franquistas, respectivamente, acometiesen su reforma. En ambos países el ordenamiento universitario se remitía a leyes aprobadas muchas décadas atrás. La universidad italiana seguía rigiéndose a principios de los años veinte por la Ley Casati (1859), mientras que la española se atañía a la Ley Moyano (1857). La primera evidencia, pues, era el carácter obsoleto de la legislación universitaria, que correspondía a una época (inicios de la segunda mitad del siglo XIX) en que no sólo la universidad, sino la propia sociedad y la vida política, económica y cultural de Italia y España poco tenían que ver con la de los años de entreguerras del siglo XX. Tal evidencia había hecho que, en uno y otro país, el debate sobre una necesaria reforma universitaria se hubiese desarrollado desde, al menos, principios de siglo, sin que, sin embargo, se hubiesen desprendido del mismo cambios signifi-

* El presente artículo se publicó originariamente en catalán con el título «La universitat feixista i la universitat franquista en perspectiva comparada», en Giuliana di Febo y Carme Molinero (eds.), *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixime i franquisme en una perspectiva comparada*, Barcelona, Fundació Carles Pi i Sunyer - CEFID (UAB), 2005. Agradezco a la Fundació Carles Pi i Sunyer y al Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica (CEFID) de la UAB, su generosidad al autorizar esta nueva publicación del texto.

cativos antes de la llegada de los fascistas al poder (en Italia) o de las reformas del primer bienio republicano (en España)¹.

La situación de la universidad en ambos países presentaba características muy semejantes: una estructura centralista (aunque quizás más acentuada en España), una organización muy burocratizada y escasamente —por no decir, nada— democrática, la no consideración como universidades de las escuelas superiores en las que se seguían estudios de carácter técnico (ingeniería, arquitectura...), una escasa financiación (que se traducía, en general, en una notable escasez de medios), un carácter elitista, apreciable tanto en el bajo número de estudiantes universitarios como en la procedencia social de los mismos, y, en fin, una actividad académica organizada en torno a las cátedras y sustentada sobre el trabajo mal pagado de un profesorado no funcionario y forzado a las penurias económicas y al pluriempleo, caracterizada por la enseñanza de tipo memorístico y anclada en métodos pedagógicos arcaicos. En realidad, la situación de la universidad era el reflejo de las carencias que tenían, en general, ambos sistemas educativos: bajísima inversión pública en educación, altas tasas de analfabetismo (en buena medida por la falta de escuelas, las bajas tasas de escolarización y el elevado absentismo en la enseñanza primaria), elitismo social de la enseñanza secundaria, a su vez controlada en gran parte por la Iglesia católica mediante una extensa red de centros privados —mucho más extensa que la de centros públicos—, etc.. Esa universidad respondía también a la idea de que la universidad debía formar fun-

¹ Para la universidad liberal en Italia puede verse, G. Luzzato, «L'università», en G. Cives (a cura di), *La scuola italiana dall'Unità ai nostri giorni*, Scandici (Florença), 1990, pp. 161-170; y A. Aquarone, *L'Italia giolittiana*, Bolonia, 1988 (1.ª edición: 1981), pp. 556-560; y para España, B. Delgado Criado (coord.), *Historia de la Educación en España y América*, vol. 3: *La educación en la España contemporánea*, Madrid, 1994, pp. 495-504 y 796-803; E. Hernández Sandoica, «Cambios y resistencias al cambio en la universidad española (1875-1931)», en J.L. García Delgado (ed.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, VII Coloquio de Historia Contemporánea de España, dirigido por Manuel Tuñón de Lara, Madrid, 1991, pp. 3-22; y J.M. Pons i Altés, «Les universitats espanyoles al segle XIX: la implantació de les reformes liberals», a J. Busqueta Riu y J. Pemán Gavín, *Les universitats de la Corona d'Aragó, ahir i avui. Estudis històrics*, Barcelona, 2002, pp. 381-397

damentalmente profesionales liberales —médicos, abogados...— y los cuadros dirigentes de la vida política y económica del país, y, por tanto, debía ser fuertemente elitista en la selección social de sus alumnos (a lo que contribuía eficazmente la estructura de la enseñanza media), al tiempo que debía limitar severamente el número de los que accedían a la enseñanza superior².

Muchos de los elementos citados empezaron a ser cuestionados, como se ha dicho, desde finales del ochocientos, y la impugnación del modelo vigente alcanzó sus mayores cotas tras la Gran Guerra, especialmente por lo que hace al caso italiano. Finalizada la guerra mundial, la agitación estudiantil vino a sumarse al debate político en torno a la necesidad de la reforma educativa (en el que participaba buena parte de la elite intelectual italiana: Croce, Gentile, Mondolfo, Salvemini, etc.)³. Si el debate intelectual había versado especialmente sobre la reforma de la escuela media y la introducción del examen de Estado —como bases necesarias para la mejora de la enseñanza universitaria—, la movilización estudiantil tenía que ver con las reivindicaciones de los excombatientes (cursos y exámenes especiales para acabar la carrera) y los deseos de democratización de las estructuras y las enseñanzas universitarias⁴. La inestable situación política del *dopoguerra* impidió, sin embargo, cualquier

² Análisis de los sistemas educativos italiano y español a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX en T. Tomasi, *Idealismo e fascismo nella scuola italiana*, Florencia, 1969; E. de Fort, *Scuola e analfabetismo nell'Italia del '900*, Bolonia, 1995; G. Cives (a cura di), *La scuola italiana...*; M. de Puelles Benítez, *Educación e ideología en la España contemporánea (1767-1975)*, Barcelona, 1980; C.E. Núñez, *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Madrid, 1992; Delgado Criado (coord.), *Historia de la Educación...*; A. Escolano Benito, *La educación en la España contemporánea. Políticas educativas, escolarización y culturas pedagógicas*, Madrid, 2002; y A. Viñao, *Escuela para todos. Educación y modernidad en la España del siglo XX*, Madrid, 2004.

³ Puede seguirse el debate sobre la reforma educativa en S. Banchetti, *Scuola e maestri fra positivismo e idealismo*, Bolonia, 1988; Tomasi, *Idealismo e fascismo...*, pp. 4-39; M. Bellucci y M. Ciliberto, *La scuola e la pedagogia del fascismo*, Turín, 1978, pp. 9-26; y V. Clodomiro, *Croce Ministro e la riforma della Scuola*, Cosenza, 1973, pp. 19-28.

⁴ M.C. Giuntella, *Autonomia e nazionalizzazione dell'università. Il fascismo e l'inquadramento degli Atenei*, Roma, 1992, pp. 81-82.

reforma, y los proyectos de los distintos ministros de Instrucción Pública, de Croce a Anile, por citar a los más significativos, no se plasmaron en medidas concretas.

En España, las propuestas de reforma venían desde sectores diversos (institucionistas, regeneracionistas, *noucentistes*...) y se centraban, básicamente, en cuatro cuestiones: necesidad de más inversión pública, reorientación de la universidad hacia la actividad investigadora, cambios drásticos en la selección del profesorado y profunda renovación de los métodos de enseñanza⁵. Todo ello se resumía en la petición de autonomía universitaria; una autonomía que, entre otras cosas, debería permitir a las universidades mejorar su situación financiera, organizar mejor sus estudios y seleccionar mejor a su profesorado. La autonomía universitaria quedó, sin embargo, como el asunto pendiente de la universidad española; fracasó un primer proyecto (que no superó el trámite del Senado) de los ministros García Alix y Romanones (1900-1901), y se frustró en sus primeros pasos la reforma Silió (1919), al quedar aplazada su aplicación al poco de aprobarse, y no ser retomada nunca más⁶. La República no cambió sustancialmente las cosas (pese a algunas reformas parciales de notable importancia: representación de los alumnos en las juntas de facultad, claustros y junta de gobierno, nuevo reglamento para las oposiciones a cátedra, autonomía de la Universidad de Barcelona, nuevos e innovadores planes de estudio de las Facultades de Filosofía y Letras de Madrid y Barcelona), fundamentalmente por la falta de tiempo, que no de proyecto (el elaborado por el ministro Fernando de los Ríos deca-

⁵ M. Baldó Lacomba, «Las universidades durante la República y el régimen de Franco (1931-1975)», en Busqueta Riu/Pernán Gavín, *Les universitats de la Corona d'Aragó...*, pp. 402-404. Como en Italia, también en el debate español participaron intelectuales y profesores de primera fila: Giner, Unamuno, Cossío, Altamira, Ramón y Cajal...

⁶ I. Varela, «A autonomía universitaria de César Silió (1919-1922)», *Grial*, tomo XXV, 97 (1987), pp. 330-332 (para la reforma García Alix-Romanones) y 332-334 (para la reforma Silió; el resto del artículo detalla la aplicación de esta reforma en la Universidad de Santiago). También, en Puelles Benítez, *Educación e ideología...*, pp. 254-256 (para la reforma Alix-Romanones) y 267-268 (para la reforma Silió); otro análisis de las principales características de la reforma Silió, en Baldó Lacomba, «Las universidades...», pp. 406-407.

yó al disolverse las Cortes en 1933, y en el breve lapso del Frente Popular antes de la guerra no pudo ser retomado)⁷. Así pues, al empezar la guerra civil, la universidad española estaba inmersa de pleno en los debates sobre las líneas de reforma que se debían acometer, pero seguía sujeta en lo fundamental a la vieja reglamentación decimonónica.

2. *La reorganización de las estructuras universitarias en la reforma Gentile (1923) y en la «Ley de Ordenación Universitaria» del franquismo (1943)*

Giovanni Gentile, primer ministro de Instrucción Pública de Mussolini, fue el impulsor de una profunda reforma del conjunto del sistema educativo italiano⁸. La «más fascista de las reformas», como la llamó Mussolini, cambió de arriba abajo las estructuras administrativas, la organización de las distintas etapas educativas, los contenidos de la enseñanza e incluso los métodos pedagógicos que debían emplearse⁹. Afectó también de lleno a la universidad: el decreto n.º 2.102, de 30 de septiembre de 1923, fue el instrumento de la reforma, y sus disposiciones se mantuvieron vigentes durante todo el *ventennio*, si bien algunos aspectos fueron retocados a lo

⁷ Véase, M. Pérez Galán, *La enseñanza en la Segunda República*, Madrid, 1988 [1977], pp. 48-49, 114-125 y 165-168.

⁸ La mejor biografía de Gentile es la de G. Turi, *Giovanni Gentile. Una biografía*, Florencia, 1995. Los planteamientos pedagógicos de Gentile y su aplicación en la reforma de 1923 en M. Ostenc, «L'idéalisme gentilien et la réforme scolaire italienne de 1923», *Revue Historique* 506 (1973), pp. 377-396; A. Negri, *Giovanni Gentile educatore. Scuola di Stato e autonomie scolastiche*, Roma, 1996; y H.A. Cavallera, *Riflessione e azione formativa. L'attualismo di Giovanni Gentile*, Roma, 1996.

⁹ Análisis de la reforma Gentile en J. Charnitzky, *Die Schulpolitik des faschistischen Regimes in Italien (1922-1943)*, Tubinga, 1994, pp. 73-154; M. Ostenc, *L'éducation en Italie pendant le fascisme*, París, 1980, pp. 43-125; Tomasi, *Idealismo e fascismo...*, pp. 41-60; Bellucci/Ciliberto, *La scuola...*, pp. 25-30; D. Bertoni Jovine, *La scuola italiana dal 1870 ai giorni nostri*, Roma, 1975, pp. 266-275 y 282-284. Los debates parlamentarios que precedieron a la aprobación de la reforma, en P. Genovesi, *La riforma Gentile tra educazione e politica. Le discussioni parlamentari*, Ferrara, 1996.

largo de esos veinte años para adaptarse a las necesidades de cada momento; pero lo sustancial pervivió.

En España, la reforma universitaria se demoró más. A diferencia de lo ocurrido con la enseñanza media, por ejemplo, hubo que esperar a la finalización de la guerra civil para que se acometiese en serio la construcción de una nueva universidad. Por otra parte, los primeros proyectos, fruto de sucesivas comisiones de trabajo, embarrancaron sin llegar a ser definitivamente aprobados por el gobierno. La razón de ello estaba en la escasamente soterrada pugna que sostenían Falange y la Iglesia católica para hacerse con el control de la enseñanza en general, y de la universidad en particular¹⁰. Por ello, la Ley de Ordenación Universitaria (LOU) no pudo ser aprobada hasta 1943 y fue el resultado de la correlación de fuerzas del momento en el seno de la coalición franquista. Fue, como se ha escrito, la «más azul» de las leyes educativas del franquismo, sin que eso signifique que la pugna se saldara con una derrota de la Iglesia¹¹.

La reforma Gentile no modificó el número de universidades existentes en Italia, pero procedió a clasificarlas en tres categorías. En la primera (A) se situaron las 10 universidades de mayor prestigio y tradición, a las que se les otorgaba plena financiación por parte del Estado y el derecho a mantener todas las facultades (derecho, filosofía, medicina y ciencias matemáticas y naturales). En la categoría B quedaban las demás universidades públicas, a cuya financiación a

¹⁰ En 1938 se creó una comisión, presidida por el catedrático Pío Zabala, con la misión de redactar un proyecto de reforma universitaria; el proyecto vio la luz en 1939, pero no fue más allá, según algunos, como Mariano Peset, porque seguramente había cosas más urgentes que atender en el mundo de la educación, aunque parece más razonable pensar que su abandono se debió a la oposición de Falange a un proyecto que la ignoraba y que recogía fundamentalmente las posiciones de la Iglesia; así lo plantea, por ejemplo, G. Cámara Villar en *Nacional-Catolicismo y Escuela. La Socialización Política del Franquismo (1936-1951)*, Jaén, 1984, pp. 215-216; para la opinión de Peset, véase M. Peset Reig, «La Ley de Ordenación Universitaria de 1943», en J.J. Carreras Ares y M.A. Ruiz Carnicer (coords.), *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, 1991, p. 128. Un detallado análisis del proyecto en C. Rodríguez López, «Anhelos de reforma: Madrid ante el proceso de reforma universitaria en el primer franquismo (1939-1940)», *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija* 2 (1999), pp. 113-125.

¹¹ Baldó Lacomba, «Las universidades...», p. 451.

partir de ese momento el Estado contribuiría sólo parcialmente, viéndose obligadas, por tanto, a buscar patrocinadores entre las corporaciones públicas (administración local, por ejemplo) o las entidades privadas; estas universidades podrían tener tantas facultades como fuesen capaces de finaciar. En el grupo C, finalmente, quedaban las llamadas «universidades libres», a cuya financiación no contribuía el Estado¹². La razón de esta clasificación hay que buscarla en el convencimiento de Gentile de que en Italia había un número excesivo de universidades, que estaban generando una cantidad exagerada de licenciados. Para eludir la impopularidad del cierre de alguna de ellas, Gentile optó por esta vía que, pensaba, llevaría a la asfixia financiera y la consiguiente desaparición de más de una¹³.

En España, el número de universidades no se vio modificado, como tampoco el de facultades. Se mantuvieron las doce universidades existentes antes de la guerra (algunas, como la de Murcia y la de La Laguna, de muy reciente creación), pero la opinión dominante era también que no era preciso aumentar el número de licenciados, por lo que no procedía la creación de ninguna nueva universidad. Las únicas novedades significativas fueron la conversión en facultades de las Escuelas de Veterinaria y la creación —pero sólo en Madrid— de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas¹⁴, en lo que, por lo demás, se seguía el ejemplo de Italia, donde, cuando Gentile ya no era ministro, también se habían creado varias facultades de Políticas con el objetivo de formar a los futuros cuadros del Partido Nacional Fascista (PNF) y del Estado. En ambos casos estamos, por tanto, ante el mantenimiento de la red universitaria preexistente, sin apenas modificaciones significativas.

Por lo que hace al gobierno de las universidades, los paralelismos son también evidentes. En Italia, antes de la reforma, rectores y decanos eran elegidos por los profesores. Tras la reforma, el rector era nombrado por el rey a propuesta del ministro de Instrucción Pública, mientras que los decanos eran nombrados por el

¹² L. Casali, «Alcune considerazioni sull'università in Italia negli anni del fascismo», *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija* 5 (2002), pp. 166-167.

¹³ Giuntella, *Autonomia e nazionalizzazione...*, p. 77.

¹⁴ A. Alted Vigil, «Bases político-ideológicas y jurídicas de la universidad franquista durante los ministerios de Sainz Rodríguez y primera época de Ibáñez Martín (1938-1945)», en Carreras Ares/Ruiz Carnicer (coords.), *La universidad española...*, pp. 111-112.

ministro a propuesta del rector. Se produjo, pues, una clara regresión democrática en este aspecto. En España no hubo tal. El rector siempre había sido nombrado por el ministro, y así siguió siendo en la nueva ordenación franquista; la novedad era la obligación de que el rector fuese un catedrático militante de Falange. Como en Italia, los decanos eran nombrados por el ministro a propuesta de los rectores (que presentaban una terna de candidatos, al efecto). El rector era considerado el «jefe de la universidad» y concentraba todo el poder en los órdenes académico, económico y disciplinario. Los decanos actuaban por delegación del rector en sus facultades, de las que igualmente eran considerados «jefes». El claustro, en ambos países, pasó a tener funciones meramente decorativas; en la LOU, por ejemplo, se especificaba que se reuniría con motivo de la celebración de actos institucionales solemnes, y no conservaba ni el carácter consultivo que había tenido en la universidad liberal (cuando, además, tenía derecho a nombrar un senador). También según la LOU, la Junta de Gobierno pasaba a ser un órgano meramente consultivo, al igual que el Consejo de Distrito Universitario. La composición de estos organismos, además, no era electiva sino de nombramiento gubernamental, y sus miembros quedaban bajo la autoridad del rector. En Italia, el *senato accademico*, máximo órgano colegiado de la universidad, pasó a estar formado por el rector, su antecesor en el cargo y los decanos, lo que lo convertía de hecho en un organismo nombrado por el ministro. Y por lo que hace al *Consiglio d'amministrazione*, su composición garantizaba igualmente el control gubernamental: de los cinco miembros, tres (uno de ellos el rector) eran nombrados directamente por el ministro¹⁵.

¹⁵ Para Italia, véase Charnitzky, *Die Schulpolitik...*, pp. 105-106; un amplio extracto del Real Decreto de 30 de septiembre de 1923, n.º 2.102, sobre reforma de la enseñanza superior, en Bellucci/Ciliberto, *La scuola...*, pp. 261-272. Para España, la «Ley de 29 de julio de 1943 sobre ordenación de la Universidad española» (B.O.E. del 31 de julio), capítulos VI (*Gobierno de las Universidades y de sus órganos y servicios*) y VII (*Órganos y representación corporativa de las Universidades y consultivos para su gobierno*). El texto completo de la ley en *Nacional-Catolicismo y Educación en la España de posguerra*, estudio preliminar y selección de textos de A. Mayordomo Pérez, tomo V de *Historia de la Educación en España*, Madrid, 1990, vol. II, pp. 607-665.

En ambos casos, pues, se asiste a un reforzamiento de la centralización y a una clara limitación de la ya de por sí escasa autonomía universitaria. El control del poder ejecutivo sobre el gobierno de la universidad es completo, y dentro de ella se fortalecen las relaciones jerárquicas y autoritarias, con la total desaparición del principio electivo (en el caso español, como se ha dicho, no había existido para elegir a los principales cargos universitarios, pero sí para establecer la representación de los estudiantes en el claustro y las juntas de facultad; esta mínima presencia de representación electiva fue, obviamente, liquidada por la LOU).

En el mismo sentido iban las cuestiones financieras; ya se vio cómo la nueva clasificación de las universidades establecida en la reforma Gentile buscaba la asfixia económica de alguna de ellas, y la remodelación del *Consiglio d'amministrazione* de cada universidad perseguía que la ejecución de los presupuestos de la misma estuviese estrechamente controlada por personas de la confianza del Ministerio, que presumiblemente orientarían el gasto según criterios centralizados. En el caso español, la situación era aún más negativa para la autonomía universitaria; de hecho, una de las tradicionales reivindicaciones de las universidades había sido incrementar no sólo la dotación económica que realizaba el Estado, sino muy especialmente adquirir el derecho a disponer de aquélla con amplia libertad, sin que las partidas fuesen siempre finalistas. Eso no se consiguió nunca, ni siquiera durante el período republicano. La reforma Silió, más que otorgar autonomía de gasto a las universidades, les había conferido la posibilidad de ampliar sus recursos con la búsqueda de nuevos ingresos, además de aumentar la partida que las universidades podían quedarse de las matrículas de sus propios alumnos. Esta mejora se mantuvo durante la dictadura de Primo de Rivera e incluso se aumentó ligeramente la autonomía de gestión de las universidades durante el gobierno Berenguer. La República se limitó a dejar las cosas como estaban, con retoques de carácter menor (con la única —pero muy importante— excepción de la universidad de Barcelona, cuyo nuevo régimen de autonomía le otorgaba plena libertad para gestionar los fondos librados por el Estado, así como los que pudiesen aportar la Generalitat y otras entidades de carácter público o privado). Con la LOU de 1943, se volvió al sistema vigente durante la anterior dictadura; además, se establecía que el presupuesto de la universidad fuese gestiona-

do por un administrador, cuyo nombramiento era competencia del ministro, a propuesta del rector ¹⁶.

Otro elemento clave en la estructura universitaria era el profesorado. Como se señaló anteriormente, tanto en Italia como en España la actividad académica en el seno de las facultades se organizaba en torno a las cátedras. De cada una de ellas, es decir, de cada catedrático, dependía un número variable de profesores con situaciones profesionales y laborales muy diversas. En el caso de Italia, la casuística era muy variada : *docentes libres*, encargados, agregados, ayudantes, asistentes; en casi todos los casos, su nombramiento correspondía a los decanos (normalmente, con la intervención del catedrático interesado), sin demasiado —o ningún— control de tipo académico, lo que generaba toda suerte de vínculos clientelares y de escándalos a ellos asociados; algún autor, como Luciano Casali, no ha dudado en considerar la situación del profesorado en la universidad liberal como caótica y fuera de control; por otra parte, la fuerza de los intereses locales, vale decir, de los catedráticos y decanos, hacía muy difícil la reforma de esta cuestión. El problema se agravaba por el hecho de que los propios catedráticos accedían a su cargo mediante oposición, pero con una decisiva intervención política: el ministro podía nombrar para la cátedra a cualquiera de los candidatos que hubiesen obtenido algún voto en el concurso correspondiente, sin que los tribunales pudiesen imponer entre ellos un orden de prelación; con ello, la decisión política prevalecía sobre la académica ¹⁷. En España, la situación era hasta cierto punto similar: también en torno a los catedráticos se articulaba el trabajo de profesores auxiliares, encargados de curso y ayudantes, todos ellos muy mal pagados y, en algunos casos, incluso sin remuneración económica. Como en Italia, su carrera académica dependía de su vinculación con el catedrático, y, además, de la influencia que éste tuviese sobre el decanato a la hora de dotar nuevas plazas. A la cátedra se accedía por oposición, y si bien no existía la discrecionalidad de designación ministerial que se ha señalado para Italia, el nombramiento de los

¹⁶ Ley de Ordenación Universitaria, capítulo XII (*Medios económicos para la función universitaria y presupuesto general de las Universidades*) [en *Nacional-Catolicismo y Educación...*, pp. 654-660]; las referencias al sistema de financiación de la universidad antes de la guerra civil, en Baldó Lacomba, «Las universidades...», pp. 407 y 411-412.

¹⁷ Casali, «Alcune considerazioni...», pp. 163-165.

tribunales de oposición era competencia del Ministro, con lo que era evidente que el gobierno podía incidir decisivamente sobre el resultado del concurso. La República, sin embargo, había introducido una importante modificación al limitar a dos los miembros del tribunal designados por el Ministerio, siendo los otros tres seleccionados por riguroso turno del escalafón de catedráticos¹⁸.

La reforma Gentile y la LOU introdujeron algunos cambios en el acceso a la cátedra, cambios que quizás fueron de mayor calado en el caso español. En Italia, las oposiciones a cátedra se centralizaron en Roma, y se realizaban ante una comisión designada por el ministro a propuesta del *Consiglio superiore della pubblica istruzione* (órgano que había dejado de ser electivo, y sobre el que el gobierno tenía un control absoluto). La superación de la prueba daba paso a un examen del *curriculum* docente y científico del candidato; una vez establecida la idoneidad del mismo, se adquiría la condición de catedrático extraordinario, y sólo tras tres años de ejercicio como tal se accedía definitivamente a la cátedra (*Ordinarius*). Así pues, se eliminaba la discrecionalidad en el nombramiento final, sin que por ello el ministro perdiese el control sobre el resultado de la oposición, y se disminuía considerablemente el margen de maniobra de las universidades para *hacer* sus propios catedráticos; un paso más, en definitiva, hacia la extrema centralización del sistema universitario que Gentile perseguía¹⁹. En España, la LOU mantuvo la estructura tradicional del profesorado (con algunos cambios de nombre —los auxiliares se convirtieron en adjuntos—, pero sin mejora alguna en cuanto a la estabilidad laboral o las retribuciones) y eliminó la reforma en el sistema de oposiciones introducida por Marcelino Domingo, volviéndose pues a las comisiones designadas íntegramente por el ministro y, así, al control gubernamental sobre los resultados de la oposición²⁰.

¹⁸ Un detallado análisis de la evolución de las distintas categorías del profesorado universitario desde el siglo XIX hasta la actualidad, así como de los mecanismos de acceso a las mismas, en C. Rodríguez González, «El profesorado», en J.M. Palomares Ibáñez (coord.), *Historia de la Universidad de Valladolid*, Valladolid, 1989, vol. II (coordinado por C. Almuiña), *Edad Contemporánea (siglos XIX-XX)*, pp. 369-413.

¹⁹ Charnitzky, *Die Schulpolitik...*, p. 108; Casali, «Alcune considerazioni...», p. 168.

²⁰ Ley de Ordenación Universitaria, capítulo VIII (*El Profesorado universitario y sus obligaciones y derechos*) [en *Nacional-Catolicismo y Educa-*

3. *El profesorado: depuración y control ideológico*

Una de las preocupaciones compartidas por ambos regímenes fue el control ideológico del profesorado en todos los niveles de la enseñanza y, por supuesto, en la universidad. En esta cuestión, sin embargo, los puntos de partida eran tan diferentes que los resultados de las políticas seguidas difirieron notablemente. En realidad, difirieron incluso las políticas aplicadas, mucho más drásticas en el caso español como consecuencia de la guerra civil que vivió el país. En Italia, el hecho de que la reforma Gentile se llevase a cabo en un marco político aún parlamentario, en el seno de un gobierno de coalición entre fascistas y sectores liberales, y con los derechos constitucionales aún vigentes hizo que la presión política e ideológica sobre el profesorado se fuese produciendo de forma gradual y que no adquiriese rasgos verdaderamente preocupantes hasta el establecimiento de la dictadura en 1925. Incluso entonces, como se indicará después, las medidas que se tomaron tuvieron escasa repercusión desde el punto de vista de la permanencia o no de los profesores en sus cargos, aunque no así sobre la libertad de cátedra de la que aquéllos habían disfrutado hasta entonces. En España, por el contrario, ya durante la guerra civil, y de forma sistemática al finalizar ésta, se procedió a una purga político-ideológica de los docentes de todo el sistema educativo que diezmó los escalafones y que, junto con el exilio de muchos profesores, modificó de raíz la composición de la mayoría de los claustros universitarios²¹. Pero veámoslo con más detalle.

Entre las filas del PNF no faltaban las voces que, desde la misma llegada al poder, exigían una enérgica depuración política de la uni-

ción..., pp. 639-647]; una útil guía sobre las categorías del profesorado en la universidad franquista y las sucesivas modificaciones legislativas sobre la cuestión, en F. Martín Zúñiga, «Estructura del profesorado universitario en la legislación franquista (1939-1969)», en *La Universidad en el siglo XX (España e Iberoamérica)*, X Coloquio de Historia de la Educación (Murcia, 21-24 septiembre 1998), Murcia, 1998, pp. 564-573.

²¹ Puede verse una análisis comparativo de ambos procesos (y de la depuración nazi) en F. Morente Valero, «Políticas de control ideológico del profesorado universitario en los regímenes fascistas. Una aproximación», en Josep Fontana. *Història i projecte social. Reconeixement a una trajectòria*, Barcelona, 2004, vol. II, pp. 1493-1503.

versidad, a la que se veía como un nido de antifascistas. No obstante, tal purga no era posible por dos motivos; el ya señalado de la correlación de fuerzas entonces vigente en el gobierno y el Parlamento, y la imposibilidad material de encontrar el profesorado ideológicamente afín que hubiese podido sustituir a los, previsiblemente, cientos de profesores que hubiesen debido de ser depurados. Las primeras medidas de presión sobre el profesorado universitario no se produjeron hasta finales de 1925, esto es, con la dictadura ya establecida, cuando un decreto ley (de 24 de diciembre) permitió al gobierno remover de su cargo a cualquier funcionario (incluidos los docentes) que no ofreciese «per ragioni di manifestazioni compiute in ufficio u fuori d'ufficio piena garanzia di un fedele adempimento dei loro doveri o si ponessero in condizioni di incompatibilità con le generali direttive politiche del governo»²². Es decir, se abría la puerta a la posibilidad de separar del servicio por razones político-ideológicas a cualquier profesor funcionario. No hay datos fiables sobre los efectos que tuvo la aplicación de dicho decreto-ley en la universidad, aunque todo parece apuntar a que se usó en pocos casos y que sirvió fundamentalmente como un elemento de intimidación sobre el profesorado. Eso no excluye que algunos profesores fuesen víctimas de procesos penales por sus actividades políticas, y los casos de Gaetano Salvemini y Ernesto Rossi son quizás los más significativos²³. El efecto intimidatorio fue notable, especialmente cuando se producía en combinación con el *squadrismo* de los estudiantes fascistas. El resultado fue que algunos profesores (en número aún hoy no establecido) optaron por dejar sus puestos y, en casi todos los casos, abandonar el país; así, entre otros, el propio Salvemini, Silvio Trentin, Francesco Saverio Nitti, Arturo Labriola y Enrico Presutti²⁴.

La presión aumentó con la aprobación de otro real decreto ley (de 13 de enero de 1927) por el que se establecía que los profesores podían ser suspendidos en sus funciones por motivos políticos, e

²² Cit. en G. Boatti, *Preferirei di no. Le storie dei dodici professori che si opposero a Mussolini*, Turín, 2001, p. 21.

²³ Un análisis del caso Salvemini y Rossi en M. Ostenc, «Una tappa della fascistizzazione: la scuola e la politica dal 1925 al 1928», *Storia contemporanea* IV/3 (1973), pp. 481-484; también en Charnitzky, *Die Schulpolitik...*, pp. 260-262.

²⁴ Boatti, *Preferirei di no...*, pp. 21-22.

incluso se podía impedir que un profesor accediese a una plaza ganada en concurso aun teniendo todos los requisitos académicos para ello. Tampoco parece, sin embargo, que de esta disposición se derivasen demasiados casos de sanción²⁵. Pese a toda esta normativa, todavía a la altura de 1930, la remoción de un profesor por cuestiones ideológicas planteaba dificultades legales, y no se podía realizar de forma automática y mecánica²⁶. Ello exasperaba a los fascistas más radicales, que veían cómo la universidad seguía siendo, desde su punto de vista, refractaria al fascismo, por lo que a finales de los años veinte arreciaron las campañas exigiendo la depuración de su profesorado. Es en ese contexto que Gentile convenció a Mussolini de la necesidad de introducir un juramento de lealtad al régimen que, creía, iba a permitir avanzar en la fascistización de la universidad. Tras largas discusiones y diversos borradores, en 1931 el ministro de Educación Nacional²⁷, Giuseppe Belluzzo, firmó un decreto ley que obligaba a todos los profesores universitarios a prestar un juramento que incluía una declaración de lealtad al régimen fascista. Quienes rehusasen prestarlo serían separados de sus cargos docentes²⁸.

Sólo 12 profesores entre 1.213 (la cifra hace referencia sólo a los profesores numerarios) rehusaron jurar y perdieron por ello sus cátedras. La inmensa mayoría de los profesores prefirieron jurar por razones que iban desde la identificación ideológica con el régimen hasta la convicción de que sólo jurando y permaneciendo en el puesto se podía intentar salvar la universidad de su definitivo control por los fascistas (ésa fue la consigna, por ejemplo, del Partido Comunista, así como la del Vaticano). Entre una y otra posición, muchos juraron sencillamente para conservar su empleo y con él sus medios de subsistencia²⁹. Quienes no juraron se encontraron muy solos, y

²⁵ Charnitzky, *Die Schulpolitik...*, p. 257.

²⁶ Varios ejemplos de ello en Charnitzky, *Die Schulpolitik...*, p. 258.

²⁷ En 1929 el *Ministero della Pubblica Istruzione* pasó a llamarse *Ministero dell'Educazione Nazionale*, en un cambio que no era semánticamente inocente, y que, significativamente, coincide con el realizado por Franco al nombrar su primer gobierno en 1938.

²⁸ Una detallada reconstrucción de la génesis del juramento en H. Goetz, *Il giuramento rifiutato. I docenti universitari e il regime fascista*, Milán, 2000, pp. 1-10.

²⁹ Goetz, *Il giuramento rifiutato...*, pp. 13-41; Goetz hace un exhaustivo repaso a las diversas posiciones que se dieron entre los profesores, a la

años después, Gaetano de Sanctis, uno de los doce, habría de afirmar al referirse a quienes se dejaron doblegar: «Si coprirono di vergogna giurando»³⁰.

Así pues, no hubo en la universidad italiana una purga política de importantes proporciones, limitándose el régimen a mantener bajo vigilancia ideológica a los profesores en ejercicio, y a colocar a los afines en las plazas vacantes o de nueva creación. Mucha mayor importancia tuvo, sin embargo, la aplicación en la universidad de las *leyes raciales* de 1938³¹. Como consecuencia de ellas, al menos 300 profesores (de ellos, 96 catedráticos) fueron expulsados de la universidad, lo que representa aproximadamente la décima parte de los docentes en ejercicio por aquel entonces³². Esta depuración fue *racial*, no ideológica, como muestra el que entre los represaliados se contasen profesores de inequívoca adscripción al fascismo, pero cuya fe en el mismo no fue suficiente para contrarrestar su consideración legal como judíos. Así lo señalaba en sus memorias G. Levi della

intervención de Croce como consejero de muchos de ellos que acudieron a él en busca de orientación, a las maniobras del Vaticano, a las consignas del Partido Comunista...

³⁰ Cit. en Boatti, *Preferirei di no...*, p. 46.

³¹ En realidad, Real Decreto Ley de 5 de septiembre de 1938, n.º 1390, «per difesa della razza nella scuola fascista», por el que se prohibía la enseñanza en todos los centros educativos de cualquier orden y grado a los docentes judíos, y se excluía de dichos centros a los alumnos de *raza judía*, entendiéndose por tal a todos aquéllos que tuviesen ambos padres de *raza judía*, independientemente de la religión que practicasen; un real decreto posterior posibilitó la creación de escuelas e institutos exclusivamente para judíos, y con profesorado judío. Me he ocupado de los antecedentes y la aplicación de dicha legislación en F. Morente Valero, «*Libro e moschetto*». *Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*, Barcelona, 2001, pp. 178-189.

³² Hay constancia de la expulsión de la universidad de 96 catedráticos y 196 *liberi docenti*; cfr. G. Israel y P. Nastasi, *Scienza e razza nell'Italia fascista*, Bolonia, 1998, pp. 251-258; véase también, R. Finzi, *L'università italiana e le leggi antiebraiche*, Roma, 1997. En un apéndice del libro (pp. 109-114), Finzi relaciona los 96 catedráticos expulsados. También señala que la purga pudo ser mucho más amplia, pues no se sabe el número de encargados de curso (*incaricati*) que fueron depurados; al respecto recuerda que en la universidad de Bolonia, la más exhaustivamente estudiada, los depurados llegaron al 20 % (p. 51).

Vida, uno de los doce que rehusaron jurar en 1931, quien se lamentaba de que, tras la aplicación de las leyes raciales, pasó a compartir la condición de víctima del fascismo con profesores que desde el primer momento habían dado un apoyo entusiástico al régimen³³.

En España las cosas fueron muy diferentes. Como se ha señalado más arriba, la guerra civil creó un escenario en el que la purga ideológica del profesorado se pudo llevar a cabo rápida y drásticamente. Desde los primeros meses de la contienda, ocho de las doce universidades españolas quedaron en la llamada *zona nacional*, y en ellas la depuración política empezó de inmediato, sin ni siquiera una normativa específica al respecto. Las evidentes arbitrariedades cometidas, incluso con profesores católicos y derechistas, llevaron a la necesidad de reglar el procedimiento, y así se creó una comisión depuradora específica para el profesorado universitario, se diseñó el procedimiento que se debía seguir en los expedientes personales de depuración, se establecieron las conductas que eran sancionables y las sanciones que se podían aplicar (y que iban desde la separación del servicio —la más grave— hasta la inhabilitación para desempeñar cargos directivos o de confianza —la más leve—, pasando por suspensiones temporales de empleo y sueldo, traslados de universidad o jubilaciones forzosas)³⁴. Con esta legislación se revisaron todos los casos en que ya se había realizado la depuración, y se abrieron expedientes a los profesores cuya conducta e ideas políticas aún no habían

³³ Levi della Vida escribió que «tra coloro che persero la cattedra per motivi «razziali» ve n'era più di uno che fin dalla prima ora e fino all'ultima avevano militato con entusiasmo e con convizione sotto l'insegna del littorio (...). Gino Arias, Giorgio Del Vecchio, Carlo Foà, Mario Attilio Levi, Tullio Terni, sono nomi eminenti nel campo degli studi, ma confesso che vedermi messo in un fascio con loro (il vocabolo qui è appropriato quanto mai) mi fa un certo disagio»; cit. en R. Simili, «Una comunità scientifica «discriminata, non perseguitata». Passo dopo passo», en D. Mirri e S. Arieti (a cura di): *La cattedra negata. Dal giuramento di fedeltà al fascismo alle leggi razziali nell'Università di Bologna*, Bologna, 2002, p. 54.

³⁴ La legislación depuradora se aplicó al conjunto de los docentes, independientemente del nivel de enseñanza al que pertenecían; un análisis del conjunto de dicha depuración en F. Morente Valero, *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del Magisterio Nacional (1936-1943)*, Valladolid, 1997, pp. 194-200; las peculiaridades de la legislación aplicada al profesorado universitario, en Morente Valero, «Políticas de control ideológico...», pp. 1494-1495.

sido examinadas, lo que incluyó, al terminar la guerra, a los profesores de las universidades de Barcelona, Madrid, Murcia y Valencia, las únicas que estuvieron bajo control republicano hasta el final.

No existía hasta ahora ningún trabajo de conjunto sobre esta depuración universitaria, aunque sí algunos estudios completos sobre la purga política en alguna de las doce universidades españolas, y otros con datos sólo orientativos sobre las demás³⁵. A partir de todo el material disponible se puede estimar que, aproximadamente, un tercio de los catedráticos españoles perdieron su plaza (por la depuración o por haber marchado al exilio); entre ellos hay que contar a nueve que fueron ejecutados por los rebeldes durante la guerra, o tras consejos de guerra sumarísimos al finalizar la misma, y otros dos que murieron en prisión. El número de auxiliares y ayudantes represaliados es mucho más difícil de calcular pues en muchos casos el carácter temporal de sus contratos permitía prescindir de ellos sin que ni siquiera fuese preciso un expediente de depuración.

Las dos vías tan diferentes que siguieron fascistas y franquistas para depurar la universidad hizo que la ocupación de plazas docentes por profesorado inequívocamente adicto fuese aplastantemente superior en el caso español. Hay que pensar que, dada la dureza de la depuración franquista (téngase en cuenta que la mera militancia en un partido republicano podía significar la separación definitiva del servicio, como efectivamente ocurrió en muchos

³⁵ Para la visión de conjunto, véase J. Claret Miranda, *La repressió franquista a la universitat espanyola*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2004. Los estudios más completos sobre universidades concretas son los correspondientes a las de Barcelona [J. Claret Miranda, *La repressió franquista a la Universitat Catalana. La Universitat de Barcelona autònoma, de la Segona República al primer franquisme*, Vic, 2003], Sevilla [J.L. Rubio Mayoral, «El profesorado de la universidad de Sevilla. Aproximaciones al proceso de depuración política (1936-1939)», en M.N. Gómez García (ed.), *Universidad y poder. Problemas históricos*, Sevilla, 1993, pp. 57-113] y Valencia [M. Baldó i Lacomba, «Cambios de profesores en la Universidad de Valencia. Sanciones y depuraciones (1936-1939)», en *La II República una esperanza frustrada*, Actas del congreso Valencia Capital de la República (abril de 1986), Valencia, 1987, pp. 269-291 –especialmente, pp. 285-289-; y M. Peset y M.F. Mancebo, «Exilio y depuraciones», en M. Peset (coord.), *Historia de la Universidad de Valencia*, Valencia, 2000, vol. III, pp. 249-257].

casos ³⁶), el profesorado que salió airoso de la misma y conservó su plaza era en su inmensa mayoría, desde el punto de vista ideológico, afín a los planteamientos del nuevo régimen, cuando no entusiasta de los mismos. Además, la gran cantidad de vacantes generada permitió en los años que siguieron al fin de la guerra colocar en las cátedras (y, por supuesto, en las plazas docentes de segundo nivel) a adictos sin tacha, garantizando así por mucho tiempo un profesorado universitario escasamente o nada crítico con el régimen ³⁷.

A partir de aquí, plantearse la existencia o no de libertad de cátedra en la universidad española quizás no tenga demasiado sentido. Ciertamente, tal libertad no existía, entre otras cosas porque los altos responsables ministeriales no la consideraban ni un derecho del profesorado ni, evidentemente, algo especialmente deseable. Pero para la universidad de los años cuarenta y la primera mitad de los cincuenta la cuestión posiblemente no tenía mucha importancia, pues lo que realmente faltaba era un profesorado que hubiese podido hacer uso de esa inexistente libertad para hacer la crítica del orden de cosas existente. En la medida en que la inmensa mayoría del profesorado comulgaba con los principios ideológicos y las bases políticas del franquismo, la falta de libertad de cátedra era algo que afectaba a muy pocos docentes, por otro lado suficientemente intimidados por lo que había pasado como para plantearse actitudes desafiantes. Habrá que esperar hasta mediados de los años cincuenta para que las cosas empiecen a cambiar, entre otras razones, por los efectos de la inevitable renovación generacional.

También en este aspecto, la situación en Italia fue diferente. La inexistencia de una purga ideológica de gran calado impidió renovar rápidamente el profesorado, sustituyendo a los profesores antifascistas por otros adictos al régimen. A su vez, la opción tomada por la práctica totalidad del profesorado en el asunto del juramento de 1931 permitió que muchos profesores liberales, socialistas e incluso comunistas (éstos, en cualquier caso, mucho menos nume-

³⁶ Ejemplos de ello en los trabajos citados de Claret Miranda (sobre la Universidad de Barcelona) y Rubio Mayoral (sobre la de Sevilla)

³⁷ Según Alicia Alted, la inmensa mayoría de los 155 nuevos catedráticos nombrados entre 1939 y 1944 pertenecían a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, la Acción Católica y el *Opus Dei* [Altred, «Bases...», p. 117]; y a ellos habría que añadir los aportados por Falange.

rosos) pudiesen mantener sus puestos docentes durante prácticamente todo el *ventennio* (ni que decir tiene que algo así era impensable durante, al menos, las dos primeras décadas del franquismo). Todo ello explica que dentro del PNF (y es especialmente revelador de ello la posición que mantuvo sistemáticamente la revista *Critica fascista*) nunca se dejara de ver la universidad como un reducto refractario al fascismo, posición que ha sido seguida, por cierto, por no pocos historiadores, que han venido considerando la universidad como uno de los enclaves en los que menos pudieron penetrar los fascistas. No es ésta, sin embargo, una opinión unánime. Autores como Casali, Finzi o Turi, entre otros, vienen sosteniendo que esa imagen de una universidad prácticamente ajena al fascismo no se compadece en absoluto con la realidad ³⁸.

En cualquier caso, de lo que no puede haber duda es de la existencia de un sector del profesorado que no sólo no se identificaba con el régimen sino que le era hostil. Otra cosa es en qué medida esa hostilidad podía hacerse visible en el trabajo docente e investigador de dichos profesores. Verdaderamente, no parece que hubiese muchas posibilidades de ello. Hay un cierto consenso en que en la universidad italiana del *ventennio* hubo una relativa libertad de cátedra ³⁹; los límites de dicha libertad se situaban en la crítica al gobierno, el régimen o la ideología fascista. Más allá de estas cuestiones —que no son menores, obviamente— el Estado no intervenía decisivamente sobre lo que los profesores enseñaban. Había orientaciones, por supuesto, que se traducían en programas oficiales que se debían seguir en las diferentes asignaturas, pero sin que ello acabase condicionando severamente los contenidos científicos que se transmitían a los alumnos. Es mucho más de lo que se puede decir de la universidad española de los años cuarenta.

³⁸ Casali cree que está aún por estudiar si la fascistización fue o no superficial, y en qué medida impregnó la docencia y la investigación; cfr. L. Casali, «L'Europa degli anni trenta: il tempo dell'intolleranza», en Mirri/Arieti (a cura di), *La cattedra negata...*, p. 22; véanse también, Finzi, *L'Università italiana...*, pp. 21-22 y 28 (sobre la aquiescencia de la mayor parte del profesorado a la legislación antisemita y su aplicación en la universidad), y G. Turi, «L'Università di Firenze e la persecuzione razziale», *Italia contemporanea*, 219 (2000), p. 241.

³⁹ Por ejemplo, N. Tranfaglia, *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, 1995, p. 439; Ostenc, *L'éducation en Italie...*, p. 300.

Así pues, ni en Italia ni en España se toleraba que los profesores pusiesen en cuestión el gobierno o el régimen, pero parece evidente que la mera presencia de profesores de inequívocas posiciones liberales o de izquierdas representaba en la universidad italiana una bocanada de aire fresco que en vano se buscará en la española. A ese ambiente de relativa tolerancia intelectual contribuyó sin duda el talante de dos figuras capitales de la cultura fascista, a su vez y significativamente, ministros de educación en momentos claves del *ventennio*: Giovanni Gentile y Giuseppe Bottai. Gentile fue el innegable dominador de la vida cultural oficial del régimen durante los años veinte y gran parte de los treinta. No cabe duda de su compromiso con el fascismo y con Mussolini (hasta el punto de seguir a éste en la experiencia de Saló, y de morir por ello a manos de la Resistencia), como no cabe dudar de su convicción de que la libertad de cátedra debía ser limitada por consideraciones políticas⁴⁰ (de hecho, como se señaló anteriormente, fue idea suya implantar un juramento de fidelidad al régimen fascista por parte del profesorado universitario). Y sin embargo, se debe en buena medida a Gentile el que la libertad de pensamiento no resultara absolutamente liquidada en la Italia fascista. Baste recordar su actitud abierta en la elaboración de la *Enciclopedia Italiana*, para la que contó con los mejores intelectuales de la época, independientemente de su adscripción ideológica, incluyendo a algunos de los que habían firmado en su momento el manifiesto de Croce (que cuestionaba la posibilidad de una cultura fascista), o, lo que aún resulta más significativo, a algunos de los que no habían prestado el juramento de 1931, todo lo cual le valió durísimos ataques por parte de determinados sectores del PNF⁴¹. Algo similar cabe decir de Bottai,

⁴⁰ Casali, «Alcune considerazioni...», pp. 174-175.

⁴¹ Sobre Gentile y la *Enciclopedia Italiana*, véase G. Turi, *Il mecenate, il filosofo e il gesuita. L'«Enciclopedia italiana», specchio della nazione*, Bologna, 2002. Un ejemplo de la actitud de Gentile como responsable de la *Enciclopedia*: el filósofo socialista Rodolfo Mondolfo, uno de los firmantes del manifiesto de Croce, colaboró en la *Enciclopedia* redactando las entradas sobre marxismo y movimiento obrero, sin que, según confesó él mismo, se le impusiese más limitación que la del espacio disponible; también se le encargó, y redactó con libertad, la entrada sobre Giordano Bruno, en torno al cual había polemizado en el pasado con el propio Gentile [cfr. Turi, *Il mecenate...*, pp. 158-167, y especialmente, la nota 59.]. La animadversión hacia Gentile

incesante animador de debates políticos y culturales, y convencido de que sólo el debate de ideas permitiría la continua renovación del fascismo. Como Gentile, Bottai no era un fascista *blando*; baste recordar sus posiciones en el debate sobre la cuestión racial, así como las medidas tomadas en los diferentes niveles de la enseñanza en aplicación de la nueva doctrina en esa materia, y que Bottai como ministro de Educación Nacional impulsó con mano firme. Pero eso no le impidió, por ejemplo, defender la realización de los *littoriali* con amplios márgenes para la discusión política e incluso la crítica al régimen (eso sí, siempre desde dentro del mismo), o aceptar la colaboración de escritores y artistas nada próximos al fascismo, e incluso abiertamente antifascistas, en su revista *Primato, lettere ed arti d'Italia*, y en unos momentos —los de la guerra mundial— en que precisamente se acentuó la dureza del régimen⁴².

Cosas de ese tipo eran absolutamente inimaginables en la España de los años cuarenta y primeros cincuenta. Y no sólo por la mucha mayor homogeneidad ideológica del profesorado español como consecuencia ya señalada de las depuraciones y exilios, sino porque la actitud de las autoridades académicas (y gubernativas) hacia quienes mostrasen la menor señal de disenso era de absoluta intransigencia, y de consecuencias lamentablemente muy previsibles. Como ha explicado muy recientemente Jordi Gracia, no en vano hay que esperar prácticamente un quindenio para que comiencen a asomar tímidamente la cabeza quienes después de la guerra civil, y sin identificarse con los *principios fundamentales del Movimiento*, habían permanecido en una *resistencia silenciosa*, agazapados intelectual y casi físicamente en los pliegues más oscuros del mundo universitario y cultural español⁴³.

dentro de las filas del PNF en A. Tarquini, «Gli antigentiliani nel fascismo degli anni Venti», *Storia contemporanea*, XXVII/1 (1996), pp. 5-59.

⁴² La impugnación de la interpretación de Bottai como un fascista *amable*, en E. Gentile, «Bottai e il fascismo. Osservazioni per una biografia», *Storia contemporanea*, X/3 (1979), pp. 551-570; las concepciones de Bottai sobre la necesidad de una formación crítica de los jóvenes, siempre dentro del fascismo, en P. Nello, «Mussolini e Bottai: due modi diversi di concepire l'educazione fascista della gioventù», *Storia contemporanea*, VIII/2 (1977), pp. 335-366.

⁴³ J. Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, 2004. Como algunos críticos de la obra han señalado, tildar

4. *Los estudiantes: entre el fascismo y el antifascismo*

Al abordarse la reforma de la universidad, tanto en Italia como en España había una preocupación compartida por el creciente número de estudiantes universitarios. Como ya se ha indicado aquí, a Giovanni Gentile le obsesionaba la presunta masificación de la universidad, que podía conducir, en su opinión, a la pérdida de la excelencia y a un descenso irremediable de la calidad de la enseñanza y, consiguientemente, del nivel de preparación de los licenciados. De ahí que la reforma de la escuela media que planteó tuviese como objetivo prioritario endurecer el camino hacia la universidad y el mismo acceso a ésta. Fue una reforma claramente elitista, como lo fue la ley de bachillerato franquista (1938) impulsada por el ministro Pedro Sainz Rodríguez, cuyos planteamientos en esta cuestión (que no en otras) coincidían plenamente con los que había desarrollado Gentile quince años antes⁴⁴. En ambos casos se pretendía una estricta selección de los alumnos universitarios según criterios de clase, que no de capacidad intelectual (como defendían, desde posiciones políticas bien alejadas del fascismo, intelectuales y políticos como, por ejemplo, Gaetano Salvemini o Fernando de los Ríos, también partidarios de una universidad selectiva y con pocos alumnos)⁴⁵.

Gentile consiguió parcialmente su objetivo: el número de estudiantes universitarios descendió en los años siguientes a la aplicación de la reforma, y no se volvió a una cifra similar a la del curso

de «resistencia» la actitud de estos intelectuales de la inmediata postguerra quizás sea dar un tono demasiado épico a unas trayectorias que más bien cabría identificar con la simple lucha por la supervivencia intelectual y moral —que, ciertamente, dadas las circunstancias, no era poca cosa—.

⁴⁴ La reforma de la escuela media italiana en Morente Valero, «*Libro e moschetto*»..., pp. 60-62; la de la española, en Cámara Villar, *Nacional-Catolicismo*..., pp. 91-94.

⁴⁵ Las posiciones de Salvemini en L. Ambrosoli, «La scuola secondaria», en Cives (a cura di), *La scuola italiana*..., pp. 115-116; también en L. Ambrosoli, «Socialismo e istruzione nell'età giolittiana: orientamenti storiografici», en L. Rossi (a cura di), *Cultura, istruzione e socialismo nell'età giolittiana*, Milán, 1991, p. 22. Las de Fernando de los Ríos, en Baldó Lacomba, «Las universidades...», pp. 416-417.

1922-1923 hasta principios de los años treinta. A partir de entonces, la tendencia al alza se recuperó con fuerza, y en sólo diez años el número de estudiantes universitarios se había prácticamente doblado; y luego volvió a doblarse en el transcurso de sólo tres años más, hasta alcanzar en 1942-1943 una cifra casi cuatro veces superior a la que había al llegar Gentile al ministerio⁴⁶. En España, el número de estudiantes universitarios no descendió, pero su crecimiento fue muy lento no sólo durante la inmediata postguerra, sino mucho más allá, hasta comienzos de los años sesenta, es decir, casi un cuarto de siglo después del final de la guerra civil; al empezar la década de los sesenta, la población estudiantil sólo era el doble de la existente en el curso 1940-1941⁴⁷.

Hay en esta cuestión, pues, una coincidencia inicial entre ambos países, pero una divergencia clara en el transcurso del tiempo. Mientras en España la universidad se mantuvo durante esas más de dos décadas como un reducto socialmente elitista, al que accedían sólo los hijos de las clases sociales altas o medias-altas (con muy escasa presencia de alumnos de la clase media-baja y, aún menor, de la clase trabajadora), en Italia, a lo largo de los años treinta y, sobre todo, en los tres años finales del régimen, la universidad empezó a abrir sus puertas a sectores sociales cada vez más amplios (especialmente, de la clase media), por mucho que las clases más acomodadas continuasen aportando el mayor contingente de alumnos. Las razones del cambio de tendencia en Italia son diversas, pero cabe apuntar fundamentalmente dos: la presión del propio PNF, en cuyo seno el elitismo social que impuso Gentile con su reforma no fue mayoritariamente compartido, entre otras cosas porque afectaba negativamente a grupos que constituían parte esencial de la base social de apoyo del régimen; y las necesidades derivadas de una economía que se modernizaba e industrializaba, y que estaba necesitada de un número cada vez mayor de profesionales y técnicos; no es casual que el mayor crecimiento en el número de alumnos coincidiera

⁴⁶ Las cifras eran las siguientes: 46.561 alumnos en el curso 1922-1923; 40.399 en 1928-1929; 46.262 en 1930-1931; 85.535 en 1939-1940; y 168.323 en 1942-1943; cfr. Charnitzky, *Die Schulpolitik...*, p. 425, tabla 14.

⁴⁷ Había 37.286 estudiantes en el curso 1940-1941, y 76.458 en 1960-1961; cfr. *Datos y cifras de la enseñanza en España*, MEC 1974; cit. en M.E. Nicolás Marín, *Instituciones murcianas en el franquismo (1939-1962)*. (*Contribución al conocimiento de la ideología dominante*), Murcia, 1982, p. 209, tabla VII.

con la presencia de Bottai en el ministerio, con lo que ello implicaba de cambio de perspectiva sobre la función que debía de cumplir la universidad en la Italia de aquellos momentos⁴⁸. En España, ninguno de esos dos factores se dio con fuerza en el período que nos ocupa, y sólo el segundo empezó a ser considerado a partir de la segunda mitad de los cincuenta y, sobre todo, en los años sesenta, coincidiendo no por casualidad con el rápido crecimiento de la matrícula universitaria y la creación de nuevas universidades (hasta principios de los años sesenta se había mantenido inalterado el número de las existentes desde los años veinte).

Desde el punto de vista de las opciones políticas de los estudiantes universitarios, también la guerra civil constituye un elemento que establece notables diferencias entre la situación española y la italiana, al menos por lo que hace al punto de partida en ambos casos, aunque dichas diferencias se difuminan con el tiempo. Así, la reforma Gentile pudo tener una notable contestación por parte de los estudiantes universitarios, todavía encuadrados muchos de ellos en organizaciones sindicales socialistas, católicas, etc. Es cierto que tal oposición se reprimió duramente, empleando para ello, incluso, a las organizaciones de estudiantes fascistas, pero no es menos cierto que fueron capaces de provocar un cierto desorden en el mundo universitario en los primeros años del *ventennio*⁴⁹. Con la implantación de la dictadura todo ello acabó; la disidencia pasó a estar perseguida disciplinaria y penalmente, y las organizaciones estudiantiles fueron disueltas, quedando como única representación

⁴⁸ La preocupación de Bottai por que la enseñanza en todos sus niveles prestase más atención a las nuevas necesidades del mercado laboral aparece constantemente en sus escritos sobre temas educativos y guiará la elaboración de su más ambicioso proyecto como ministro de Educación Nacional, la *Carta della Scuola*; véase Morente Valero, «*Libro e moschetto*»..., pp. 162-178.

⁴⁹ Giuntella, *Autonomia e nazionalizzazione...*, p. 25; en esa movilización estudiantil participaron, incluso, algunos grupos de estudiantes fascistas; *Ibid.*, p. 75. No puede desligarse la oposición estudiantil a la reforma Gentile de la intensa agitación que se venía produciendo en las universidades italianas desde el final de la Gran Guerra; análisis de la misma en F. De Negri, «*Agitazioni e movimenti studenteschi nel primo dopoguerra in Italia*», en *Studi Storici* XVI/3 (1975), pp. 738-744; y en B. Wanrooij, «*The Rise and Fall of Italian Fascism as a Generational Revolt*», *Journal of Contemporary History*, 22 (1987), pp. 404-406.

posible la que ofrecían los *Gruppi Universitari Fascisti* (GUF)⁵⁰. Los GUF combinaban la actividad represora y *squadristica* (agresiones a estudiantes antifascistas, campañas contra determinados profesores...) con las de propaganda y adoctrinamiento ideológico, que se canalizaban a través de la edición de revistas y actividades de tipo cultural (teatro, sesiones de cine, conferencias, grupos de debate...). Desde finales de los años veinte, los GUF fueron adquiriendo también competencias para el desarrollo de actividades de tipo asistencial: gestión de comedores, bibliotecas, librerías, centros sociales, becas, asistencia sanitaria, etc.; fue este último ámbito de actuación el que permitió que la militancia en los GUF —que no era obligatoria— creciese rápidamente, hasta llegar a más de cuarenta y un mil miembros en 1930 (lo que representaba el 90% de todos los estudiantes universitarios)⁵¹.

Es difícil no ver en los GUF el modelo en que se iba a inspirar el Sindicato Español Universitario (SEU), especialmente después de la guerra civil. Aunque su creación se remonta a la etapa republicana, cuando su violento activismo lo convirtió en una de las puntas de lanza de la ofensiva falangista contra la República democrática, no será hasta terminada la contienda que el SEU alcance la hegemonía entre los estudiantes universitarios españoles. Como en Italia, a ello contribuyó la liquidación de todas las organizaciones republicanas y de izquierdas, así como la disolución de las católicas. Hasta 1943, la afiliación al SEU fue voluntaria, pero con la LOU devino obligatoria para todos los estudiantes. El SEU asumió funciones idénticas a las que cumplieron los GUF: de represión dentro de la universidad, de orden ideológico-propagandístico (utilizando los mismos medios antes mencionados: revistas, teatro, cine, foros

⁵⁰ Los orígenes de los GUF en M.C. Giuntella, «I Gruppi Universitari Fascisti nel primo decennio del regime», *Il movimento di liberazione in Italia: rassegna bimestrale di studi e documenti*, XXIV/107 (1972), pp. 4-12; y en L. La Rovere, «Fascist Groups in Italian Universities: An Organization at the Service of the Totalitarian State», *Journal of Contemporary History*, 34/3 (1999), 460-464.

⁵¹ El estudio más completo sobre los GUF es el de L. La Rovere, *Storia dei GUF. Organizzazione, politica e miti della gioventù universitaria fascista 1919-1943*, Turín, 2003; los datos sobre militancia en los GUF, en p. 139 (el porcentaje se calcula sobre la cifra de estudiantes universitarios que ofrece Charnitzky en *Die Schulpolitik...*, p. 425, tabla 14).

de debate...) y de carácter asistencial (becas, comedores, colegios mayores...) ⁵².

Las coincidencias entre GUF y SEU van más allá de las funciones que representaron ⁵³. En ambos casos, la organización estudiantil gozó de una fase de notable autonomía (coincidiendo con los momentos de mayor actividad *squadristica*), que dio paso rápidamente a su control por parte del partido. La importancia que se daba a la formación de los jóvenes universitarios (como cantera de dirigentes tanto del partido como del Estado), así como la prevención que se tenía ante las actitudes de crítica y rebeldía que *por naturaleza* podían esperarse de ellos hicieron que tanto en España como en Italia los dirigentes del partido optasen por mantener un control directo sobre las respectivas organizaciones. Hubo, sin embargo, una diferencia: mientras los GUF consiguieron mantenerse siempre como organización totalmente independiente, aunque sometida al control del partido a través del mismísimo secretario general del PNF, el SEU fue pronto integrado en una organización más amplia, la Delegación Nacional del Frente de Juventudes, junto a las otras organizaciones juveniles del régimen. Los GUF pudieron resistirse a una operación similar (su integración en la *Giuventù Italiana del Littorio*), no así el SEU, pese a las protestas que aquella integración provocó por parte de dirigentes y militantes del sindicato universitario. No obstante, esta dependencia del Frente de Juventudes fue más teórica que real, manteniendo el SEU, dentro de la organización juvenil, una notable autonomía de actuación durante toda su existencia ⁵⁴.

⁵² El estudio de referencia sobre el SEU es el de M.A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1945. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, 1996.

⁵³ Véase una comparación entre ambos (y con la organización de estudiantes nazis) en M.A. Ruiz Carnicer, «Juventud universitaria y fascismo. GUF, NSDStB y SEU. Un análisis comparativo», en Carreras Ares/Ruiz Carnicer (coords.), *La Universidad española...*, pp. 63-92.

⁵⁴ Tanto en Italia como en España se libró una dura batalla por el control de las organizaciones juveniles entre el Partido y las autoridades del Ministerio de Educación. A su vez, desde la dirección de las organizaciones juveniles (Frente de Juventudes y *Giuventù Italiana del Littorio*) se intentó controlar a las organizaciones de estudiantes universitarios, a lo que éstas se resistieron tanto como pudieron. Para el caso italiano, véase

En otros aspectos, la similitud entre GUF y SEU se acentúa. Ambas organizaciones fueron el reducto de las posiciones *puristas* dentro del fascismo y el falangismo, respectivamente. En ambos casos, sin embargo, la retórica revolucionaria acababa chocando con la realidad mucho más conservadora del régimen, lo que no dejaba de ser motivo de decepción de muchos jóvenes militantes y sinceramente creyentes en el mensaje fascista. Tanto en Italia como en España, las actividades culturales y las revistas editadas por las organizaciones universitarias gozaron de un margen de libertad que no se daba en otros ámbitos, y que permitía la expresión de posiciones muchas veces heterodoxas, y no pocas veces críticas con el régimen (siempre, eso sí, desde dentro de los límites de éste). Era esta característica de las organizaciones estudiantiles fascistas la que hizo que se acercasen a ellas muchos jóvenes con inquietudes políticas y culturales, que no encontraban, dicho sea de paso, otros cauces para canalizarlas. Quizás esta apertura intelectual se dio con mayor intensidad en el fascismo italiano, especialmente en las primeras ediciones de los *littoriali*, antes de que los sectores más conservadores del PNF consiguieran reconducirlos hacia actitudes más moderadas y ortodoxas ante el temor de que tanta espontaneidad y crítica intelectual acabase convirtiéndose en un arma no de renovación del régimen (como gente como Bottai o Alessandro Pavolini defendían), sino de ataque contra el mismo ⁵⁵.

Morente Valero, «*Libro e moschetto*»..., pp. 108-109 y 134-142. La integración del SEU en el Frente de Juventudes, en Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario*..., pp. 172-179.

⁵⁵ Para los *littoriali*, véase G. Lazzari, *I Littoriali della cultura e dell'arte. Intellettuali e potere durante il fascismo*, Nápoles, 1979; y U. Alfassio Grimaldi e M. Addis Saba, *Cultura a passo romano. Storia e strategia dei Littoriali della cultura e dell'arte*, Milán, 1983. Una visión más actualizada, en La Rovere, *Storia dei GUF*..., pp. 267-289. Un detallado análisis de la prensa de los GUF, en T. H. Koon, *Believe, Obey, Fight. Political Socialization of Youth in Fascist Italy, 1922-1943*, Chapel Hill y Londres, 1985, pp. 207-216. Para las actividades culturales y la prensa *seuista*, Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario*..., pp. 445-466. La aparición de una incipiente disidencia ideológica aprovechando los relativos márgenes de crítica que ofrecían dichas actividades culturales y las revistas universitarias falangistas ha sido estudiada por J. Gracia en *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Toulouse, 1996.

Tanto los GUF como el SEU experimentaron un proceso de creciente burocratización. En este caso, quizás fue el sindicato español el que lo sufrió en mayor medida y más rápidamente. Ello fue debido, sin duda, a que, a diferencia del GUF, que durante muchos años fue necesario para asegurar el control fascista de la universidad, el SEU se encontró con una universidad donde los adversarios políticos habían sido barridos y donde su función represora, por tanto, parecía menos indispensable. Por otra parte, la derrota del Eje en la Guerra Mundial hizo que el régimen procurase disimular aquellos aspectos que más claramente lo relacionaban con los perdedores de la guerra, con lo que las posibilidades de Falange —y del SEU— de imponer sus criterios sobre el funcionamiento de la universidad, obviamente, disminuyeron. En esas circunstancias, el SEU evolucionó cada vez más hacia una organización suministradora de servicios asistenciales, lo que facilitó su burocratización, que llegaría a ser casi esclerótica en los años que precedieron a su liquidación en 1965.

En qué medida las organizaciones estudiantiles fascistas cumplieron con las funciones que se les habían encomendado es algo que permite ser discutido, y que no tiene respuesta clara y fácil, a pesar de lo que se acostumbra afirmar. Si se mira desde la perspectiva de la prestación de servicios, no cabe duda de que, burocratizadas o no, ambas organizaciones fueron capaces de atraer a muchos estudiantes que de esa forma entraban en contacto, más o menos superficial, con el fascismo. Las actividades culturales (pero también, no hay que olvidarlas, las deportivas) que organizaban eran otra forma de aproximación entre los jóvenes y el fascismo, y en ocasiones tenían el suficiente interés (nada difícil dada la penuria de la oferta cultural general) como para que esos jóvenes pudiesen sentirse atraídos por la ideología que allí les convocaba. Otra cosa es que luego la realidad se encargase de mostrarles las limitaciones del régimen a la hora de llevar a la práctica lo que intelectualmente se les proponía. Pero en ese caso, el fracaso no sería tanto de los GUF o del SEU, cuanto del sistema político al que servían. Se ha afirmado que tanto los GUF como el SEU fracasaron en la socialización política de los jóvenes universitarios⁵⁶; pero seguramente ésa es una verdad a medias o,

⁵⁶ Así lo ve Ruiz Carnicer en relación con el SEU, y Koon en relación con los GUF, entre otros posibles ejemplos. En un trabajo clásico, Gino

dicho de otra manera, sólo es verdad si se presta atención exclusivamente a la elite política estudiantil y si se contempla la cuestión en el largo plazo. Parece claro que el grueso de los estudiantes más politizados se alejaron del franquismo luego de haber pasado, muchos de ellos, por las actividades del SEU⁵⁷, de la misma forma que muchos de los cuadros intelectuales y políticos de la República italiana se reclutaron entre los más brillantes participantes en los *littorali*⁵⁸; ahora bien, esa forma de mirar las cosas se olvida de la masa; se olvida de un gran número de estudiantes universitarios que durante los años cuarenta y gran parte de los cincuenta pasaron por la universidad española sin dar muestras de especial inquietud política, participaron en mayor o menor grado en las actividades (o se beneficiaron de los servicios) del SEU, y tras licenciarse ingresaron en el mundo profesional con el absoluto convencimiento de que el régimen político en el que vivían no merecía contestación alguna. Quizás no se habían convertido en fervientes nacionalsindicalistas —y en ese sentido el SEU habría fracasado—, pero sí en modélicos franquistas —y entonces, la opinión sobre la eficacia del SEU quizás debería ser otra—. Creo que en buena medida puede afirmarse lo mismo de los GUF. Si fascismo y franquismo no se sostuvieron sólo por la represión, y si contaron con bases sólidas de apoyo social, y muy especialmente entre los sectores profesionales y técnicos, seguramente algo tuvieron que ver con ello la universidad y las organizaciones de estudiantes universitarios.

La otra función para la que estaban programados GUF y SEU era la de generar los futuros cuadros dirigentes del partido y del

Germani planteó ese fracaso en una perspectiva más amplia: la de la socialización de todos los jóvenes, y no sólo los universitarios: G. Germani, «Political Socialization of Youth in Fascists Regimes: Italy and Spain», en S.P. Huntington and C.H. Moore, *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Established One-Party Systems*, New York and London, 1970, pp. 339-379.

⁵⁷ J. Gracia, *Estado y cultura...*, *passim*.

⁵⁸ Charnitzky, *Die Schulpolitik...*, p. 310. También Albertina Vittoria ha señalado cómo fue la generación de jóvenes universitarios crecidos y educados en el fascismo la que nutrió buena parte de los cuadros de las organizaciones antifascistas y de la resistencia partisana; cfr. A. Vittoria, «L'Università italiana durante il regime fascista: controllo governativo e attività antifascista», en Carreras Ares/Ruiz Carnicer (coords.), *La universidad española...*, p. 60.

Estado. Sobre ello también se ha extendido la opinión de un fracaso sin paliativos de ambas organizaciones. Sin embargo, también esta cuestión merece mirarse con más detalle. Como ha explicado Luca La Rovere, a lo largo de los años treinta, el GUF aportó de forma creciente cuadros para puestos de responsabilidad en el seno del régimen (hacia 1941, casi el 8% de los militantes de la organización tenían algún cargo de relieve) y no fueron pocos los que ocuparon puestos de alta responsabilidad: desde secretarios provinciales del partido hasta miembros de la Cámara de las Corporaciones, e incluso miembros de la propia ejecutiva nacional del PNF. Es cierto que el relevo generacional no fue automático, y que dio lugar a un creciente conflicto interno dentro del partido y del régimen, pero, como señala La Rovere, sólo la guerra impidió que tal relevo llegase efectivamente a producirse de forma generalizada⁵⁹. Es cierto que no todo el mundo comparte esa opinión, y que autores como Tracy Koon relativizan la importancia de la aportación del GUF al personal político del fascismo, considerando que fue no sólo pequeña en cantidad, sino también muy tardía como para haber resultado efectiva⁶⁰.

Probablemente del SEU pueda afirmarse algo parecido a lo que señala La Rovere. No fueron pocos los futuros altos cargos del régimen que hicieron sus primeras armas políticas en el sindicato universitario. Ciertamente no fue ni la única ni quizás la principal cantera de altos cargos franquistas, pero tampoco debe minusvalorarse su importancia, al menos en lo que tuvo de trampolín hacia una carrera más o menos brillante en el Movimiento y en la propia Administración. Lo que no debe ocultar que, como ha explicado Ruiz Carnicer, los jóvenes más inquietos políticamente pronto descubrieron que no era el SEU la vía más rápida ni más segura para lle-

⁵⁹ La Rovere, «Fascists Groups...», pp. 471-475.

⁶⁰ Koon, *Believe, Obey, Fight...*, pp. 192-193. La creencia en este fracaso a la hora de formar la nueva clase dirigente del régimen está ciertamente muy extendida; véase A. Vittoria, «Scuola e apparati educativi del fascismo», *Studi Storici*, 22/2 (1981), p. 461; también, E.R. Tannenbaum, *La experiencia fascista: Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, 1975, pp. 174-175, donde plantea cómo la lucha generacional que se dio entre jóvenes fascistas y viejos jerarcas se decantó del lado de éstos, impidiendo así la creación de una nueva clase dirigente; de la misma opinión es B. Wan-rooij: «The rise and fall...», pp. 409-413.

gar a lo más alto de la vida política del régimen⁶¹. En ese sentido, obviamente el SEU fracasó: no fueron sus cuadros quienes se convirtieron en los líderes *naturales* del régimen cuando teóricamente debía de haberse producido el relevo de las generaciones que hicieron la guerra. De hecho, la misma supresión del sindicato era la prueba más evidente de que para entonces ya no cumplía satisfactoriamente con ninguna de las funciones que inicialmente se le habían encomendado, y singularmente el encuadramiento y control de los propios estudiantes; pero eso ocurrió en una época bastante posterior a la que aquí se analiza.

5. Conclusiones

Si al inicio de estas páginas señalaba las notables coincidencias existentes entre la universidad liberal en España e Italia, parece claro a la vista de lo expuesto que esas coincidencias eran igualmente muchas entre las universidades reformadas por franquistas y fascistas, respectivamente. No hay total coincidencia entre ellas, pero sí puede afirmarse que sus elementos estructurantes eran muy parecidos, y en lo sustancial uno y otro modelo no diferían de manera importante.

Por lo que hace a las características de la organización universitaria, en ambos casos nos encontramos con unas estructuras fuertemente centralizadas, en las que el ministro tiene un poder de actuación sobre cada una de las universidades muy elevado; la autonomía universitaria es inexistente (lo que estaría en la tradición española, pero no tanto en la italiana); los rectores son los jefes de su universidad, pero su nombramiento por el ministro los coloca en una posición de clara subordinación política y con un margen de maniobra condicionado por las directrices del ministerio; el gobierno de las universidades es extremadamente jerárquico y autoritario: vicerrectores, decanos, vicedecanos, directores de institutos de investigación, etc. son nombrados por el ministro a propuesta del rector; dependen de éste y actúan sólo por su delegación; desaparece cualquier órgano o cargo de carácter electivo; los órganos colegiados (juntas, claustros...) pasan a tener, en el mejor de los casos, funcio-

⁶¹ Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario...*, pp. 500-501.

nes consultivas; las universidades siguieron teniendo, en general, escasa dotación económica, por lo que para la mayoría (y la excepción —relativa— serían las grandes universidades) las posibilidades de desarrollar ambiciosos programas de investigación eran inexistentes; de hecho, tanto en Italia como en España (pero más claramente en esta última) se pretendió establecer una clara división del trabajo entre docencia (reservada a las universidades) e investigación (en manos de institutos y centros de investigación, no siempre vinculados a la universidad)⁶²; ello respondía a una concepción de la universidad como fábrica de profesionales y cuadros de la administración, por lo que ni las escuelas técnicas superiores eran consideradas propiamente universidades ni las facultades de ciencias tuvieron una posición preeminente en el sistema universitario; al revés: la universidad se concebía sobre todo como el ámbito por excelencia de las humanidades, y era esa orientación humanística la que se consideraba fundamental en la formación de los futuros cuadros dirigentes del país (y en eso coincidían personajes como Gentile, Sainz Rodríguez o Ibáñez Martín, aunque no Bottai, quien intentó cambiar esos esquemas y potenciar los estudios científico-tecnológicos, aunque eso ocurrió muy al final del *ventennio*). Ambos sistemas universitarios se diseñaron con criterios extraordinariamente elitistas: se trataba de reducir —o al menos contener— el número de estudiantes y, aspecto no secundario, mantener el carácter clasista de la enseñanza superior; la tozuda realidad obligó a cambios en ese sentido, que se dejaron sentir mucho antes en Italia que en España. Finalmente, en ambos sistemas la universidad siguió siendo fundamentalmente de carácter público. En Italia, sin embargo, hubo universidades privadas desde el primer momento (de hecho, algunas ya existían antes de la reforma Gentile), mientras que en España no será hasta principios de los años sesenta que se crearán oficialmente las primeras universidades privadas; antes habían existido centros de estudios universitarios privados (mayo-

⁶² De ahí la importancia que tuvieron el *Consiglio nazionale di ricerche* (CNR) y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC); véanse, R. Maiocchi, *Gli scienziati del Duce. Il ruolo dei ricercatori e del CNR nella politica autarchica del fascismo*, Roma, 2003; y G. Pasamar Alzuria, «Oligarquías y clientelas en el mundo de la investigación científica: el Consejo Superior en la universidad de posguerra», en Carreras Ares/Ruiz Carnicer (coords.), *La universidad española...*, pp. 305-339.

ritariamente en manos de la Iglesia), pero sus estudiantes debían examinarse en las universidades públicas. En este aspecto concreto, la Iglesia alcanzó antes sus objetivos en Italia que en España; durante todo el *ventennio* funcionó la *Università Cattolica del Sacro Cuore* (en Milán), creada, financiada y controlada completamente por la Iglesia católica. En España, la Iglesia obtuvo importantes concesiones en la LOU, entre otras la de crear sus propias universidades, pero ese derecho no lo pudo ejercer hasta casi veinte años después⁶³.

Por lo que hace al profesorado, hay también notables coincidencias en la forma en que se estructuró la carrera docente. Como se vio, los catedráticos siguieron siendo en ambos países el eje de la actividad académica, y a su alrededor se situaban profesores de diferentes niveles y categorías, generalmente en situaciones laborales y salariales bastante precarias, y que dependían de *su* catedrático para progresar en su carrera profesional. El acceso a la cátedra se realizaba mediante oposición, ante tribunales controlados de manera efectiva por el ministro (más claramente en España, donde nombraba a todos los miembros del tribunal, mientras que en Italia era el *Consiglio superiore della pubblica istruzione* quien hacía la propuesta; en todo caso, hay que recordar que ese *Consiglio* estaba a su vez controlado por el ministro). Por si quedaban dudas de quién manejaba los hilos de los concursos, éstos se celebraban en Madrid y Roma, en otro ejemplo más de la centralización del sistema a la que antes hacía referencia.

Pero es en la cuestión del profesorado donde se da una diferencia importante en la actuación de fascistas y franquistas. En ambos casos se buscó establecer un control ideológico riguroso de los docentes, y así se hizo. Pero, como decía, con una diferencia sustancial: mientras las autoridades franquistas tenían que controlar a profesores ideológicamente afines pues la depuración que se había

⁶³ Frecuentemente se ha resaltado la importante cuota que obtuvo la Iglesia católica en el mundo educativo español como un elemento diferenciador del franquismo respecto de los regímenes fascistas coetáneos. Ciertamente esa cuota fue mayor que la que obtuvo en Italia, pero sin que las diferencias sean en modo alguno sustanciales; buena prueba de ello es la satisfacción con que el Vaticano contempló la práctica totalidad de la legislación educativa italiana; para una discusión de estas cuestiones, véase Morente Valero, «*Libro e moschetto*»..., 110-116, 178 y 196-199.

llevado a cabo había expulsado de la universidad cualquier elemento de disidencia, en Italia el grueso del profesorado de la universidad liberal se mantuvo en su puesto hasta las leyes raciales de 1938, y luego la depuración que se produjo afectó a profesores de prácticamente todo el espectro ideológico. Sin que se deba derivar de lo anterior que en la universidad italiana se respirase un ambiente de libertad —lo que, obviamente, no era el caso—, sí que cabe señalar ese aspecto en el sentido que indica cómo el franquismo pudo *ocupar* la universidad de una manera mucho más efectiva que el fascismo. Una buena prueba de que los propios fascistas italianos eran conscientes de esa situación fue la opción de crear facultades de Ciencia Política (la primera, y principal de todas, en Perugia) como una forma de contar con centros universitarios inequívocamente fascistas, tanto desde el punto de vista del profesorado que los integraba como de las doctrinas que en ellos se impartían⁶⁴. Sin duda, la creación en la Universidad de Madrid de una Facultad de Ciencias Políticas y Económicas cabe situarla en esa línea de actuación inaugurada por los fascistas italianos. En cualquier caso, el empobrecimiento intelectual que supuso tanto la depuración franquista como la purga *racial* italiana (que se producía, no se olvide, después de la pérdida por razones ideológicas de pocos pero reputadísimos profesores) fue de proporciones colosales (aunque, sin duda, mayores en el caso español).

Las coincidencias entre ambos sistemas se reproducen en las cuestiones relativas a los estudiantes. Como en el caso del profesorado, también en España los estudiantes universitarios de la postguerra tenían una mayor homogeneidad ideológica que los de la Italia de, al menos, los años veinte, y el SEU pudo asentarse en la universidad con mayor facilidad y rapidez que los GUF. Pero a medio plazo, la situación en ambos países tendió a hacerse muy similar, tanto en las funciones que cumplían las organizaciones de estudiantes fascistas como en la práctica desaparición de grupos de oposición significativos. En ese sentido, la represión y el control ideológico que ejercían tanto el SEU como los GUF se mostraron realmente eficaces, al menos hasta que las circunstancias empezaron a cambiar como consecuencia de la Guerra Mundial (en Italia)

⁶⁴ Giuntella, *Autonomia e nazionalizzazione...*, cap. III: «La Facoltà fascista di Scienze Politiche di Perugia e la formazione della classe dirigente fascista», pp. 89-107.

o la llegada de nuevas generaciones universitarias en España para las que la guerra civil empezaba a ser un episodio que sólo habían conocido de oídas. Probablemente sea en el campo de las organizaciones estudiantiles donde el mimetismo del franquismo en relación con el fascismo italiano fue mayor. Los GUF vendrían a ser una especie de *hermano mayor* del SEU, y en ese sentido compartieron éxitos y fracasos. Fueron reservas espirituales del fascismo y el nacionalsindicalismo más *puro*, cantera de cuadros para la administración y el partido, expendedores de servicios asistenciales para los estudiantes, animadores de debates intelectuales y, hasta cierto punto, lugares donde se organizaban actividades culturales en las que, sin cuestionar el régimen, podían desarrollarse planteamientos críticos y heterodoxos (probablemente en esta cuestión los *littoriali* fueron más lejos que las actividades organizadas por el SEU). Fracasaron, sin embargo, en su empeño de producir la nueva generación dirigente del régimen (aunque en el caso italiano puede quedar la duda de si no fue una cuestión de falta de tiempo) o en crear una elite universitaria de convencidos fascistas, aunque, como se indicó más arriba, quizás el fracaso deba ser relativizado si lo que se contempla es la creación de una elite académica, profesional y técnica que se sentía muy cómoda con los parámetros del régimen fascista o del régimen franquista.

Francisco Morente Valero
Universitat Autònoma de Barcelona

**Capitalismo, fascismo y democracia en la
obra de Karl Polanyi. Una encrucijada
todavía viva**

Jorge Polo Blanco.

Capitalismo, fascismo y democracia en la obra de Karl Polanyi. Una encrucijada todavía viva

Capitalism, fascism and democracy in the work of Karl Polanyi. A crossroads still alive

Jorge POLO BLANCO

Universidad Complutense de Madrid

hiperbolik1983@hotmail.com

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº7: 133-152]

Artículo ubicado en: www.encrucijadas.org

Fecha de recepción: enero de 2014 || Fecha de aceptación: junio de 2014

RESUMEN: En el presente trabajo, y al hilo de la obra de Karl Polanyi, intentamos reconstruir algunas de las líneas de fuerza que han definido el devenir de las modernas sociedades europeas; dichas líneas constituyen una encrucijada histórica y política que se decanta a través de las múltiples tensiones producidas entre la economía de libre mercado y la democracia, y que aparece como un complejo campo teórico y práctico abierto a múltiples recorridos, en el que además tiene que pensarse la tragedia del fascismo. La interpretación polanyiana de toda esta dinámica histórica presenta una virtualidad incontestable y una potencia actual imprescindible.

Palabras Clave: *laissez-faire*, conspiración colectivista, democracia, liberalismo, fascismo.

ABSTRACT: This essay reconstructs some of the vectors implicit to the historical development of the European modernity following the analysis of Karl Polanyi. This political and historical crossroads is related to a long-term conflict between free-market economy and democracy. It is a complex theoretical and practical field open to different itineraries that include the tragedy of fascism. The interpretation of Karl Polanyi of this historical dynamic is conceptually powerful and more up-to-date than ever.

Keywords: *laissez-faire*, collectivist conspiracy, democracy, liberalism, fascism.

1. Los dos vectores de la obra polanyiana. El peligro antropológico y el peligro político

"My father was, all his life, a socialist" (Polanyi-Levitt, 1993: 115). Son palabras de Kari Polanyi-Levitt. Es evidente, no obstante, que el socialismo de Karl Polanyi no quedaba adscrito a la línea programática de la Tercera Internacional y que su perspectiva política estuvo más estrechamente vinculada al socialismo cristiano británico (Bishop, 1993) y al socialismo democrático de inspiración fabiana (Mendell, 1990), con los cuales convivió estrechamente en su periplo inglés, sin olvidar el "socialismo gremial" de G. D. H. Cole (Cole, 1917 y 1920). El socialismo neokantiano, procedente de Hermann Cohen y F. A. Lange, habría de llegar hasta la Viena de Max Adler, Otto Bauer y los austromarxistas, y éste fue también el ambiente cultural de Polanyi durante su etapa austriaca, en los primeros compases de su trayectoria vital e intelectual.

Polanyi trabajaba en Viena como redactor y coeditor del periódico *Der Österreichische Volkswirt*, de temática política y económica, entre los años 1924 y 1933. En este último año, después de que el nacionalsocialismo asaltara el poder, Polanyi hubo de emigrar a Inglaterra por razones políticas evidentes, y ya en Londres se dedicó a la docencia; allí continuó escribiendo artículos para el *Volkswirt* y para otras revistas británicas, y empezó a participar en el *Christian Left Group*. Es en el libro *Christianity and Social Revolution*, coeditado en 1935 por él mismo, donde aparece su trabajo "The Essence of Fascism", y en él Polanyi sostendrá que el fascismo era un movimiento que, al atacar por igual a la democracia y al socialismo, no podía dejar de enfrentarse a las raíces cristianas de dichos movimientos (Stanfield, 1986).

Al acercarnos a la obra polanyiana hemos de tener en cuenta que, por un lado, elabora una crítica antropológica de la sociedad de mercado que pivota en torno al problema de la entera subordinación de todos los aspectos de la vida personal y social al mecanismo del mercado; se trata, en suma, del desfallecimiento de todos los lazos humanos de suyo no económicos que, a través de una progresiva y exhaustiva mercantilización, van quedando sujetos a una intensa reducción económico-técnica (Polo, 2013). Este es el crucial problema antropológico de la determinación económico-totalizadora de la vida humana y de la consecuente descomposición social y espiritual, advenida al compás mismo del desarrollo de este inaudito y violento proceso histórico-institucional por medio del cual el mecanismo del mercado va quedando emancipado con respecto al resto de dispositivos sociales (Polanyi, [1944] 2003).

Antes de la llegada de la moderna sociedad industrial de mercado resultaba inconcebible que existiese algo así como una esfera económica separada y desgajada del resto de la urdimbre social. Polanyi, bien es verdad, jamás negó que en culturas anteriores a la sociedad moderna hubieran existido elementos de mercado, comercio y dinero. Lo que negaba, más bien, es que hubiera existido con anterioridad alguna otra civilización en la que dichos elementos permanecieran cohesionados, imbricados y ensamblados en un sistema integral de mercado, cosa bien distinta (Polanyi, [1977] 1994). En cualquier caso, el peligro sondeado por Polanyi era de una cualidad última, antropológica, toda vez que los resortes más vitales de la comunidad humana estaban perdiendo su consistencia al ir quedando progresivamente subsumidos en el mecanismo mercantil e integrados en un marco institucional y normativo dentro del cual se empezaba a estimar que todo dominio de la vida social humana había de estar al servicio de una actividad

económica que había perdido su lugar subordinado dentro del orden cultural. Polanyi entendía, en suma, que la dinámica inherente a un mecanismo de mercado completamente liberado y omniabarcable hubiera puesto en entredicho la subsistencia misma de la cultura humana (Polanyi, [1957] 1976).

Ni siquiera en la obra de Adam Smith puede observarse todavía una nítida escisión de una esfera económica separada del tejido social y funcionando con una lógica tendencialmente emancipada y autónoma (Dale, 2010). Y es por esto que la civilización decimonónica representaba una rareza etnográfica y una radical anomalía histórica, puesto que nunca antes una sociedad había vivido presa de la legalidad autónoma de un sistema económico previamente emancipado de la urdimbre social (Polanyi, [1977] 1994).

Pero hay otro elemento distinto en la obra polanyiana que aparece, no obstante, íntimamente ligado a este que acabamos de esbozar, a saber, el perentorio problema de construir alguna forma de re-integración política de lo económico; o, en otras palabras, la posibilidad de poner en marcha, tras el estrepitoso fracaso de la "utopía liberal", alguna suerte de democracia industrial y productiva que vuelva a subordinar la legalidad emancipada de lo económico a una normatividad societaria que a su vez esté determinada por una instancia política sujeta a control popular. Este segundo vector, por lo tanto, también resulta determinante en el pensamiento de Karl Polanyi, a pesar de que los escritos políticos de éste no siempre han recibido la atención merecida.

La utopía fracasada del sistema de mercado había llevado al orden social al borde mismo de su catastrófica desaparición. Las masas trabajadoras habían quedado sumidas en la explotación, que no era sólo económica, toda vez que lo que estaba en juego era también la desintegración cultural del ambiente de los trabajadores, espiritualmente arruinados por los fuegos de una industrial mercantil que había devastado la habitabilidad de su mundo (Polanyi, [1944] 2003).

Por ello, el problema acuciante era construir otro modo de organización industrial integrada por otra institucionalidad económica ajena al mecanismo de los mercados autorregulados. La era de la máquina, bajo su forma capitalista, había concluido en estrepitoso colapso; pero en 1947 Polanyi advertía de la necesidad de ir más allá de la mera constatación de que el sistema de mercado se había decantado como un experimento utópico autodestructivo:

"La simple negación de los ideales del siglo pasado no puede señalar el camino. Debemos desafiar el futuro, aunque esto nos lleve a modificar la posición de la industria en la sociedad para que sea posible asimilar la extraña realidad de la máquina. La búsqueda de la democracia industrial no es solamente la búsqueda de una solución para los problemas del capitalismo, como imagina la mayoría de las personas. Es la búsqueda de una respuesta a la industria misma. Este es el problema concreto de nuestra civilización. La creación de un nuevo orden requiere una libertad interior para la que estamos mal preparados. Hemos sido reducidos a la impotencia por la herencia de una economía de mercado que transmite concepciones simplistas sobre la función y el papel del sistema económico en la sociedad" (Polanyi [1947] 1994: 251).

Frente al fantasma ideológico del determinismo económico y la creciente autonomía de una esfera económica que absorbía dentro de su legalidad expansiva todas las dimensiones restantes de la urdimbre social, Karl Polanyi propone un cierto retorno de lo político. Y nos habla, por ello, de buscar nuevas formas de democracia económica o "democracia industrial". El mecanismo económico, que había ido emancipándose de todo control político, debía ahora ser domesticado y reconducido para que pudiera volver a

integrarse en el orden social, y revertir así una situación calamitosa en la cual era el propio orden social el que queda enteramente plegado a las exigencias descontroladas del mecanismo económico.

Hemos de apuntar, en cualquier caso, que en su horizonte teórico, político y moral jamás contempló la deseabilidad de un socialismo de tipo centralizado y tecnocrático que desembocara en un tratamiento puramente productivista de las formas de vida de las gentes comunes (Polanyi, 1922). En efecto, Polanyi entiende que la llamada "economía dirigida" no puede llegar a aprehender, desde sus parámetros puramente estadísticos y cuantitativos, lo que él denomina "elementos internos de la economía", pues un aparato burocrático también deshumaniza con su econometría centralizada la vida de aquellas gentes que participan en el proceso socioeconómico. Porque el trabajo no sólo es un valor estadístico y cuantificable, sino la personalidad viva de alguien que sufre (Polanyi, [1925] 2014). Por lo tanto, su socialismo, de corte gremial, autoorganizativo y municipal jamás podría deslindarse de aquella preocupación antropológica última, pues esa misma preocupación habría de constituir para Polanyi un horizonte de sentido irrebasable y un límite que todo proyecto político deseable habría de incorporar en su propia médula.

En efecto, si democratizar la economía a través de alguna forma de socialismo no tecnocrático y no centralizado implica terminar con la tiranía del sistema de mercado, que había sometido toda la vida social a las necesidades autónomas de una economía emancipada, no debe olvidarse que la preocupación última de Polanyi es también antropológica, toda vez que la desmercantilización de las relaciones sociales había de perseguirse antes que por otro motivo para recuperar en la medida de lo posible las relaciones personales y comunitarias. Por lo tanto, auspiciaba una suerte de socialismo democrático que institucionalizara una economía al servicio de la gente común, pero precisamente y ante todo para que estas gentes volvieran a encontrarse en una sociabilidad distinta no atravesada por la tiranía de la mercantilización totalizadora y que conservase, hasta donde ello fuera posible y deseable, un substrato de vínculos humanos comunitarios y una reserva de lazos personales no mediatizados por los esquemas reductores y homogeneizadores de las puras relaciones económico-técnicas.

En este sentido, los dos grandes problemas que atraviesan la reflexión polanyiana aparecen coimplicados, en tanto que una des-mercantilización de la vida humana ha de ir engarzada a un proyecto político de democracia industrial por medio del cual lo económico vuelva a estar subordinado a lo político y a la fiscalización democrática (Cangiani, 2000). Por cierto, este problema vuelve a ser el nuestro, en tanto que la "tiranía de los mercados" ha resurgido con una fuerza tan avasalladora que ni el propio Polanyi podría haber llegado a imaginárselo en sus más sombríos pronósticos (Harvey, [2005] 2007). Por todo ello sus análisis son plenamente vigentes y albergan un vigor incuestionable.

2. El fascismo como baluarte del capital en un contexto post-republicano

Polanyi entiende que el fascismo es en cierto modo una recuperación mórbida y reactiva de lo político ante la descomposición social de la civilización del mercado; un proyecto, en suma, que pretendía ofrecer la ilusión de una recuperación de la comunidad perdida (Maucourant, 2006). En este contexto de anomia, por lo tanto, es importante compren-

der que el fascismo jugó un papel decisivo en la movilización de unas masas desamparadas y desarraigadas por los efectos del sistema de mercado, cuyo mecanismo había triturado profundamente la urdimbre social; el fascismo, en ese sentido, proporcionó un nuevo mito identitario al que poder adherirse (Mosse, 2004). Y es por todo ello que la prudencia invita a rehuir las explicaciones simplistas que, desde premisas estrechamente economicistas, quieren ver al fascismo como una mera fase superior del capitalismo (Cole, [1960] 1963).

A pesar de lo cual queremos poner de manifiesto que uno de los elementos fundamentales en el desarrollo del pensamiento polanyiano lo encontramos en la reflexión sobre las diversas relaciones conflictivas y, en algunos casos, abiertamente antagónicas, que históricamente se fueron dando entre la economía de mercado y la forma política democrática (Cangiani, 1998).

En ese sentido, Polanyi tenía muy claro, allá por el año 1944, que el fascismo había sido, entre otras cosas, una solución defensiva adoptada por la economía de mercado, asediada en su dinámica interna por las demandas democratizadoras de las clases populares:

“La solución fascista del *impasse* alcanzado por el capitalismo liberal puede describirse como una reforma de la economía de mercado lograda al precio de la extirpación de todas las instituciones democráticas, en el campo industrial y en el campo político por igual. El sistema económico que estaba en peligro de destrucción se fortalecería de ese modo, mientras que la gente misma era sometida a una reeducación destinada a desnaturalizar al individuo y volverlo incapaz de funcionar como la unidad responsable del organismo político. Esta reeducación, que incluía las creencias de una religión política que negaba la idea de la hermandad del hombre en todas sus formas, se logró mediante un acto de conversión masiva impuesta a los recalcitrantes mediante los métodos científicos de la tortura” (Polanyi, [1944] 2003: 297).

El incremento de la presión política ejercida por gobiernos democráticos influidos o controlados por socialdemócratas y socialistas puso en evidencia el antagonismo de unas instituciones democráticas desarrolladas y las exigencias de una economía de libre mercado. En un contexto de crisis social aguda tal antagonismo llegó a hacerse más perceptible y Polanyi entendió que la intervención fascista, en última instancia, vino a poner un dique de contención que tenía como objetivo primordial salvaguardar la economía capitalista de las embestidas democrático-populares (Polanyi, [1933a] 2005).

El Estado fascista, que intenta proyectarse como una instancia poderosa y autoritaria de control centralizado, supone en verdad una práctica anulación del “Estado político”, toda vez que pretende, antes que nada, encarnar la totalidad social en la esfera económica (*Op. Cit.*). En el Estado corporativo fascista, en efecto, los propietarios de los sectores económicos organizados tienen la última palabra en la conformación del orden productivo, y la vida social entera se encuentra subordinada a la gestión técnica de los dueños de la industria. Y todo ello, además, en un contexto en el que las masas ya no pueden intervenir en la configuración de la vida pública. Bajo el dominio de la contrarrevolución fascista el común de las gentes se halla sometido a un régimen dictatorial en el que todas las esferas de intervención política democrática (parlamentos, municipios) e intervención económica democrática (sindicatos o gremios) se hallan aniquiladas. Los dueños de la industria, en suma, se encuentran entregados a una estrecha connivencia con los destructores de la institucionalidad democrática republicana.

En un artículo publicado en 1932, que llevaba por título precisamente “*Wirtschaft und Demokratie*”, Polanyi lo decía de una manera explícita y simple: “Se ha abierto un abismo entre la economía y la política. Tal es, dicho en pocas palabras, el diagnóstico

de la época [...] La izquierda se arraiga en la democracia, y la derecha, en la economía" (Polanyi, [1932] 2012: 197). Y el planteamiento polanyiano, justo a mitad de los años 30, se perfilaba muy nítido a este respecto:

"Hoy en día se acepta, en términos generales, que **la mutua incompatibilidad de la democracia y el capitalismo constituye el trasfondo de la crisis social de nuestro tiempo** [...] Según la *Dottrina* de Mussolini, la democracia es un anacronismo «pues únicamente un Estado autoritario puede afrontar las contradicciones inherentes al capitalismo». Está convencido de que el tiempo de la democracia ha pasado, pero el capitalismo recién empieza su carrera. El discurso de Hitler en Dusseldorf, al cual ya hicimos referencia, proclama que la absoluta incompatibilidad del principio de igualdad democrática, en política, y el principio de la propiedad privada de los medios de producción, en la vida económica, es la principal causa de la crisis actual; pues «la democracia en la política y el comunismo en la economía se basan en principios análogos». Los liberales de la escuela de Mises argumentan que la interferencia en el sistema de precios practicada por la democracia representativa disminuye, inevitablemente, la suma total de los bienes producidos. El fascismo se justifica entonces como la salvaguardia de la economía liberal. Tanto los fascistas «intervencionistas» como los «liberales» están convencidos de que la democracia conduce al socialismo [...] y los socialistas de todos los credos denuncian el ataque fascista a la democracia como una tentativa de salvar por la fuerza el presente sistema económico" (Polanyi, [1935] 2012:227).

Creemos que se debe prestar atención al entrecomillado que hace Polanyi al final de este pasaje. En efecto, tras indicarnos que el fascismo viene precisamente a rescatar al sistema capitalista de las interferencias democráticas (que a la postre no acaban resultado sino "interferencias socialistas"), tras constatar esto, decíamos, entrecomilla el adjetivo "intervencionista" cuando éste pretende adherirse al fascismo. Y lo hace, precisamente, para deshacer un equívoco, toda vez que dicho adjetivo suele aplicarse a medidas de intervención y reglamentación de la vida económica, siendo así que Polanyi concibe al fascismo como una potencia política que deja intacta la estructura de la propiedad capitalista y que deroga toda la legislación protectora de los derechos laborales tejida y conquistada por las clases trabajadoras. Es decir, entrecomilla lo de "intervencionista" precisamente porque el fascismo, en lo económico, fue bastante liberal y bastante poco dado a interferir en los intereses de los grandes capitanes de la industria y de los magnates de las finanzas.

Y, por otro lado, también entrecomilla el adjetivo "liberales" cuando de lo que se trata es de Mises y sus epígonos, ya que éstos desconfían absolutamente de las formas republicanas de democracia que pretenden intervenir en la vida económica reglamentando la actividad industrial o codificando derechos laborales. Es decir, los liberales austriacos, con los que Polanyi discutía en Viena, tenían claro que un desarrollo real y profundo de las instituciones republicanas y democráticas del liberalismo político podría conducir, a medio y largo plazo, a una terrible deriva socialista de intervención económica.

El vienés Karl Popper argumentaba en *The Open Society and Its Enemies*, aparecida en 1945, que las grandes similitudes dadas entre el marxismo y "su contraparte fascista" denotaban en realidad una raíz intelectual casi idéntica en ambos movimientos y programas (Popper, [1945] 1994: 268). Polanyi, completamente opuesto a semejante interpretación, vislumbra claramente las alternativas que se presentan. "Básicamente, hay dos soluciones: extender el principio democrático de la política a la economía o abolir por completo la «esfera política» democrática" (Polanyi [1935] 2012: 227). La primera alternativa, que es el socialismo, implica la desaparición de una esfera económica de funcionamiento autónomo y autorregulado, pues ahora es el ámbito público y político el que toma las riendas, en las múltiples maneras en las que esto puede hacerse, de la

producción y la distribución de bienes y servicios, y “en ese caso, la esfera política democrática pasa a ser el todo de la sociedad. Esto es, esencialmente, el socialismo” (*Op. Cit.*). Por el contrario, la alternativa fascista supondría una aniquilación de la esfera de la intervención política democrática en la configuración de la vida económica. “Tras la abolición de la esfera política democrática, sólo queda la vida económica. El capitalismo, en cuanto organizado en las diferentes ramas de la industria, se convierte en el todo de la sociedad. Tal es la solución fascista” (*Op. Cit.*). En ese sentido, cabe decir que el fascismo es esencialmente anti-republicano, pero nunca verdaderamente anti-capitalista.

Es muy importante entender, por lo tanto, que para Polanyi el corporativismo fascista no implica en absoluto un Estado construido *contra* la lógica del sistema capitalista. “Lejos de extender el poder del Estado democrático a la industria, por ejemplo, el fascismo se dedicó a extender el poder de la industria autocrática por encima del Estado y, de esa forma, a destruir la base misma de la democracia política” (Polanyi [1937] 2012: 243). A los dueños del poder económico privado, en un proceso de des-empoderamiento de todas las instituciones políticas republicanas, se les otorga plena libertad en la organización de las relaciones sociales de producción, mientras se construye la centralización autoritaria y autócrata de una instancia ejecutiva antidemocrática que aniquila toda la vida parlamentaria y legislativa y prohíbe, en un mismo movimiento, toda intervención sindical.

A la luz de estos textos Polanyi no parecería muy dispuesto a asumir que la razón última del fascismo estuviera ya incoada en la forma moderna de Estado en cuanto tal. Tal tesis podría venir a decirnos que dicha forma albergaba dentro de sí una vocación totalitaria implícita, cuya manifestación en los años treinta del pasado siglo no hubiera sido sino el desarrollo último de una *ratio* siempre presente (Adorno y Horkheimer, [1944] 2004). Muy lejos de estos postulados, Polanyi nos dice que el fascismo arremete contra todas las instituciones del liberalismo político de la tradición republicana, pero a su vez deja plenamente operativa y vigente la estructura productiva del capitalismo y las relaciones de propiedad a él inherentes. “El fascismo es esa forma de solución revolucionaria que mantiene al capitalismo intacto” (Polanyi, [1934] 2012: 233). Y lo deja tan intacto que, en efecto, los hombres quedan enteramente reducidos a su más estricta dimensión económico-técnica, sobre la cual han perdido todo poder de intervención política y regulación democrática. “Según el orden estructural del fascismo, los seres humanos son considerados como productores y sólo como productores” (Polanyi [1935] 2012: 228). Las relaciones capitalistas, en suma, quedaban protegidas *manu militari*.

Es evidente que los *fascios* italianos fueron, entre 1918 y 1922, muy tolerados por los gobiernos liberales mientras con total impunidad asaltaban sedes sindicales, agredían a huelguistas, destrozaban ateneos populares, arrasaban locales de prensa socialistas y anarquistas y desarticulaban, en suma, todo el tejido institucional y político que el movimiento obrero había ido trabando durante años. En un discurso dado en Udine en Agosto de 1922, Mussolini no podía ser más explícito:

“Queremos despojar al Estado de todos sus atributos económicos. Basta de Estado ferroviario, basta de Estado cartero, de Estado asegurador. Basta de Estado trabajando a expensas de todos los contribuyentes y agotando las finanzas de Italia. Le queda la policía, la educación de las nuevas generaciones, el ejército que debe garantizar la inviolabilidad de la patria, y le queda la política exterior” (Tasca [1938] 1969: 280).

El Estado proyectado por el *duce* es abiertamente liberal en lo económico, pues sólo

ha de cumplir las funciones de seguridad policial y defensa militar, absteniéndose de intervenir en la vida industrial o de asumir prerrogativas económicas; y al mismo tiempo, en el programa fascista las libertades políticas republicanas han de ser completamente aniquiladas.

Las pretensiones del fascismo, en efecto, y a pesar de la retórica antiburguesa y anticapitalista que abundaba en algunos de sus manifiestos, en modo alguno habían sido dirigidas hacia la construcción de una sociedad post-capitalista. “Estamos irreparablemente separados de todas las sectas socialistas, porque rechazamos todo internacionalismo, sea el que sea, toda intervención del Estado en la vida económica, sea la que sea” (Tasca [1938] 1969: 284). Mussolini, no en documentos internos, sino en el *Il Popolo d'Italia*, lo proclamaba con rotunda claridad: “En materia económica somos liberales en el sentido clásico de la palabra” (*Op. Cit.*: 186). Resulta palmario que, a lo largo de todo aquel período, los liberales italianos no condenaran ni una sola vez el terrorismo de los *fascíos*, y los órganos intelectuales y publicitarios de la gran industria de la Italia septentrional reproducían una y otra vez la visión de los fascistas, cuando éstos argüían que sólo imponían el orden respondiendo a las “provocaciones rojas” (Domènech, 2004: 265).

Es cierto, no obstante, que puede argumentarse con Nolte que el fascismo no ha sido únicamente un “puro antimarxismo” (Nolte [1968], 1971: 29), ya que las líneas de separación política no coinciden plenamente con la estructura económica de clases, lo cual se traduce en un complejo campo político dentro del cual hay sectores importantes de la burguesía que permanecen en una posición antifascista y algunas capas de la clase trabajadora que ingresan briosamente en el movimiento. “Con respecto a la burguesía, el fascismo se hallaba en la singular relación de una identidad no idéntica. Quiso ser el campeón de la principal intención burguesa: la lucha contra el intento revolucionario marxista frente a la sociedad burguesa en su totalidad. Pero emprendió esa lucha con métodos y fuerzas que eran extrañas a las tradiciones intelectuales y vitales burguesas” (*Op. Cit.*: 81). El movimiento fascista se componía de elementos que históricamente no formaban parte del acervo político e intelectual burgués, ciertamente, y las nuevas mitologías políticas de tendencia irracionalista y furibundo nacionalismo violento fueron paulatinamente desplazando, dentro del universo ideológico europeo, al positivismo burgués. Pero no puede ponerse en duda, empero, que la intensidad de este nuevo movimiento fue una munición inestimable que los dueños del poder económico, en un contexto de intensificación de la lucha de clases, lanzaron contra las poderosas organizaciones obreras. “Todos estos caracteres no son italianos, sino completamente comunes a Europa. Con la expansión del sistema liberal, su crisis también había alcanzado hasta las fronteras de Europa: ligas militarizadas de voluntarios, de orientación antibolchevique, se dieron casi en todas partes” (*Op. Cit.*: 83).

No hay que olvidar tampoco, en ese sentido, que el discurso de Hitler en el Club Industrial de Düsseldorf, en 1932, y al que Polanyi hacía referencia, se produce ante la flor y nata de los grandes capitanes de industria y ante los miembros más destacados del gran capital financiero, muchos de los cuales sufragaron el movimiento. Lo que allí Hitler les dice es que sin ellos ya no habría burguesía en Alemania, pues el bolchevismo habría acabado con ella hacía tiempo (Polanyi [1933b] 2010). Y si esa gran burguesía había de pervivir el país habría de ingresar en una nueva etapa de férrea disciplina que era, antes que nada, disciplinamiento de la clase obrera institucionalizada y organi-

zada, como señalaba Arthur Rosenberg: "Los amos de la industria pesada alemana y los grandes capitalistas [...] fueron grandes promotores de la idea nacionalista desde el primer momento, pues veían en ella un medio para destruir los odiados sindicatos y, sobre todo, la influencia popular de los socialistas" (Rosenberg, [1934] 1972: 133). Las grandes dinastías industriales de Alemania conservaron impolutas sus relaciones de dominio económico, y la aniquilación por parte del régimen nazi de toda organización obrera independiente no podía sino engrasar a la perfección dicho dominio (Neumann, [1942] 1983). Hablar de "socialismo nazi" implica la utilización de una mera fórmula efectista y demagógica que mistifica la verdadera naturaleza nacionalista-imperialista de un régimen que en ningún momento programó alterar las relaciones de producción capitalistas (Collotti [1962] 1972).

El historiador Jacques R. Pauwels muestra el enorme interés que muchos magnates industriales norteamericanos tenían en el proyecto nacionalsocialista, toda vez que muchas de sus filiales en Alemania estaban viendo quintuplicados sus beneficios durante el Tercer Reich. Algunos incluso profesaban una admiración explícita hacia Hitler, pues la economía alemana, gracias a él, se encontraba libre de interferencias sindicales y de normas jurídicas protectoras del derecho laboral, lo cual generaba unas condiciones muy favorables para las inversiones industriales en suelo alemán. Porque, a pesar de una cierta fraseología revolucionaria presente en el primer programa nacionalsocialista, adornada con imágenes retóricas anticapitalistas, el fascismo era en realidad muy bueno para el mundo de los negocios. "Durante el Tercer Reich y con el vacío político y sindical creado, los trabajadores eran poco más que siervos sin derechos laborales, a los que se prohibía ir a la huelga o cambiarse de trabajo y a los que se mantenía el salario deliberadamente bajo" (Pauwels, [2000] 2002: 37). Un contexto así era estructuralmente óptimo para las rentas del capital. Y era óptimo, precisamente, por lo que acierta en señalar Pauwels, esto es, por el "vacío político y sindical" generado por el nuevo régimen.

Un liberal de la talla de Walter Lippmann lo decía explícitamente: "Las huelgas y los paros se suprimen sin misericordia, como actos de traición a la seguridad del Estado" (Lippmann, [1937] 1940: 74). Pero tal vez suponga un reduccionismo extremo, propio de la Tercera Internacional, aseverar que el fascismo fue nada más que "una dictadura terrorista del gran capital" (Gentile, [2002] 2004: 54), y no se ha de olvidar que este complejo movimiento político posee una especificidad propia que no lo convierte en una derivación ineludible de la propia estructura capitalista, pues su génesis histórica es parcialmente exógena (sólo parcialmente) con respecto a dicha estructura. Pero, evidentemente, al ascenso del fascismo, apenas controlado en su dirección e intensidad por las clases capitalistas, supuso un revulsivo histórico para éstas en su afán de contrarrestar los avances políticos de la clase obrera organizada. Y ello a pesar de la desconfianza inicial, como observaba Sweezy:

"La actitud de los capitalistas hacia el fascismo es al comienzo de reserva y recelo, desconfían de él sobre todo por sus ataques desaforados al capital financiero. Pero a medida que el movimiento se extiende y gana el apoyo popular, la actitud de los capitalistas sufre una transformación gradual. Su propia posición es difícil, cogidos como están entre las demandas de la clase obrera organizada y el «cerco» de potencias capitalistas rivales. Ordinariamente, en tales circunstancias, la clase capitalista haría uso del poder del Estado para someter a los obreros y mejorar su propia situación internacional, pero ahora este camino está cerrado para ella. El Estado es débil y los obreros participan en su control. Por consecuencia, el fascismo, una vez que demostró su derecho a ser tomado en serio, pasa a ser

considerado como un aliado potencialmente valioso contra los dos peores enemigos de los capitalistas, los obreros de su propio país y los capitalistas de los países extranjeros" (Sweezy, [1942] 1945: 365).

Esa alianza oportunista y táctica será el único medio que el gran capital hallará para desbloquear su esclerosis, el único método radical con el que podrá activar de nuevo su autoexpansión. Debido precisamente a esa fuerte influencia y relativo control del Estado por parte de la clase obrera, los grandes capitalistas hallaban enormes resistencias y obstáculos para embarcar a la nación en nuevas aventuras imperiales, amén de la fuerte legislación anticapitalista que encontraba en el interior. El enemigo a batir estaba bien localizado, como señala Gentile: "El fascismo se colocó inmediatamente a la cabeza de las reacciones burguesas antiproletarias, con sus brigadas armadas, organizadas militarmente (*squadrismo*), que en pocos meses destruyeron gran parte de las organizaciones proletarias" (Gentile, [2002] 2004: 29). La ofensiva anti-proletaria en defensa de la nación y de la propiedad acreditó al fascismo como baluarte protector de la gran burguesía e incluso de buena parte de las clases medias y la pequeña burguesía.

"Valiéndose de los instrumentos del terror, la censura y la propaganda, los caudillos fascistas inculcaron en las masas la doctrina de que sus verdaderos enemigos no eran las clases privilegiadas de casa, sino las naciones privilegiadas del exterior. La transición de la psicología de la guerra de clases a la guerra nacionalista, es muy fácil" (Lippmann, [1937] 1940:163).

La guerra de clases, en ese contexto, se desvía hacia una exaltación de la tensión nacional volcada hacia la exterioridad de una guerra imperial. El nacionalismo y el militarismo, "hermanos siameses" (Sweezy, [1942] 1945: 338), sufren una metamorfosis en las sociedades avanzadas para reubicarse dentro de la nueva matriz geopolítica de las luchas imperiales de las naciones industriales. De ello se deduce, ciertamente, que adquieren un nuevo carácter, pero siempre teniendo en cuenta que el nacionalismo no puede comprenderse como una mera invención pragmática y estratégica de las clases capitalistas, ya que la idea de nación permeaba amplias capas de la población ya desde la emergencia misma de las sociedades modernas. Puede decirse que los dueños del capital supieron insuflar una cierta intensidad y una cierta dirección a los exaltados sentimientos nacionales de buena parte de las masas, con el objeto de aplacar la conflictividad social proveniente de los antagonismos de clase. Y lo que sí es cierto, al llegar a esta fase, es que el poder de la legislatura (*Gesetzgebung*) va decreciendo constantemente frente a un incremento notable y sustancial del poder ejecutivo (*Verwaltung*), algo que no podía sino entusiasmar a los directores de la economía capitalista:

"Con el estrechamiento de las filas de clase y la creciente agudeza del conflicto social, el parlamento se convierte cada vez más en un campo de batalla de los partidos antagónicos, que representan intereses divergentes de clase y de grupo. Mientras que por una parte declina la capacidad del parlamento para realizar actos positivos, por otra aparece la creciente necesidad de un fuerte estado centralizado [...] En tales circunstancias, el parlamento es obligado a abandonar una tras otra sus apreciadas prerrogativas y a ver cómo se forja bajo sus propias narices la autoridad centralizada y no controlada contra la cual, en su juventud, había luchado tan ruda y felizmente" (Sweezy, [1942] 1945: 350).

Cuando el parlamentarismo y, en general, el orden constitucional, empezaron a constituir una rémora para los intereses de los dueños de la economía privada, no hubo piedad a la hora de dinamitarlos.

3. Economía de libre mercado y democracia: una tensión antagónica

Otto Bauer, gran exponente del austromarxismo y cabeza de la socialdemocracia austriaca (llegó a ser por un breve lapso de tiempo Ministro de Asuntos Exteriores de la recién nacida República de Austria) advertía que el fascismo vence en una coyuntura histórica en la que el proletariado está ya debilitado y a la defensiva, aunque su propaganda diga que las escuadras fascistas están ahí para defender a la nación del bolchevismo y su inminente revolución (Bauer, [1934] 1972). Lo que ocurre en realidad es que la clase capitalista y los grandes terratenientes ceden el poder a los cuadros fascistas para destruir las conquistas sociales de la clase trabajadora y aniquilar a los sindicatos y a todas las organizaciones políticas obreras.

“En la democracia burguesa domina la clase capitalista, pero bajo la constante presión de la clase obrera, a la que una y otra vez ha de hacer concesiones. La continua lucha del socialismo reformista y de los sindicatos por salarios más elevados, reducción de la jornada de trabajo, e implantación de una legislación y administración de seguridad social, durante las épocas de auge capitalista no constituye, naturalmente, ningún peligro para el capitalismo; al contrario, contribuye a darle un nivel técnico, social y cultural más elevado. En cambio, durante las graves crisis económicas que sucedieron a la guerra mundial, las conquistas del socialismo reformista le parecían a la clase capitalista otros tantos obstáculos a la marcha «normal», es decir, determinada únicamente por las variaciones de la tasa de beneficio, de los procesos de producción y circulación. Su criterio es negar toda concesión ulterior y revocar las ya hechas a la clase obrera. Esto lo impiden las instituciones democráticas; en consecuencia, decide combatirlas” (Bauer, [1934] 1972: 162).

La clase capitalista, viene a decir Bauer, tolera a regañadientes las conquistas democráticas del socialismo mientras su tasa de beneficio se mantiene estable. Ahora bien, una crisis en el crecimiento de dicha tasa empieza a transmutar esa relativa tolerancia en encono antisocial y antidemocrático, ya que las conquistas democráticas de la clase obrera emergen entonces como intolerables escollos que obstaculizan el “normal” desarrollo del proceso de acumulación y valorización del capital. Y es entonces cuando la burguesía se echa en manos del fascismo.

Explicar el fascismo apelando a una presunta agresividad enraizada en la naturaleza humana, como señalaría Ernest Mandel ([1969] 2011), es una tentativa explicativa absolutamente débil, puesto que la agresividad humana se ha manifestado en múltiples e innumerables movimientos históricos enormemente distintos entre sí. Pero la violencia política específicamente fascista está íntimamente vinculada con el desarrollo del capital monopolista. “Nunca se preguntan la cuestión fundamental: ¿el régimen fascista, niega o verifica las leyes inmanentes que rigen el desarrollo del modo de producción capitalista?” (Mandel, [1969] 2011: 21). Y la respuesta parece tener que ver no ya con una mera crisis clásica de superproducción, sino con una crisis estructural de hondo calado.

“El auge del fascismo es la expresión de una grave crisis social del capitalismo maduro [...] Se trata, fundamentalmente, de una crisis de reproducción del capital, es decir, de la imposibilidad de proseguir una acumulación «natural» de capital [...] La función histórica de la toma del poder por los fascistas consiste en modificar por la fuerza y la violencia las condiciones de reproducción del capital en favor de los grupos decisivos del capital monopolista” (Mandel, [1969] 2011: 34).

En semejante contexto el objetivo de la burguesía es renunciar al control político democrático para configurar una centralización ejecutiva y autoritaria que blinde, en definitiva, sus intereses económicos y destruya implacablemente todas las conquistas de derecho social y democracia popular obtenidas por el movimiento obrero, y todo ello

a través de una enorme movilización de masas que acabe diezmando y desmoralizando (y aniquilando físicamente) a la sección más consciente y organizada de la clase trabajadora.

El mismísimo Ludwig von Mises, uno de los grandes contrincantes teóricos y políticos de Polanyi, en su trabajo *Liberalismus*, de 1927, anunciaba que el fascismo había supuesto un dique de contención necesario y valioso para frenar el avance del socialismo:

“Pero la verdad es que, en el fondo, lo que atrae a los seguidores, declarados y encubiertos, del fascio es su voluntad firme de recurrir a la violencia, espíritu del que, por lo visto, los liberales carecen [...] Pensamiento incorrecto. No cabe contrarrestar el asalto más que contraatacando con no menor energía. Frente a las armas comunistas, armas todavía más poderosas debemos utilizar” (Mises, [1927] 1977: 69).

Mises asevera de manera explícita que el fascismo es un “mal menor” y una “solución de emergencia” que puede utilizarse para defender la civilización de las arremetidas del bolchevismo, y no duda de que el fascio puede y deber ser un aliado táctico y estratégico de la civilización liberal.

“El fascismo atrae a gentes horrorizadas por las infamias comunistas [...] El fascismo combate al marxismo prohibiendo la difusión del ideario y aniquilando a quienes lo propagan. Pero eso es inefectivo; si, de verdad, en tal pugna, se quiere vencer, no hay más remedio que recurrir al mundo de las ideas; y, en tal terreno –notémoslo bien– sólo hay una filosofía que pueda eficazmente desarticular el pensamiento marxista: la teoría del liberalismo” (Mises, [1927] 1977:70).

Doctrina económica liberal y terror fascista convergían en una simbiosis evidente:

“El actual triunfo fascista en ciertos países es tan sólo un episodio, un episodio más de la larga lucha en torno al derecho de propiedad [...] Admitamos que los dictadores fascistas rebosan de buenas intenciones y que su acceso al poder ha salvado, de momento, la civilización europea. La historia no les regateará tales méritos” (Mises, [1927] 1977: 70).

Lo que podemos comprobar es que la estructura jurídica del Estado de Derecho se convierte en un obstáculo para el crecimiento de la tasa de beneficio, precisamente porque dicha estructura ha permitido aquilatar derechos sociales que ralentizan el libre despliegue del capital. “Sometida a las limitaciones de la ordenación jurídica democrática, [la burguesía] no tiene fuerza suficiente para someter al proletariado con medios legales, por medio de su aparato estatal legal. Pero tiene fuerza suficiente para formar y equipar un ejército privado irregular, ilegal, y lanzarlo contra la clase obrera” (Bauer, [1934] 1972: 163). En un momento dado las estructuras democráticas, en tanto que posibilitadoras y sustentadoras de legislación social, suponen una camisa de fuerza para los dueños del capital, y tratan de zafarse de ella.

Hemos de recordar que ya el propio Engels en el prólogo de 1895 a *Las luchas de clases en Francia* y del que, por cierto, Bernstein quiso extraer todas sus consecuencias (Bernstein [1898] 1990), advertía que la extensión del sufragio universal implicaba una herramienta poderosísima de cara a potenciar la musculatura del movimiento obrero socialista. Es verdad que Engels no se hacía vanas ilusiones estratégicas, y concedía que la táctica violenta e insurreccional habría de seguir cumpliendo un papel muy importante en determinadas situaciones. Pero entendía, no obstante, que la clase obrera organizada, ocupando de una manera cada vez más intensa la institucionalidad democrática, podría llegar a doblegar al enemigo de clase con mayor eficacia.

Las clases propietarias, en efecto, desbordadas en el interior de su propia legalidad, habrían de convertirse en las enemigas de un aparato institucional que ellas mismas habían venido dominando hasta entonces. Decía Engels:

“La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los «revolucionarios», los «elementos» subversivos», prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión [...] Y si nosotros no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos” (Marx, [1891] 1979:24).

El proletariado disputaría a la burguesía cada puesto de la representación municipal y estatal, y la masa podría ejercer su fuerza de choque a través de un éxito electoral apabullante, más incluso que con la pólvora y la barricada organizada y dirigida por una minoría consciente de vanguardia. Pero este creciente asalto por parte de la clase obrera a la legalidad de las instituciones republicanas, asalto democrático, habría de ser abortado sangrientamente años después con la intervención del movimiento fascista, precisamente cuando la burguesía empezaba a perder posiciones y a quedar democráticamente arrinconada. El fascismo acabó dándole la razón a Engels y la burguesía, a la postre, no tuvo más remedio que perpetuar su dominio haciendo saltar por los aires la legalidad democrática y constitucional.

En ese sentido, resulta muy interesante comprobar cómo el capitalismo es internamente incompatible con la democracia, según el propio criterio de Bauer. Y lo es no ya por la imposibilidad de que una fuerza social mayoritaria pretenda aniquilar o reestructurar desde el Parlamento las relaciones de propiedad existentes, sino que más modestamente, y dejando dichas relaciones intactas, porque la simple configuración parlamentaria de regulaciones restrictivas al poder del capital supone ya un obstáculo intolerable para las clases dominantes; tan intolerable que están dispuestas a pulverizar el orden constitucional y el Estado de Derecho y a incendiar el parlamento y el poder legislativo. Y es por ello que el fascismo viene, en ese contexto, a liberar al capital de todo obstáculo interpuesto, legislativamente, por la clase obrera. “Pero, aunque capitalistas y grandes terratenientes conserven su dominación de clase también bajo la dictadura fascista, lo que se pierde con el establecimiento de ésta son las inhibiciones, los frenos con que la democracia burguesa limitaba esa dominación de clase” (Bauer, [1934] 1972: 165). El domino del capital sobre el trabajo, en el régimen fascista, ya no tendrá necesidad ni de pasar por el trámite parlamentario:

“Aunque el verdadero poder [dentro de un régimen democrático liberal] fuese patrimonio de la burguesía, existía la limitación representada por el peso de las masas de electores proletarios y la fuerza de las organizaciones proletarias. El fascismo destruye todos los derechos de libertad individual, anula la libertad de las elecciones y destruye las organizaciones proletarias; con ello, la clase proletaria es privada totalmente de sus derechos y poderes [...] La contrarrevolución, por consiguiente, representa el paso de la dominación de clase de toda la burguesía, limitada por las instituciones democráticas, a la dominación ilimitada de la clase de los grandes capitalistas y terratenientes” (Bauer, [1934] 1972:166).

El propio Bauer, tras el fracaso de la insurrección obrera de Viena, la misma Viena de la que ya había huido Polanyi y sobre la que planeaba la embestida inminente de las fuerzas fascistas, hubo de comprobar dramáticamente y en primera persona sus propias tesis.

4. Democracia y orden liberal

Frente a todas las fatídicas admoniciones de la tradición liberal que insistían una y otra vez en la intocable beatitud de la “libertad económica”, madre al parecer de todas las libertades humanas imaginables (Jewkes, [1948] 1950), insistía Karl Polanyi en su re-

clamo de que la vida social había de volver a restituirse y a tomar el control frente a los poderes independizados, liberados y anómicos de un sistema de mercado que a punto estuvo de determinar de manera absoluta, esto es, de fagocitar de manera totalizadora, todos los lazos que componían la comunidad humana. "Hoy debemos afrontar la tarea fundamental de restituir la plenitud de la vida de la persona, aunque esto signifique una sociedad menos eficiente desde el punto de vista tecnológico" (Polanyi, [1947] 1994: 251). La lógica del mercado, con sus componentes productivistas y sus criterios maximizadores, había de ser intervenida, aunque ello supusiera quebrar la dinámica expansiva del aparato tecno-mercantil. Una nueva institucionalización de lo económico podría y debería acarrear la implantación de un cuerpo normativo en el que los criterios de eficiencia social no estuvieran ya vinculados al objetivo absoluto de la máxima ganancia. Todo lo cual implicaba, desde luego, arrancar el control de la vida económica a los dueños privados del capital para, de algún modo, entregar dicho control a una instancia política democratizadora.

Resulta muy pertinente, dentro del contexto polémico que aquí estamos tratando de esbozar, mencionar las tesis de Friedrich Hayek, el gran discípulo de Mises, cuando el austriaco reflexiona sobre las relaciones entre liberalismo y democracia política, y precisamente porque en su dilucidación en absoluto quedan identificados: "El liberalismo es, pues, incompatible con una democracia ilimitada" (Hayek [1966] 2010: 91). Tan categórica afirmación es crucial; en efecto, la democracia, aunque sea parlamentaria, garantista y constitucional, aunque respete la división de poderes y la producción de normas esté sujeta a normas, aunque cumpla todos esos requisitos, puede degenerar en tiranía y esclavitud en el preciso momento en el que se decida intervenir en la libertad económica, esto es, en el momento mismo en el que se legisle para corregir o rectificar algún resultado producido por la "espontaneidad de mercado".

Para ilustrar lo anterior, Hayek pone un ejemplo de vulneración del orden liberal a manos de la «democracia ilimitada», como él la denomina.

"Más dudosa aún es la compatibilidad de la concepción liberal de la igualdad con otra medida que sin embargo obtuvo un amplio apoyo en los círculos liberales. Se trata del impuesto progresivo sobre la renta como medio para alcanzar una redistribución de la renta a favor de las clases más pobres" (Hayek, [1966] 2010: 90).

El hecho de que un liberalismo consecuente llevado hasta sus últimas consecuencias no pueda ni deba permitir ni siquiera una intervención política de corte fiscal en la distribución de la renta lleva a Hayek a recelar abiertamente de la compatibilidad de un verdadero orden liberal con la democracia; y más cuando esta democracia se expande más allá de su función limitada y reducida para entroncarse en elementos de fuerte participación popular. Es lo que Walter Lippmann, escritor liberal bien conocido por Polanyi, denominaba "evolución enfermiza" de una democracia que, si era radical y jacobina, no podía constituirse en conciliación con un Estado liberal (Lippmann [1955] 1956: 80). El liberalismo llevado al extremo emerge aquí como una figura eminentemente demofóbica, pues un liberal coherente quiere hacer prevalecer la libertad económica contra cualquier forma de poder, aunque éste sea un poder democrático y popular.

Creemos que Polanyi es una figura irrenunciable a la hora de desactivar todo el armazón de las identificaciones construidas por los doctrinarios liberales, que hacen coincidir de manera necesaria y natural democracia política y liberalismo económico, como si aquélla fuera consustancial a éste. En ese sentido, Polanyi engarza bien con el pen-

samiento posterior de Bobbio: "Un Estado liberal no es por fuerza democrático: más aún, históricamente se realiza en sociedades en las cuales la participación en el gobierno está muy restringida, limitada a las clases pudientes. Un gobierno democrático no genera forzosamente un Estado liberal" (Bobbio [1985] 1989: 7). Es evidente que los avances en la extensión del sufragio universal y los procesos de empoderamiento popular fueron cuajando y articulándose en una restricción de los ámbitos de la libertad económica, siendo así que, y en eso tenía razón Hayek, el avance de la democratización social puede mermar la estabilidad y la consistencia de un Estado liberal. Por ello, el contraste entre los avances democratizadores y el liberalismo económico nunca fue más agudo que en la segunda mitad del siglo XIX, y lo siguió siendo aún con mayor intensidad durante el XX.

Los análisis históricos polanyianos muestran que la economía de libre mercado hubo de precisar, en el pasado para su emergencia y en el presente para su supervivencia, fuertes dosis de intervención gubernamental y violencia estatal (Polanyi, [1944] 2003). Porque, como bien señalara Franz Neumann, un autor que siempre ocupó un lugar periférico en el conocimiento e interpretación de la Escuela de Frankfurt, el liberalismo económico siempre fue, desde sus mismos orígenes, compatible con diversas formas históricas de teoría y práctica política, incluidas las del absolutismo (piensa en Hobbes) y el autoritarismo (piensa en Pareto). "Liberalismo económico y liberalismo político no son gemelos" (Neumann, [1951] 1968: 241).

Polanyi sostiene que no debe confundirse, por lo tanto, la mera libertad empresarial o comercial con la libertad personal. Y, de la misma manera, entiende que es imprescindible y perentorio ponerle límite y control a la economía de empresa privada para que la gente común pueda obtener determinadas libertades fundamentales, pues éstas últimas no emanan naturalmente de la economía de libre mercado. Polanyi tiene muy claro que las condiciones de la libertad pueden emerger allí donde una institucionalidad regula e interviene en el proceso económico, esto es, allí donde una economía en sentido substantivo es organizada con arreglo a criterios democráticos y participativos que tengan por objetivo primordial la integración social de las gentes comunes, destruyendo la tiranía del sistema de mercado y no acatando como inexorable e inmodificable la legalidad económica de dicho sistema (Polanyi, [1944] 2003). Karl Mannheim, que también incidió en el fracaso de la civilización basada en el *laissez-faire*, un hundimiento que terminó con una transición hacia una nueva era dominada por distintas formas de planificación, comprendía que ésta podía adquirir formulaciones autoritarias y dictatoriales, pero insistía en no renunciar por principio a una planificación de tipo democrático. Era viable y posible una "planificación para la libertad" (Mannheim, [1943] 1966: 15), un sintagma que para la tradición del liberalismo económico no podía sino constituir un oxímoron.

También para Polanyi democratizar la organización industrial y dignificar la vida laboral implica contravenir (regular, modular, reglamentar) la libertad del mercado. Es decir, para promover y proteger la libertad material de las mayorías sociales era preciso, no cabe duda, desvirtuar la libertad económica del sistema de mercado, interviniéndola o incluso subvirtiéndola si fuera preciso. El fascismo, en ese sentido, abortó todo proyecto de democratización económica.

En un trabajo de 1934 que lleva por título *Fascism and Marxian Terminology*, Polanyi arremete contra esa concepción que concibe la democracia nada más que como un epi-

fenómeno burgués destinado a encubrir y mistificar la dominación de clase. Pero ojo, parece que Polanyi tiene claro que tal concepción es manejada por los vulgarizadores de la escolástica marxista y no por el propio Marx.

“En la sociología seudomarxista, la democracia se define como la superestructura política apropiada del capitalismo. Conforme a esta definición, el sufragio universal y las instituciones representativas en las que se basa son los corolarios del sistema económico capitalista. Los gobiernos democráticos, afirman los marxistas de viejo estilo, son entonces nada más que el consejo ejecutivo de los capitalistas en cuanto clase social. Es evidente que usar el término «democracia» de esta manera significa otro escollo para comprender el fenómeno del fascismo” (Polanyi [1934] 2012: 232).

Resulta decisivo comprender, nos dice Polanyi, que si la democracia no hubiera sido nada más que eso, a saber, nada más que la perfecta superestructura del sistema capitalista, si tal tesis fuese correcta, el fenómeno del fascismo quedaría enteramente inexplicable. En efecto, es la tesis diametralmente opuesta la que nos permite convertir en inteligible el fenómeno histórico del fascismo.

“Por la sencilla razón de que el fascismo no es sino el resultado de la mutua incompatibilidad entre la democracia y el capitalismo en nuestros tiempos [...] Si la democracia fuese verdaderamente la superestructura política apropiada para el capitalismo, nunca hubiera existido el fascismo [...] en una sociedad plenamente desarrollada es inevitable que aparezca un estancamiento funcional entre la política y la economía; la democracia pasa a ser un instrumento utilizado por la clase obrera para influir o ejercer presión, en tanto el capitalismo sigue siendo lo que era: el ámbito de la producción administrado bajo la exclusiva responsabilidad de los capitalistas. Esta incompatibilidad no consiste sólo en el hecho de que rijan principios opuestos en una y otra esfera. Las contradicciones ideológicas nunca tienen demasiada importancia, a menos que afecten una parte vital de la realidad social misma. Pero es precisamente la realidad social la que se encuentra afectada en grado sumo por esta contradicción. La gran mayoría de la población, dominada en el ámbito económico por los propietarios, se ha convertido ahora, real o potencialmente, en el factor decisivo de la política. Mas la clase constituida por los empleados sólo puede defenderse de los nefastos efectos producidos por las vicisitudes de la industria en su vida personal interfiriendo políticamente en todas las leyes automáticas que gobiernan los mercados capitalistas” (Polanyi [1934] 2012: 232).

Parece evidente que Polanyi subraya una tensión conflictiva ineludible entre democracia y sistema de mercado autorregulado; en efecto, cuando éste último amplía irrestrictamente su extensión se producen fenómenos parejos de desdemocratización e, inversamente, cuando las clases populares y trabajadoras hacen valer su capacidad de controlar y determinar el poder político se establecen fuertes inhibiciones institucionales y correctores legislativos al libre despliegue del sistema de libre mercado (De Castro y Pedreño, 2012). Y ha de notarse que Polanyi entendía que el “virus antidemocrático”, lejos de ser una pura novedad del fascismo de los años treinta, se había desarrollado de una manera más o menos latente al compás mismo de la sociedad industrial, en todas las fases de desarrollo de ésta (Polanyi, [1940] 2005: 278); esa pugna entre la institucionalidad democrática y la economía de mercado había atravesado diversas etapas, desde la época de los economistas clásicos, pasando por los grandes teóricos vieneses, y llegando incluso, tras la muerte de Karl Polanyi, a la gran contrarrevolución neoliberal de los años setenta del siglo XX (Valderrama, 2013).

El fascismo, por lo tanto, ante la irremediable y galopante crisis de la civilización liberal implantó a sangre y fuego una forma de poder autoritario que pulverizó todas las instituciones y cristalizaciones históricas del republicanismo político, incluidas formidables conquistas en el plano de la legislación social y el derecho laboral. En *The Essence of Fascism* Polanyi lo afirmaba con mucha rotundidad:

"En Europa central, si es que no en toda Europa, el sufragio universal incrementó en buena medida el impacto de la clase trabajadora industrial en la legislación económica y social y, cuando surgía una crisis de envergadura, los parlamentos elegidos por el voto popular tendían, invariablemente, a recurrir a soluciones socialistas. El ininterrumpido progreso del movimiento socialista, una vez que se permite la vigencia de la democracia representativa, constituye la experiencia histórica dominante del continente durante el período de la posguerra. De ahí emana el convencimiento de que el socialismo debe llegar con sólo dejar intacta la autoridad de las instituciones representativas. Por consiguiente, si el socialismo no debe ocurrir, la democracia debe desaparecer. Tal es la *raison d'être* de los movimientos fascistas" (Polanyi [1935] 2012: 209).

Y es por ello que Polanyi considera la existencia de una suerte de "perversión de las funciones", reflejo vivo de un antagonismo irreductible, en el sentido de que los dueños del capital y de la gran industria intentan revertir, desnaturalizar o directamente inutilizar todos los mecanismos democráticos de intervención política en la economía; mientras que, por el contrario, los desposeídos intentan utilizar el poder político democrático para intervenir, regular o reglamentar los automatismos de la vida económica.

"La interferencia política en la economía y la interferencia económica en la política se han convertido en la norma. Los propietarios intentan debilitar, desacreditar y desorganizar el aparato político de la democracia por todos los medios a su disposición, sin tomar mínimamente en cuenta los gravísimos peligros que amenazan a la comunidad en su conjunto cuando se paralizan las funciones reguladoras y legislativas de la democracia. El Parlamento, consciente o inconscientemente, debilita, desacredita y desorganiza la maquinaria económica del capitalismo cuando trata de impedir que su mecanismo autorregulador reinicie el ciclo de producción a costa del sacrificio de incontables vidas humanas" (Polanyi [1934] 2012: 233).

Polanyi, partiendo de la tesis que enuncia la radical incompatibilidad entre capitalismo y democracia, intenta comprender la intervención histórica del fascismo en el ocaso de la civilización liberal. Pero, entiéndase bien, el polanyiano es un análisis perfectamente pertinente para comprender el devenir de las sociedades europeas contemporáneas, en la segunda década del siglo XXI. Y este análisis es, a su vez, una advertencia política.

5. Bibliografía

ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max. [1944] 2004. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.

BAUER, Otto. [1934] 1972. "El fascismo". Pp. 150-175, en *Fascismo y capitalismo: teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo*, editado por O. Bauer, H. Marcuse, W. Abendroth, A. Rosenberg. Barcelona: Martínez Roca.

BERNSTEIN, Eduard. [1898] 1990. *Socialismo democrático*, Madrid, Tecnos.

BISHOP, Jordan. 1993. "Karl Polanyi and Christian Socialism: Unlikely Identities". Pp. 162-178, en *Humanity, Society and Commitment: on Karl Polanyi*, editado por K. McRobbie. Montréal: Black Rose Books.

BOBBIO, Norberto. [1985] 1980. *Liberalismo y democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.

CANGIANI, Michele. 1998. *Economia e democrazia. Saggio su Karl Polanyi*. Padua: Il Poligrafo.

CANGIANI, Michele. 2000. "The Continuing Crisis of Democracy". Pp. 32-46, en *Karl Polanyi in Vienna. The contemporary significance of 'The Great Transformation'*, editado por K. McRobbie y K. Polanyi-Levitt. Montréal, Black Rose Books.

- COLE, George Douglas Howard. 1917. *Self-Government in Industry*. London: G. Bell and Sons.
- COLE, George Douglas Howard. 1920. *Guild Socialism Restated*. London: Leonard Parsons.
- COLE, George Douglas Howard. [1960] 1963. *Historia del pensamiento socialista VII. Socialismo y Fascismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- COLLOTTI, Enzo. [1962] 1972. *La Alemania nazi. Desde la República de Weimar hasta la caída del Reich hitleriano*. Madrid: Alianza.
- DALE, Gareth. 2010. *Karl Polanyi: the limits of the market*. Cambridge: Polity.
- DE CASTRO, Carlos y Andrés PEDREÑO. 2012. "El péndulo de Polanyi: de la desdemocratización a la resistencia social", *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 31: 9-24.
- DOMÈNECH, Antoni. 2004. *El eclipse de la fraternidad*. Barcelona: Crítica.
- GENTILE, Emilio [2002] 2004. *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid: Alianza.
- HARVEY, David. [2005] 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- HAYEK, Friedrich August von. [1966] 2010. *Principios de un orden social liberal*. Madrid: Unión Editorial.
- JEWKES, John. [1948] 1950. *Juicio de la planificación*. México: Aguilar.
- LIPPMANN, Walter. [1937] 1940. *Retorno a la libertad*. México: UTEHA.
- LIPPMANN, Walter. [1955] 1956. *La crisis de la democracia occidental*. Barcelona: Editorial Hispano Europea.
- MANDEL, Ernest. [1969] 2011. *El fascismo*. Madrid: Akal.
- MANNHEIM, Karl. [1943] 1966. *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México y Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Karl. [1891] 1979. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Moscú: Progreso.
- MAUCOURANT, Jérôme. 2006. *Descubrir a Polanyi*. Barcelona: Bellaterra.
- MENDELL, Marguerite. 1990 "Karl Polanyi and Feasible Socialism". Pp. 66-77, en *The Life and Work of Karl Polanyi*, editado por K. Polanyi-Levitt. Montréal y New York: Black Rose Books.
- MISES, Ludwig von. [1927] 1977. *Liberalismo*. Madrid: Unión Editorial.
- MOSSE, George. 2005. *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerra Napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- NEUMANN, Franz. [1942] 1983. *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- NEUMANN, Franz. [1951] 1968. "Economía y política en el siglo XX". Pp. 239-249, en *El Estado democrático y el Estado autoritario*, de F. Neumann. Buenos Aires: Paidós.
- NOLTE, Ernst. [1968] 1971. *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*.

Barcelona: Península.

PAUWELS, Jacques R. [2000] 2002. *El mito de la guerra buena. EE.UU en la Segunda Guerra Mundial*. Hondarribia: Hiru.

POLANYI, Karl. 1922. "Sozialistische Rechnungslegung", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 49(2): 377- 420.

POLANYI, Karl. [1925] 2014 "Nuevas consideraciones sobre nuestra teoría y nuestra práctica". Pp. 25-34, en *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, de K. Polanyi. Madrid: Capitán Swing.

POLANYI, Karl. [1932] 2012. "Economía y democracia", Pp. 197-201, en *Textos escogidos, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio*. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1933a] 2005. "Die geistigen Voraussetzungen des Faschismus". Pp. 216-221, en *Chronik der großen Transformation. Band 3*, editado por Michele Cangiani und Claus Thomasberger. Marburg: Metropolis.

POLANYI, Karl. [1933b] 2010. "Hitler et l'économie", Pp. 365-368, en *Essais, de K. Polanyi*. París: Seuil.

POLANYI, Karl. [1934] 2012. "El fascismo y la terminología marxista", Pp. 231-234, en *Textos escogidos*, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1935] 2012. "La esencia del fascismo", Pp. 203-229, en *Textos escogidos*, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1937] 2012. "Marx sobre el corporativismo", Pp. 241-249, en *Textos escogidos*, editado por J.L. Laville, M. Mendell, K. Polanyi Levitt y J.L. Coraggio. Buenos Aires: Clacso y Universidad Nacional de General Sarmiento.

POLANYI, Karl. [1940] 2005. "Der faschistische Virus", Pp. 279-295, en *Chronik der großen Transformation, Band 3*, editado por M. Cangiani und C. Thomasberger, Marburg: Metropolis.

POLANYI, Karl. [1944] 2003. *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.

POLANYI, Karl. [1947] 1994. "Nuestra obsoleta mentalidad de mercado", *Cuadernos de Economía*, 14 (20): 249-266.

POLANYI, Karl. [1957] 1976. "Aristóteles descubre la economía", Pp. 111-140, en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, editado por K. Polanyi, C. Arensberg y H. W. Peason. Barcelona: Labor.

POLANYI, Karl. [1977] 1994. *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.

POLANYI-LEVITT, Kari. 1993. "Karl Polanyi as Socialist", Pp. 115-134, en *Humanity, Society and Commitment: on Karl Polanyi*, editado por K. McRobbie. Montréal: Black Rose Books.

POLO, Jorge. 2013. "Karl Polanyi y la hybris economicista de la Modernidad", *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 46: 261-285.

POPPER, Karl. [1945] 1994. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.

ROSENBERG, Arthur. [1934] 1972. "El fascismo como movimiento de masas". Pp. 80-149, en *Fascismo y capitalismo: teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo*, editado por O. Bauer, H. Marcuse, W. Abendroth, A. Rosenberg. Barcelona: Martínez Roca.

STANFIELD, J. Ron. 1986. *The economic thought of Karl Polanyi. Lives and Livelihood*. Basingstoke: Macmillan.

SWEEZY, Paul Marlor. [1942] 1945. *Teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.

TASCA, Angelo. [1938] 1969. *El nacimiento del fascismo*. Barcelona: Ariel.

VALDERRAMA, Paula. 2013. "Contrarrevolución fascista y democracia neoliberal. El golpe y la transición en Chile desde una perspectiva polanyiana", *Revista Pléyade*, 11: 13-36.

Citacions i proposta bibliogràfica

Socialismo y proyecto social fascista

Oswald Spengler (1880 – 1936)

“La revolución alemana procede de una teoría. El instinto alemán, más exactamente prusiano, consistía en que el poder pertenece a la totalidad, a la que sirve el individuo, ya que la totalidad es soberana. El rey es sólo el primer servidor de un Estado (Federico el Grande). Cada uno recibe y mantiene su sitio, lo que es ordenado y obedecido. Esto es desde el siglo XVIII socialismo autoritativo, de esencia anti-liberal y anti-democrática, en relación al liberalismo inglés y la democracia francesa. También queda claro que el instinto prusiano es antirrevolucionario”¹

Arthur Moeller van den Bruck (1876-1925)

“Entendemos como socialismo alemán más bien una concepción corporativa del Estado y la economía, que quizás se debe lograr por medios revolucionarios, pero que luego quedará fijada de modo conservador [...] Ese socialismo alemán no es atomístico sino orgánico [...] Socialismo es para nosotros raigambre, jerarquía, organización”.²

Y sobre el socialismo igualitario

“El socialismo debe ser consciente de inmediato que Darwin no es una prueba a favor, sino contra él. El principio de selección natural contiene la refutación de cualquier orden social comunista”,³

Relaciones sociales y laborales en el fascismo

Oswald Spengler (1880 – 1936)

“Hay un trabajo de dirección y un trabajo de ejecución; y para todos los tiempos venideros constituye ésta la forma técnica fundamental de toda la vida humana. Tanto si se trata de la caza de un gran venado, la construcción de un templo, una operación bélica o una empresa agrícola, la fundación de una firma o la creación de un Estado, la preparación de una caravana, una rebelión o incluso un crimen, siempre debe haber ahí, ante todo, una mente emprendedora e ingeniosa, que tenga ideas, conduzca su ejecución, que ordene, que distribuya las tareas, en suma,

¹ Oswald Spengler, *Preussentum und Sozialismus* (München: Beck, 1920), p. 15.

² Arthur Moeller van den Bruck, *Jedes Volk hat seinen eigenen Sozialismus* (Oldenburg i.O.: Stalling, 1931), pp. 69-70.

³ Ibid., p. 31.

que para jefe haya nacido sobre otros que no lo son. Siempre habrá de haber ante todo una cabeza emprendedora e inventora, que tenga la idea, que dirija la ejecución, que mande, que distribuya la tareas; en suma, que sea jefe nativo de los que no son jefes [...] en la época de la empresa dirigida por el lenguaje no solamente hay dos clases de técnica, que de siglo en siglo se distinguen más rigurosamente, sino también *dos* clases de hombres, que se diferencian por sus aptitudes para *una* de ellas. En todo procedimiento existe una técnica de la dirección y otra de la ejecución; pero no menos evidente *hay por naturaleza* (sin cursiva en el original) hombres *nacidos para el mando* y otros nacidos *para la obediencia, sujetos y objetos de la práctica política o económica*. Esta es la forma fundamental de la vida humana que desde aquella transformación ha ido haciéndose cada vez más variada de aspecto. Y esa forma fundamental *sólo con la vida misma* podría eliminarse [...] Existe al fin una diferencia natural de *rango* entre los hombres que han nacido para mandar y los hombres que han nacido para servir, entre los dirigentes y los dirigidos de la *vida*. Esa diferencia de rango existe absolutamente; y en las épocas y en los pueblos sanos es reconocida involuntariamente por todo el mundo como un *hecho*, aun cuando en los siglos de decadencia la mayoría se esfuerce por negarla o no verla”.⁴

Mussolini:

“... saltaba al primer plano de la economía el gestor de la empresa, el jefe de la industria, el creador de la riqueza. El empleo mismo de la terminología militar prueba que los industriales pueden ser considerados «los cuadros» en el terreno productivo del gran ejército de los trabajadores ”.⁵

Antonio Benni, presidente de la Confindustria, en marzo de 1926:

“....incluso la fábrica es un pequeño Estado en el cual deben aplicarse los mismos principios de autoridad que gobiernan un Estado. Permitidme decir que del mismo modo que el Estado parlamentario fracasó en alcanzar sus objetivos, lo mismo sucede con la fábrica constitucional. La interferencia con la autoridad no es posible, en la fábrica sólo puede haber la jerarquía técnica que exige el mismo orden productivo. Insistir sobre este concepto, y sobre su completa aplicación, se corresponde perfectamente con las necesidades de la industria, los de la Nación, con el concepto fascista”.⁶

⁴ Oswald Spengler, *Der Mensch und die Technik. Beiträge zu einer Philosophie des Lebens* (München: Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1931), pp. 49-52.

⁵ Benito Mussolini, *Escritos y Discursos. VI desde el 1927 al 1928*, op. cit., p. 239.

⁶ Citado por Franklin Hugh Adler, *Italian industrialists from Liberalism to Fascism....*, op. cit., p. 367.

Francesco Mauro⁷, profesor del Politécnico de Milán, utilizará una metáfora organicista para definir esa condición:

“El patrono se sitúa en la empresa como en el orden natural, por lo tanto por encima y al frente de los miembros y reúne en sí las superiores facultades que impulsan, gradúan y ordenan acciones y reacciones”

Joaquín Garríguez (uno de los redactores del Fuero del Trabajo, profesor de derecho) en 1939, en Italia:

“En relación al empresario este amplio deber de fidelidad va inseparablemente unido al de subordinación, como literalmente expresa el FUERO DEL TRABAJO, donde también se formula el principio de la jefatura, cuando dice que “el jefe de la empresa asumirá por sí la dirección de la misma” (VIII, 3). Y, en verdad, no puede concebirse una explotación como comunidad de trabajo sin que exista una jerarquía, con facultades de mando por un lado y deberes de obediencia y subordinación por otro. Bajo el principio jerárquico modela nuestro Derecho vigente las relaciones dentro del establecimiento mercantil: al comerciante se le llama principal, de princeps, el primero, para destacar su posición jerárquica frente al personal. El comerciante es el primero en la jerarquía del establecimiento mercantil. El principal manda y no puede ser mandado por nadie. En cambio, el personal está obligado a obedecer al principal. El deber de obediencia es efecto de la subordinación y la subordinación implica dependencia de alguien. Por eso, los que integran el personal del comerciante son sus dependientes. La generalización de estas ideas a todas las empresas de cualquier índole, no es sino la aplicación al terreno económico-social del principio jerárquico del CAUDILLO, base de la organización política de nuestro Movimiento. Y claro es que esa potestad de mando que el FUERO DEL TRABAJO atribuye al jefe de la empresa, ha de ir lógicamente unida—y así lo está en el FUERO—a una declaración de responsabilidad personal del jefe frente al Estado por la orientación y rendimiento que imprima a la producción. Todo esto significa que en nuestro futuro régimen de trabajo en las empresas quedarán borrados hasta los últimos vestigios de una organización democrática, al uso del socialismo evolucionista, que pretende introducir el régimen parlamentario en las explotaciones bajo el principio de la participación de los obreros en la dirección [...] En la explotación no pueden estar en el mismo pie de igualdad el empresario y el

⁷ Francesco Mauro era profesor en el Politécnico de Milán y técnico de producción y organización, creó en 1934 del Curso para Dirigentes de Empresa, denominado Escuela Superior de Política y Organización de las Empresas, Giuliana Gemelli en Benito Brunelli, Giuliana Gemelli, *All'origine dell'ingegneria gestionale in Italia. Materiali per un cantiere di ricerca*, Biblioteca Centrale «G. P. Dore» Facoltà di Ingegneria Università degli Studi di Bologna, 1998, p. 48.

personal. El empresario es jefe y los demás sus subordinados”.⁸

Antimarxismo

Ramiro Ledesma Ramos (1905-1936)

“Es sabido cómo la técnica de agitación marxista divide a todos los hombres en dos clases: supuestos oprimidos o explotados y supuestos opresores y explotadores. Y llevada tal consigna a un plano real y diario, de lucha económica y social, el marxismo localiza y destaca para que se despedacen estas dos clases únicas: patronos contra obreros, obreros contra patronos. Nosotros sabemos, y es uno de los motivos críticos fundamentales en que fundamos nuestra posición antimarxista, que el enemigo social de los obreros no es generalmente el patrono, sino que hay otro linaje de poder económico y político al que debe señalársele como enemigo, y no sólo de los obreros, sino de los obreros y patronos juntamente: el gran capital especulador y financiero. Por eso, ante la lucha de clases tal como la conciben criminal y erróneamente los marxistas, nosotros presentamos otro cuadro de rivalidades sociales. Si hay luchas de clases, éstas son para nosotros las clases: Capaces contra ineptos. Laboriosos contra vagos. Generosos contra ramplones. Animosos contra cobardes. Patriotas contra descastados. Y todos los españoles contra los grandes especuladores y prestamistas....”.⁹

En el memorándum que elaboró para justificar el lanzamiento del Plan Cuatrienal en septiembre de 1936, Hitler afirmaba que:

“Desde el estallido de la Revolución Francesa el mundo se ha movido aceleradamente hacia un nuevo conflicto, cuya más extrema solución es el bolchevismo; y la esencia y objetivos del bolchevismo son la eliminación de esas clases sociales que hasta ahora han suministrado los líderes y su sustitución por judíos a nivel mundial. Ninguna nación es capaz de evitar o abstenerse en este conflicto histórico. [...] en este momento sólo hay dos países en Europa que pueden ser considerados como firmes baluartes frente al bolchevismo – Alemania e Italia. [...]”.¹⁰

⁸ Joaquín Garrigues, *Tres conferencias en Italia sobre el Fuero del Trabajo*, Madrid, Ediciones “Fe”, 1939, pp. 76-78.

⁹ Ramiro Ledesma Ramos, “¿Luchas de clases?”, *La Patria Libre*, n. 2, 23 - Febrero – 1935.

¹⁰ Noakes y Pridham, pp. 87-93.

Bibliografía

- Burleigh, Michael; Wippermann, Wolfgang, *The Racial State. Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- Capogreco, Carlo, Spartaco, *I campi del duce. L'internamento civile nell'Italia fascista (1940-1943)*, Torino, Einaudi, 2004.
- Evans, Richard J., *The Third Reich in Power*, London, Penguin, 2005.
- Gallego, Ferran, *De Múnich a Auschwitz: una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001.
- Gallego, Ferran, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014.
- Gallego Margaleff, Ferran y Morente Valero, Francisco, *Fascismo en España*, Ediciones de Intervención Cultural, S.L., 2005.
- Gruner, Wolf, *Jewish Forced Labor under the Nazis*, Cambridge, Cambridge University Press – United States Holocaust Memorial Museum, 2006.
- Hayes, Peter, *Industry and ideology. IG Farben in the Nazi Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Molinero, Carme y Ysàs, Pere, *El règim franquista. Feixisme, modernització i consens*, Barcelona, Eumo, 1992.
- Moradiellos, Enrique, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000.
- Morente Valero, Francisco, "Libro e moschetto". *Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*, PPU, Barcelona, 2001.
- Neumann, Franz, *Behemoth: pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, Mexico, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Noakes, J., Pridham, G., *Nazism 1919-1945. State, Economy and Society, 1933-1945*, Exeter, University of Exeter Press, 2000, p. 121
- Núñez Díaz-Balart, Mirta, *Los años de terror. La estrategia de dominio y represión del general Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.
- Rodrigo, Javier, *Los campos de concentración franquistas*, Madrid, Sietemares, 2003.
- Tooze, Adam, *The Wages of Destruction. The making and breaking of the Nazi economy*, London, Penguin, 2006.

Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo

<http://seminariofascismo.wordpress.com/>